



MADRID



**Robert Kanter**  
**Robert Amadou**

# **Antología del ocultismo**

**ESOTERISMO**  
**LA TABLA DE ESMERALDA**

Título del original francés:  
ANTHOLOGIE LITTÉRAIRE DE L'OCCULTISME

Traducción del doctor  
JESÚS FLORENTINO DÍAZ PRIETO  
Médico Psiquiatra

© Mondial by René Julliard, Editeur, 1950, 1975.—Paris.  
© Para la lengua española, EDAF, Ediciones-Distribuciones, S. A., Jorge Juan, 30.  
Madrid, 1976.

I. S. B. N.: 84-7166-214-0  
Depósito legal: M. 31.437-1976

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

---

IMPRESA FARESO - -PASEO DE LA DIRECCION, 5 - MADRID-29

# **Antología del ocultismo**



## PREFACIO A LA VERSIÓN ESPAÑOLA

Nadie pone en duda que asistimos a lo que Kenneth Grant ha llamado «la resurrección mágica» (*The Magical Revival*), dando título a una conocida obra. Resurrección o renovación a la que se le quieren buscar explicaciones de todo tipo: psicológicas, religiosas, sociológicas, etc., y que, al margen y más allá de todas ellas, constituye uno de los rasgos de nuestro tiempo.

Pero, en realidad, ¿qué es lo que ha resucitado? ¿En qué consisten estos hechos, estas concepciones que tanto interesan a algunos y que inquietan, incluso angustiosamente, a otros?

El ocultismo o esoterismo, como la mayor parte de las expresiones humanas, posee una doble vertiente o significación: la vulgar, populachera, y la culta, o real. En un sentido vulgar, se unirían aquí todas las viejas supersticiones, las creencias más trasnochadas y los más antiguos errores, hijos del miedo ancestral del hombre, al encarar el universo y su propio destino.

Lo cierto es que desde una perspectiva más ajustada a la que podríamos denominar—para utilizar una expresión muy actual—ideología ocultista, nos encontramos frente a una verdadera filosofía, en el sentido más neto de interpretación del universo. Por otro lado, no hay una ideología unitaria y única dentro del esoterismo, sino que se han ido manifestando diferentes escuelas, interpretaciones y aproximaciones de muy diversa índole; pero, de manera similar a como las ciencias de la naturaleza o las ciencias culturales poseen rasgos en común, vamos a intentar mostrar un esquema muy general y, por tanto, quizá excesivamente lacónico, de los trazos más comunes a todos los que han dedicado su pensamiento a estas concepciones.

El primero de todos ellos es la creencia en realidades que escapan a la percepción sensorial normal, fuerzas que actúan desde dimensiones distintas a la material en que nos movemos. Algunos de estos hechos, más o menos conocidos desde antiguo, han originado en los últimos tiempos una conciencia que se ha ido desgajando del ocultis-

mo, la metapsíquica o parapsicología. Una de las cualidades de estos fenómenos es su rareza y la casi imposibilidad de repetirlos a voluntad, en prueba experimental, como sucede con otros, lo que hace más complejo y difícil su estudio, siguiendo la metodología de las ciencias de la naturaleza.

Otro de los puntos característicos del pensamiento esotérico es su «teoría del conocimiento». Para el ocultista hay distintos modos de percibir y aprehender la realidad: el sensorial, la introspección y la intuición. Así como los dos primeros son comunes con las ciencias naturales (el primero de ellos) y con las culturales (el segundo), la intuición, al menos utilizada metódicamente, es típicamente ocultista. A ello hemos de añadir la creencia en la revelación, en su sentido místico-religioso, como posibilidad de captar realidades o ideas a través de seres superiores al hombre, lo que es admitido por todos los credos religiosos.

Siguen unos principios, que podríamos llamar generales, como la llamada ley de analogía expresada en la célebre *Tabla de Esmeralda*, por la sentencia: «Lo que está arriba es como lo que está abajo y lo que se encuentra abajo es como lo que está arriba, para hacer los milagros de una sola cosa».

Otro es la creencia en la posibilidad de alcanzar unos especiales estados de conciencia, a través de una disciplina, más o menos compleja, especie de comunión mística, que pondría en comunicación con dimensiones, planos de realidad o seres no materiales, captando de esta forma el conocimiento de las leyes no conocidas de la Naturaleza. La adquisición de estos conocimientos es lo que se conoce con el nombre de *iniciación*, lo que conferiría una serie de cualidades nuevas al individuo, que después sería en realidad un «hombre nuevo», habiendo sufrido un «segundo nacimiento».

Los conocimientos adquiridos mediante el proceso iniciático constituirían la llamada «sabiduría arcaica», que habría sido revelada a la humanidad primitiva en épocas remotas y recogida en las cosmologías y los libros religiosos de las primeras generaciones. Esta comunicación iniciática se realizaría de dos formas: a través de la «cadena iniciática» (la cadena de oro de Homero), o se renovarían la revelación, de forma periódica, mediante la manifestación terrena de unos seres superiores al hombre medio, depositarios de dicha ciencia; éstos serían los «superiores desconocidos» que se mencionan en determinados textos. De una u otra forma, la iniciación, al conferir lo que podríamos llamar un grado superior de humanidad o peldaño superior de la evolución, no podría otorgarse más que a determinados



hombres, verdadera élite, y después de haber demostrado plenamente que eran merecedores de dicha distinción.

Con objeto de salvaguardar estos conocimientos, que no deben estar nunca al alcance del vulgo, no por un sentido de discriminación social o racial—al contrario, los ocultistas han abogado en todo momento en contra de la lucha de clases—, sino para evitar que no fueran incomprensidos, por un lado, y por otra parte, por el hecho de que estos conocimientos proporcionarían a la vez el dominio de ciertas energías, hoy desconocidas para la ciencia, y la posibilidad de un uso negativo de las mismas. Para velar estos conocimientos, el ocultista se vale de una serie de signos y símbolos, entre los que figuran las fábulas, los mitos e, incluso, una serie de leyendas. De esta forma, muchos relatos populares tendrían un doble sentido: el vulgar, de historia más o menos entretenida, interesante o aleccionadora moralmente, y el oculto, sólo visible para el que ha recibido el conocimiento necesario, de la misma forma que un mensaje en código Morse, que además de una sucesión de sonidos rítmicos tiene para el que conoce la clave el sentido de letras, frases y expresiones diversas.

Teniendo presente lo esbozado en las líneas que anteceden, es como debe abordarse toda lectura de tipo esotérico, sea un cuento de hadas o un comentario del *Sefer-ha-Zohar*, una página alquímica o un cuento de *Las mil y una noches* (al que también se ha buscado sentido ocultista).

Si a todo lo dicho añadimos que las obras esotéricas más difícilmente comprensibles han sido escritas hace siglos, en latín en su inmensa mayoría, muchas en árabe o hebreo y traducidas posteriormente a idiomas modernos, es fácil darse cuenta de la dificultad de encontrar unas claves, que según todas las probabilidades se hallan perdidas para siempre. No es éste el caso del libro que hoy presentamos. En él se recoge una selección de textos literarios, escritos por grandes escritores, muchos de los cuales han sido al mismo tiempo ocultistas, algunos de justificado renombre, otros simples aficionados o relacionados con esta corriente de pensamiento de forma accidental o episódica. La selección ha sido muy meticulosa, y a cada fragmento o fragmentos de un autor precede una nota biográfica del mismo.

Hemos añadido en la edición castellana un apéndice con otros textos, que consideramos deben figurar muy adecuadamente en esta antología.



## INTRODUCCIÓN

Al presentar una antología literaria del ocultismo somos conscientes de correr un doble peligro, de arriesgarnos a encontrar una doble desconfianza: la de los escritores, y la de otros muchos, en relación al ocultismo, por una parte; por otra, la de los ocultistas serios, en relación a lo que no es más que literatura. Nuestra ambición ha sido rendir un doble servicio: a la literatura, mostrándole que el ocultismo permite una más certera visión de determinadas obras de arte; al ocultismo, demostrándole que no es, como muchos creen todavía, sólo un objeto de vana y sospechosa curiosidad, sino que se trata de una amplia y profunda corriente de la civilización que ha impresionado a los más profundos espíritus. El objetivo de nuestra antología, como la de todas, es aislar una «familia» humana, un poco en el sentido en el que se habla de aislar en las ciencias químicas; también el de demostrar la semejanza de esta familia con las más ilustres y fecundas; o dicho en otros términos, «desocultar» un tanto el puesto del ocultismo dentro del tesoro espiritual de la humanidad.

Labor de extrema delicadeza, porque no siempre resulta fácil fijar los límites y la naturaleza de aquello que se oculta. Es necesario también ponerse en guardia, con objeto de no ser ni excesivamente vago ni demasiado preciso. El ocultismo no es el cajón en el que se recolecta la pacotilla de lo sutranormal o «sobrenatural», los cuentos de comadre y las piruetas de los cartománticos, las historias de brujas y hechiceros, las comunicaciones espiritistas y el faquirismo de teatro. Tampoco es la doctrina de tal pensador o determinada escuela, ni la propiedad exclusiva de una determinada «capilla», de la Sociedad Teosófica o de alguna de las hermandades Rosa + Cruces, dispuestas a lanzar el anatema de la excomunión contra el resto del universo. Nosotros creemos que se ha de dispensar una credulidad diferente, que se ha de evitar todo «fideísmo» servil y que las riquezas del ocultismo no se descubren más que cuando se ha evitado *a priori* el ser un maniático de tal o cual ciencia oculta, o el adepto fanático de una determinada doctrina esotérica. Se descubre enton-

ces una serie variada de conocimientos y de rasgos comunes, un conjunto de datos que permiten la consideración del ocultismo como un mundo vivo y a la vez como una visión del mundo, como una constante del pensamiento.

En este sentido el ocultismo es tan viejo como el primer hombre y tanto como la religión, con la cual, sin duda alguna, no ha dejado nunca de coexistir. Tiene la misma edad que el pensamiento, del que ha sido la primera manifestación filosófica. Porque los hombres de las cavernas, antes de partir para la caza que les proporcionaba el cotidiano sustento, hechizaban la pieza y, al morir, practicaban sobre sus muertos los ritos de la inhumación. Como fuente de arte, la mentalidad tradicional, que los etnólogos llaman también primitiva, engendra la concepción simbolista y organicista del mundo. Las aplicaciones del ocultismo, las prácticas psicológicas y sociales fundadas sobre él—y que se escalonan desde las supersticiones a las liturgias primitivas—son tan numerosas que no se podría comprender la historia de la civilización sin tener en cuenta esta gigantesca construcción. Por otra parte, la puesta al día de las influencias ocultistas que se han ejercido sobre determinada rama de la actividad humana permiten apreciar mejor el papel perpetuo desempeñado por la tradición.

Se considere al ocultismo como una cadena de doctrinas emparentadas, o simplemente como una forma de pensamiento común a ciertos espíritus, en suma, como una filosofía o como una mentalidad, se encuentra siempre en su centro una proclamación particularmente imperiosa y precisa de relaciones del universo. Ciertamente, todo sistema de pensamiento rechaza lo contingente y busca, un poco, como pretendía Meyerson, la suprema relación o enlace que es la identificación: toda la ciencia reposa sobre el determinismo, que sólo puede ser íntegro, a menos que se niegue a sí mismo, y que postule, por tanto, la relación recíproca de todos los fenómenos. Pero, prácticamente, la ciencia está obligada a limitarse al estudio de solamente determinadas relaciones, a las que puede poner en evidencia, verificarlas y demostrarlas, aplicando para ello los métodos que le son propios. Está además obligada a considerar como no apreciables y, por tanto, a desechar determinadas relaciones, a negarles toda importancia, incluso a negarlas de manera pura y simple. Es imposible negar la existencia de una relación entre el curso de los astros y las cotizaciones de la Bolsa, pero tampoco resulta posible el poner en evidencia, de forma científica, la existencia de dicha relación y valorarla cuantitativamente; para la ciencia seguirá siendo una relación oculta, es decir, ignorada, y es aquí donde interviene el ocultismo,

que se niega a rechazar nada y trata de poner en evidencia la unidad secreta. Desde su punto de vista, el mundo aparece como un inmenso documento cifrado, siendo la labor del espíritu humano, y sin duda su esencia, el descifrarlo.

Mientras que la ciencia descubre entre los objetos de su investigación relaciones abstractas que los sitúan en el espacio y el tiempo, el ocultismo pretende revelar la existencia de lazos más sutiles y a la vez más concretos. «La localización—ha dicho muy acertadamente Eddington—es un concepto artificial en un universo en interrelación.» El ocultismo asegura que existe una total relación mutua entre todos los seres. El *ser* es soberano en el mundo científico, pero el universo ocultista es el reino del *haber*. Sin participación, dice la tradición, no hay ser. ¿Cómo imaginar, por tanto, un objeto puro o un sujeto puro? Todo está en todo, el objeto se encuentra preformado en el sujeto. El conocimiento ocultista no puede ser más que una profundización en la participación elemental, al mismo tiempo que una toma de conciencia de esta participación. El mito científico del observador ideal no tiene puesto en el ocultismo; es preciso, por el contrario, investigar la percepción simpática de las esencias y desarrollar, por medio de la analogía, el contenido de una intuición plenamente bergsoniana de la vida universal. Todo conocimiento debe ser vivido, todo conocimiento recibido deberá ser «reencontrado». Se adivina con esto el porqué el ocultismo se difundió tanto en el terreno abonado del romanticismo.

El ocultismo es un nuevo mundo, el camino de un conocimiento inédito que nos revela la faz hasta ahora ignorada de las cosas. No intentemos aplicarles nuestros hábitos ordinarios de pensamiento; no es posible situar el ocultismo sin admitir su total originalidad.

La inteligencia discursiva, la razón racional, pertenecen a otro dominio. Aquí la verdad no aparece más que ante una mirada simple y primordial, a la luz de la coincidencia, mediante el uso de esta «facultad única y original» de la que André Breton ha hablado en un lenguaje verdaderamente ocultista, añadiendo que «es ésta la facultad que hoy es preciso utilizar para volver a crear, ya que, entre otras muchas, la oposición entre percepción y representación es el origen y la causa de angustia y tormentos».

Con objeto de poder alcanzar este conocimiento personal del mundo, de obtener esta sabiduría verdaderamente comprometida, el ocultismo sugiere variados métodos. La ascesis teosófica más pura se encuentra al lado de las formas más inferiores de la mística, y junto a procedimientos semifisiológicos estudiados por M. de Félice, y que

van desde los «tóxicos sagrados» a las danzas extáticas. Pero se trata siempre de escapar a las apariencias denominadas realidad; se trata de escuchar la Voz de la Sombra, de vivir en el Infierno durante una temporada, de visitar el más allá, el Infierno, el Paraíso, el Purgatorio, de abordar el oráculo de la Diva Botella, en donde florece la Rosa y reposa el Graal o Grial. Todas las alegorías son buenas porque nos introducen en un mundo diferente al de nuestros sentidos y nuestra razón y nos hacen aceptar las perspectivas de una especie de simpatía sintética.

Es necesario situar al ocultismo en esta perspectiva, en relación a las ciencias, y no se puede hacer sino otro tanto en lo que respecta al arte. Del arte también se puede decir que es, por esencia, un esfuerzo para penetrar en la clave de las cosas, para poner en evidencia los sincronismos y las significaciones, las relaciones, por último, que escapan al pensamiento racional. Un cuadro, una sinfonía, es la presentación de una relación cuyo conocimiento nos enriquecerá y modificará nuestra visión del mundo, e incluso de nuestro destino. Esto, entiéndase bien, sólo es válido para el arte considerado en sus más elevadas ambiciones y sus mayores exigencias. Limitándonos y ciñéndonos a nuestro objeto, esto es válido para las formas más elevadas de la literatura. Su supremo dominio, como el del ocultismo, es una vista de la relación, de la distancia, o de la no-distancia, del hombre y de Dios.

La más eficaz de las claves de que disponemos para descifrar el universo es probablemente la poesía, en sentido *lato* la poesía de los poemas, pero también la que se difunde sobre las modas de expresión. Desde el momento en que una literatura sobrepasa la totalidad de los modos de expresión, se carga en determinada medida de poesía y se preocupa entonces de iluminar determinadas relaciones existentes entre las cosas, las relaciones mutuas de los hombres, la situación de los entes y sobre todo la de los hombres en el conjunto de un universo en constante devenir. No es posible componer un verso hermoso, no se puede crear una obra que merezca la pena y que no revele esta concepción de la literatura, y no pueda encajarse en este esquema.

¿Cómo sería posible, en estas condiciones, que no existieran estrechas relaciones entre el arte y el ocultismo y, más particularmente, entre el ocultismo y la literatura? Más próximo a la ciencia que al arte, porque constituye una forma más explícita del conocimiento, el ocultismo está también muy cerca del arte, más que las ciencias, por los medios que utiliza para alcanzar este conocimiento. Esta posición

equivoca ha contribuido con frecuencia a su descrédito, por parecerle demasiado literaria a los científicos y excesivamente pedante a los literatos. Pero ocurre también, y es uno de los fines de esta antología el demostrarlo, que determinados escritores, entre los más grandes, han comprendido el valor de las especulaciones ocultistas y el magnífico trampolín que pueden representar para su propio pensamiento. En suma, para el artista, como para el ocultista, el objetivo supremo es un conocimiento, un conocimiento de orden subjetivo, es decir, relacionado especialmente con el sujeto, o mejor aún, como hemos dicho más arriba, un conocimiento que se esfuerza por situarse en una región en la que la oposición entre lo subjetivo y lo objetivo no tiene demasiado sentido, puesto que todo corresponde con todo. Tanto para el ocultista como para el artista, este conocimiento—incluso si utiliza técnicas ya constituidas, como es el caso de la alquimia (o de la prosodia)—es, ante todo, el fruto de una experiencia interior.

Resultaría fácil subrayar el paralelismo general de los rasgos principales y citar los puntos de contacto particulares. Para nosotros hay un punto, que es capital, cuando se piensa en la noción de las analogías. «La imaginación es la más científica de las facultades humanas—decía Baudelaire—, porque ella sola comprende en sí misma la analogía universal.» Llevándonos de esta forma más allá de toda oposición entre la ciencia y el arte, la analogía nos conduce también al punto interior en que existe una perspectiva única, en la que la creación poética y la metodología ocultista aparecen como singularmente idénticas. La imagen poética, la de las correspondencias y las alquimias verbales, la que definía en una ocasión Pierre Reverdy, aparece como la intuición de las analogías ocultas, de las que el ocultismo es la ciencia, y altera el orden establecido de los fenómenos; más aún, limita el valor de este orden y destruye su pretensión universalista. El ocultista, el poeta, buscan más allá de la realidad social y del mundo racional el cosmos regido por las correspondencias. El ocultismo y la poesía son, de esta manera, un juego, el movimiento gratuito de la inspiración, de la escritura automática y de las mesas espiritualistas. Solamente la voluntad de sus adeptos es capaz de ponerlas al servicio de la sociedad. Durkheim señalaba de manera acertada que no existe una iglesia mágica. Pero el ocultismo realiza esta paradoja: escapa a lo social, pero se apoya en lo sagrado que se opone a lo profano y, sin embargo, le sirve de base. De esta forma, los poetas y los ocultistas comparten el mismo gusto por la utopía,

idénticas tendencias revolucionarias, y las mismas reacciones los acogen en la sociedad que los retiene a pesar de todo ello.

Estas reacciones son: asombro, sorpresa, escándalo y hostilidad, que se manifiestan también en forma de burla.

Pero al mismo tiempo, y esto es sin duda lo que más importa, el poeta y el ocultista pueden hacer una buena parte del camino juntos hacia otras realidades, las de la vida mística. Ha sido una vez más André Breton el que ha expresado mejor la relación de la analogía poética (u ocultista) con la analogía mística. «La analogía poética—dice—tiene en común con la analogía mística que transgrede las leyes de la deducción para hacer apreciar al espíritu la interdependencia de dos objetos de pensamiento, situados en planos diferentes, entre los cuales el funcionamiento lógico del espíritu no es apto para proporcionar ningún punto y se opone, *a priori*, a que se proporcione ningún punto. La analogía poética difiere en gran medida de la analogía mística, precisamente en el hecho de que no presupone de ninguna forma, a través de la trama del mundo visible, un universo invisible que tiende a manifestarse. Es sin duda empírica en su quehacer y solamente el empirismo puede asegurarle la total libertad de movimiento necesaria para el fin que debe cumplir. Considerada en sus efectos, es cierto que la analogía poética parece, como la analogía mística, militar a favor de una concepción de un mundo ramificado hasta perderse de vista, y en su totalidad recorrido por la misma energía, pero se mantiene sin ningún obstáculo en el cuadro de lo sensible, es decir, de lo sensual, sin marcar ninguna propensión a verse sobre lo extranatural. Tiende a hacer entrever y valorar la verdadera vía «ausente» y no apoya en el ensueño metafísico su substancia, no soñando ni un instante en hacer girar sus conquistas hacia la gloria de cualquier tipo de más allá.» Es verdad que la empresa ocultista, lo mismo que la empresa poética, exige de sus fieles el disfrute de la más absoluta libertad y que lleven sus experiencias hasta más allá de toda sujeción intelectual. Pero también es cierto que, como ha admitido André Breton, el mundo conocido por la analogía aparece como un mundo unido, en el que todas las cosas se manifiestan sin número, peso, ni medida. Es verdad que la contemplación activa de este universo eleva el alma de sus profetas hacia el principio de orden y unidad, que después de haberlo instaurado mantiene el orden y la unidad sin cesar. En la cúspide del ocultismo, el sabio encuentra la teosofía, y su revelación es tanto más viva, cuanto que él nunca hubiera soñado en poder hallarla. Consideremos solamente el camino recorrido por los autores, tan diversos sin embargo, que se han reunido en este volumen. ¿Cómo no encontrar a Dios, que permanece



inmanente menos que se le busque? El ocultismo es una filosofía y se utilizaría inadecuadamente con otro fin que no fuera la búsqueda de una especial visión del universo. La poesía no es sino una visión expresada del mundo, y estas dos visiones son similares. Pero circula la misma savia por el tronco y a través de las ramas.

«Existen en la Sofía—dice Jacobo Boehme—recodos en los que se encuentran las relaciones y las marcas ejercidas sobre las más dispares de las criaturas.» El estudio de la signatura de las cosas puede ayudar a reconocer estos recodos ocultos y adivinar su origen. Un inventario incluso sumario de los escritores ocultistas muestra que este estudio es común al ocultismo y a la poesía y que tanto uno como otra obtienen de este estudio idéntica conclusión religiosa.

Se podría mostrar, entrando en detalles, una historia de la literatura en sus relaciones con el ocultismo. Si nosotros no hacemos esto aquí es porque nos parece que esta historia se hará espontáneamente, por sí misma, al leer la antología y dejando que hablen los textos. Todo lo más que hace falta es indicar algunas corrientes particulares. Si es posible hablar de ocultismo de una forma muy general y como si presentara una unidad relativa, no se puede tampoco silenciar su pluralidad. En el seno del ocultismo existen numerosas moradas, hay ciencias ocultas y doctrinas esotéricas cuyas diferencias son con frecuencia importantes. Ante ambiciones de este tipo y mediante métodos analógicos, según las disciplinas y de acuerdo con los temperamentos, las vías del ocultismo son muy variadas. Sin intentar una clasificación de las ciencias ocultas, que nos llevaría demasiado lejos, se puede decir que alrededor de las ciencias constituidas existe con frecuencia una zona o franja que corresponde al dominio de lo oculto; de esta forma, alrededor de las matemáticas hay una ciencia mística de los números; en relación con la astronomía tenemos a la astrología, en torno a la química gravita la alquimia, etc. En esta franja que las ciencias desdeñan estudiar, provisional o definitivamente, para que se constituya un conocimiento positivamente definido, existen hechos preciosos, en ocasiones incluso con las únicas cosas apreciables, los centros de perspectiva desde los que se marcha más lejos y más adecuadamente. Estos son los objetos que las hermanas ocultas de las grandes ciencias tratan de recuperar y conservar. De la misma forma se podría decir que al lado de la teología, positiva y netamente definida por las grandes religiones, como el cristianismo, existe un saber de Dios, irreductible por razones muy variables a las construcciones dogmáticas, constituyendo una teología que pertenecerá igualmente a nuestro dominio.

Inspirada en estas diversas ciencias y doctrinas existe una inmensa

literatura especializada. De ella no se encontrará gran cosa en el presente volumen, ya que, por otro lado, es preciso no callarlo, es detestable en su casi totalidad. Y ello no refiriéndonos a aquellos productos de un grosero charlatanismo, llenos de falsedades y mentiras, sino que incluso dentro del ocultismo «sincero», en donde la buena voluntad suele existir en mayor cantidad que el juicio crítico o el talento literario. La mentalidad ocultista es paracientífica, tanto por su ambición como por metodología, por lo que permite los más netos desbordamientos de infantilismo, los más insulsos ensueños, las mayores extravagancias, estando muy mal preparado para defenderse de todo esto. Pero, a la inversa, para algunos espíritus verdaderamente superiores el ocultismo ha sido precioso alimento y, a su vez, ellos han alimentado sus especulaciones con creaciones verdaderamente geniales. Cifándonos al terreno puramente literario, es a estos grandes espíritus a los que querríamos consagrarnos. Se verá, por lo tanto, entre nuestros autores a representantes de determinadas facetas o campos del ocultismo, a representantes de ciertas formas de teosofía, que, a decir verdad, rara vez se presentan en estado de pureza, porque no hay nada más difundido, dentro del terreno que nos ocupa, que el sincretismo. Así, hay quien se interesa a la vez por la astrología y la alquimia, los que sufren al mismo tiempo influencias del ocultismo oriental y de la tradición occidental, etc. Se ha podido estudiar así la formación de la «religión» de Víctor Hugo y ver un verdadero popurrí de todas las doctrinas del iluminismo, de inspiración pagana, cristiana, cabalista, socialista, teosófica, swedenborgiana, etc. Resulta conveniente diferenciar fibras en la realidad ocultista y cadenas en su historia, pero es completamente vano e incluso peligroso tratar de aislar unas de otras de una forma definitiva o total.

Por ello, no vamos a entrar en la discusión del concepto de tradición. Que el ocultismo se transmite de una forma general, que han existido en el pasado maestros, espíritus de primera categoría, y que existen influencias entre ellos, es la mayor de las evidencias. Pero intentar precisar de forma concreta y dar al encadenamiento de los pensadores ocultistas, a lo largo de siglos y siglos, la forma definida de una filiación iniciática, es condenarse a peligrosas acrobacias en materia de cronología y, en todo caso, salirse de lo que se puede establecer, de una manera cierta, con una metodología «no ocultista».

Por otro lado, se puede establecer utilizando dicho método, y sin dificultad, lo que hemos ensayado en determinados casos particulares, la existencia de cadenas de transmisión muy reales. El pitagorismo originario, con sus especulaciones numéricas, concretamente, se vuelve

a encontrar en Platón, Virgilio y de nuevo más tarde en Dante, pasados doce siglos, y en Favre d'Olivet seiscientos años después de Dante, y no ha sido una casualidad que Dante eligiera a Virgilio como guía para su excursión por los valles infernales. Favre d'Olivet tradujo los *Versos dorados de Pitágoras*; la vena de iniciación isiaica aparece en Apuleyo y, de manera menos evidente, vuelve a hallarse en Ronsard y Gérard de Nerval. Al mismo tiempo, es la alquimia la que da la clave de determinados sonetos de las *Quimeras*, e inspira ciertas páginas del *Romance de la rosa* y *El otro mundo*, de Cyrano de Bergerac. Hélos aquí a todos ellos muy cercanos en el tiempo y mucho más aún por la formación—aquí se puede incluso hablar de una iniciación en el sentido más preciso del término—, algunos de los más grandes espíritus que ha conocido el mundo: Saint-Martin, Cazzote, Joseph de Maistre, Honorato de Balzac...; pero no se les puede aislar de una forma absoluta. Saint-Martin se une al pitagorismo por sus especulaciones sobre los números, está ligado a la teosofía de Jacobo Boehme y a la cábala por Martines de Pasqually. Balzac, por su parte, une el martinismo y el swedenborgismo. El martinismo se volverá a encontrar, hasta nuestros días, entre hombres muy diferentes a Balzac... Estos agrupamientos no tienen nada de arbitrario ni de forzado, se fundamentan en textos o sobre declaraciones explícitas, y permiten manifestar el ocultismo, como una familia espiritual de una realidad innegable. Más aún, se trata de una familia a la que pertenecen algunos de los más grandes nombres de la literatura occidental.

Las notas precedentes acerca de la naturaleza del ocultismo y sus relaciones con la literatura han guiado nuestra elección.

Los textos elegidos deberían, ante todo, poseer un verdadero valor literario, y se podrá descubrir, tal vez con gran sorpresa por parte de algunos, que la mayoría de los fragmentos han sido tomados de escritores de nombre y fama universales. Llamará la atención que hayamos eliminado algunos grandes nombres del ocultismo, cuyas obras, indispensables para un conocimiento profundo de su contenido, han sacrificado frecuentemente la forma al fondo. Hemos reservado estos nombres para una antología más técnica en la que Jacobo Boehme y Hamann, Leibniz y Stanislas de Guaita, los cabalistas y los filósofos de la naturaleza, tendrán el puesto de honor al que con justicia tienen derecho.

Plenamente literarios, los textos elegidos deben ser, al mismo tiempo, verdaderamente ocultistas. Deben expresar en bellas frases los datos fundamentales de la filosofía tradicional o algunas de sus aplicaciones en el dominio del saber o de su práctica. Y no basta que el

autor elegido nos describa esta filosofía desde el exterior, esto no es un verdadero conocimiento ocultista, es preciso que el autor tome por su cuenta las creencias que expone, que el escritor haya recibido y meditado el ocultismo, participando de la tradición, y haya asimilado los mitos eternos. Por esto, hemos desdeñado citar los autores que podríamos denominar narradores del ocultismo, como Plutarco y Luciano, Luis-Sebastián Mercier y Anatole France, que se han contentado con referir honestamente enseñanzas que sólo conocían de oídas. Por razones semejantes hemos rechazado a escritores en los que el ocultismo sólo aparece de manera episódica, como ciertos exegetas que han podido dar una interpretación tradicional al sueño de Descartes, e incluso, si se acepta su demostración, ¿diríamos que el autor del *Discurso del método* era un autor ocultista? Ciertamente que no, por lo que no se encontrará en esta *Antología* ningún fragmento de Descartes, ni de Chénier, de Restif de la Bretonne o de Jean Paulhan. El cuadro queda así demasiado estrecho y definido para que podamos permitirnos citar a autores cuyo ocultismo no era evidente o que sólo se adivinaba en determinados fragmentos.

Finalmente, lo fantástico que acompaña con frecuencia las narraciones ocultistas, y que se supone una de sus notas, con frecuencia no se identifica con él. Los escritores fantásticos no son necesariamente ocultistas. Para el estudio de este dominio, vecino, pero diferente del nuestro, remitiremos al lector a la magnífica *Antología del Cuento fantástico francés*, recopilada por Pierre Castex.

Después de haber constituido de esta forma la lista de los escritores ocultistas, hemos dejado entre ellos a los más grandes. Ensayamos una selección, sin engañarnos sobre lo que podía tener de arbitraria, considerando a la vez la perfección del estilo y la conformidad tradicional de cada autor. Era normal en una *Antología literaria* publicada en francés dar preferencia a los escritores de esta lengua, pero hemos querido también que figuraran algunos autores antiguos y de otras nacionalidades, con el fin de mostrar la universalidad del fenómeno «literario-ocultista».

Dentro de esta perspectiva, nuestra selección se ha hecho entre autores y textos muy diversos. Unos y otros ofrecerán ejemplos del misticismo ocultista más noble (Novalis, Mílosz, el *Romance de la rosa*) y de las más bajas perversiones de la magia negra y el satanismo. Hemos querido solamente que los fragmentos citados fueran representativos del pensamiento del autor y permitieran al mismo tiempo, por su yuxtaposición, una visión general, a vista de pájaro, del inmenso y amplio dominio del ocultismo.

Con el fin de caracterizar mejor a cada uno de los autores y la rama del ocultismo que ha cultivado y que él representa, dentro de esta *Antología*, hacemos preceder cada serie de textos de una corta nota en la que se han eliminado cuidadosamente las consideraciones más generales sobre la vida y obra del autor. Con frecuencia es inútil mostrar que tal o cual autor era un gran escritor, basta con decir que era un escritor ocultista. Esto es lo que hemos tratado de mostrar en las notas previas.

El profesor A.-M. Schmidt, que enseña en la Facultad de Letras de la Universidad de Lille, nos ha aconsejado en la elección de determinados textos ocultistas del siglo XVI, que conocía mejor que cualquiera. Por su parte, el abate Géraud Venzac, profesor del Instituto Católico de París, nos ha hecho partícipes, de manera amistosa, de sus conocimientos profundos sobre las ideas religiosas y filosóficas de Víctor Hūgo. Que los señores Schmidt y Venzac se sirvan recoger aquí el testimonio de nuestro más sincero agradecimiento.

Si se le permite a los autores de esta *Antología*, desgraciadamente muy incompleta, el formular un voto, querríamos desear que nuestro intento favorezca un mejor conocimiento de la prodigiosa síntesis ocultista y permita, al mismo tiempo, difundir los rayos de un nuevo sol, que iluminó a los hombres geniales que se dejaron seducir por la luz oscura y el calor helado, que los astrólogos y geománticos dicen que irradia la estrella negra.



## HESÍODO

(Siglo VIII antes de Jesucristo)

Las antiguas teogonías, las cosmogonías legendarias, transmitidas hasta nuestros días por la tradición ocultista y la revelación religiosa, proceden en su totalidad del viejo fondo común a los pueblos indoeuropeos, fondo cuyo origen según algunos, entre ellos Platón, ha sido situado en la Atlántida. Esta herencia, que trata de reconstruir el método comparatista, según Georges Dumézil, se fragmenta en doctrinas múltiples a lo largo de las diversas civilizaciones. Los primeros artistas de dichas civilizaciones han bebido de esta forma en la fuente primitiva, en la que se encontraban, y de alguna manera más próximos por su mentalidad, sin cesar modelada por los mitos sociales. La evocación de los muertos en la *Odisea*, las invocaciones de Orfeo, son los reflejos de creencias tradicionales que inspiran de esta forma las instituciones de Roma y Grecia. Pero otros escritores, no contentos con dejar traslucir estas creencias en sus escritos, trataron de reunirlos y exponerlos de la forma más didáctica, si no de la más científica. Esta es la forma en que nacieron los libros sagrados de la Antigüedad y las obras de Hesíodo. Los temas centrales de la *Teogonía*, *Los trabajos y los días*, *El escudo de Hércules*, se vuelven a encontrar de forma casi idéntica en los vedas y en las tradiciones sudamericanas. El caos original convertido en universo ordenado por el sople de la Sabiduría, la lucha de los Titanes que, como los hombres de Babel, quisieron elevarse hasta el cielo, la caída de las razas superiores y los ángeles de Enoch uniéndose a los mortales. Prometeo o Lucifer, robando el fuego del cielo y trayéndolo a la Tierra, en unión del conocimiento que hace semejantes a los dioses, la edad de oro o el paraíso terrestre perdido por la rebelión, la edad de hierro que los hindúes llaman Kali-Yuga, son, entre otros ejemplos que podrían multiplicarse, formulados por Hesíodo, los *Vedas*, la Biblia, los Apócrifos, etc., que describen las mismas aventuras de los dioses y la humanidad.

Hesíodo encarna la tradición, más que expresarla o representarla. En sus obras, las doctrinas gnósticas, rosacruces, cátaras, están en germen, tal como serían contenidas más tarde en la monumental *Doctrina Secreta* de Helena Petrovna Blavatsky. Ninguno de estos autores, ninguna de estas sectas, sin embargo, puede asegurarse que hubiera leído o conocido a Hesíodo. Por ello, el valor tradicional de Hesíodo aparece aún mayor. Sus obras producen, en efecto, una versión a la vez más primitiva y más completa de los mitos eternos que, caminando por las innumerables ramificaciones del esoterismo, constituyen la materia tradicional, que es el patrimonio de los autores ocultistas<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Los extractos que siguen se citan según la traducción de M. E. BERCOUGNAN, *Hésiode et les poètes éleíques et moralistes de la Grèce*, ed. Garnier frères

## El nacimiento del mundo y de los dioses

Ante todo existió el Caos, después la Tierra de gran seno, residencia, nunca destruida, de todos los seres y el Amor, el más hermoso de los dioses inmortales, que adormece los miembros y despierta, en el pecho de todos los dioses y de todos los hombres, el espíritu y la prudente voluntad.

Del Caos surgieron Erebo y la sombría Noche. De la Noche, a continuación, nacieron el Éter y el Día. La Tierra, por su parte, dio a luz un hijo tan grande como ella, el Cielo estrellado, con el fin de que la cubriera completamente y fuera para los dioses bienhechores una residencia jamás destruida. Después engendró las altas Montañas, agradable retiro de las diosas, las ninfas que habitan en sus valles. La Tierra produjo también el estéril mar, que se mueve de forma impetuosa, el Pontos, sin recurrir al amable Amor. Pero más tarde se unió al Cielo y engendró el Océano, de profundos remolinos, y a Creyo, Ceos, Hiperión y Yapeto, Teia, Rea, Temis y Mnemosina, Febe, con la corona de oro, y la amable Tetis. Después de estos seres divinos nació el más joven, Cronos el astuto, el más dudoso de sus hijos, que se puso a disputar con su fecundo padre. Alumbró todavía a los Cíclopes, con el corazón lleno de violencia, a Brontes, Esteropes, Argos, de corazón violento; ellos eran, por lo demás, semejantes a los dioses, pero no tenían más que un solo ojo en mitad de la frente y poseían el vigor y la habilidad para los más complicados y difíciles trabajos.

Una vez más nacieron hijos de la unión del Cielo y la Tierra, tres hijos de una gran fuerza y tamaño, cuyo nombre es tenebroso: Cotos, Briareo y Gías, orgullosos y de cuyos hombros surgían cien brazos terribles, sobre sus cuellos se destacaban cincuenta cabezas y su invencible vigor y potencia les daba una tremenda apariencia.

Porque entre todos los hijos nacidos de la Tierra y del Cielo éstos eran los más temibles, y su propio padre les tenía aversión desde su origen. Apenas nacían los ocultaba, sin dejarles ver a la luz del día, encerrándoles en el seno de la Tierra. Esta obra detestable alegraba al Cielo, pero, en su profundidad, la Tierra lloraba, porque siendo enorme, sufría, y por ello meditó una cruel perfidia. Con gran rapidez, creó la materia del brillante acero y construyó una enorme guadaña, explicando su intención a sus hijos, y para darles valor les dijo con el corazón lleno de cólera: «Hijos, nacidos de mí y de un padre insensato, si me queréis obedecer nos vengaremos de su cruel ultraje, porque aun siendo vuestro padre, él ha sido el primero en planear accio-



nes indignas». Cuando hubo terminado de decir esto todos se vieron llenos de temor, hasta tal punto que ninguno se atrevió a elevar la voz. Pero tomando valor, el gran Cronos, con el espíritu alterado, dirigió esta respuesta a su madre venerable: «Madre, yo seré quien se encargue de poner en práctica esta empresa; no me inquieto lo más mínimo por este odioso padre, ya que aun habiéndonos engendrado ha sido el primero en poner en práctica indignas acciones». Cuando esto escuchó, la Tierra se vio invadida de una inmensa alegría. Llevó con ella a su hijo a un lugar oculto y le puso en sus manos la guadaña de agudo filo, exponiéndole todo su astuto proyecto. Cuando llegó la noche vino el Cielo rodeando a la Tierra deseoso de amor y se extendió por todas partes. Desde su escondite, el hijo elevó la mano izquierda, manteniendo en la derecha la larga y afilada guadaña de dientes acerados, y de un tremendo tajo cortó el miembro viril de su padre, y mediante un segundo movimiento, lo arrojó lejos. Pero no era un miembro estéril el que se escapó de su mano, porque todos sus restos sangrientos fueron recogidos por la Tierra, y cuando el tiempo fue llegado dio a luz a las poderosas Erinias, los grandes Gigantes de brillante armadura, teniendo en sus manos largas jabalinas, y a las Ninfas llamadas Melienas, sobre la ilimitada tierra. Pero el miembro mutilado, después que Cronos lo hubiera cortado con un golpe de su poderoso acero, y que desde el continente fuera arrojado al mar, se vio rodeado durante mucho tiempo por una blanca espuma, en la que una joven fue tomando forma. Después se aproximó a la divina Citera, luego a Chipre, y cuando desde la profundidad del mar surgió la venerable y bella diosa, a su alrededor y bajo sus rápidos pies crecía el césped. Los dioses y los hombres la llamaron Afrodita, porque fue formada de la espuma y de Citera, que procedía de Citeres. Amor y Buen deseo fueron sus compañeros desde el nacimiento y su marcha hacia la asamblea de los Dioses. He aquí su privilegio y su hacienda, entre los hombres y los dioses inmortales, éstos son los entretenimientos, propios de las jóvenes, las sonrisas, los juegos amorosos, el delicioso placer, el amor y la ternura.

En cuanto a estos hijos que el propio dilatado Cielo, su padre, había engendrado, los maldijo y dio el nombre de Titanes, diciéndoles que, tendiendo los brazos, tenían en su corazón un orgullo insensato y habían cometido un gran crimen, por lo que en el futuro sufrirían el castigo.

## Las razas y los tiempos

En otra época, las tribus de los hombres vivían sobre la tierra, al abrigo de los males, de la penosa fatiga y de las dolorosas enfermedades que dan la muerte a los seres humanos. Pero la mujer, habiendo con sus propias manos quitado la tapa al jarro, dejó que los males se repartieran por el mundo, entre todos los hombres, con triste éxito. Sólo la Esperanza permaneció donde había estado, en su infranqueable prisión, en el interior del jarro, cerca de los bordes, porque la mujer lo vació y reemplazó la tapadera, según la voluntad de Zeus que tiene la égida, el formador de nubes. Pero un gran número de miserias, que pueden contarse por millares, caminan errabundas por el mundo, entre los mortales; la Tierra está cuajada de males y la Mar plena de ellos. Sea de día o de noche, según su capricho, las enfermedades marchan a la aventura para llevar el mal a los hombres, silenciosamente, porque el prudente Zeus les ha retirado la palabra. Y es que resulta imposible escapar a los designios del padre de los dioses, del gran Zeus.

Si tú lo deseas, como fin y colofón de mi relato, te contaré otra historia, de forma sabia y hermosa, y tú, recogéndola en tu espíritu, la mantendrás en tu memoria. Es el relato de cómo fue formada la primera de las razas de hombres mortales por los eternos habitantes del Olimpo. Estos hombres existían en el tiempo en que Cronos reinaba en el cielo. Entonces, ellos vivían como si fueran dioses, con el corazón libre de inquietud, al abrigo de las fatigas y las miserias; la lamentable vejez no les amenzaba, y sin perder jamás el vigor de sus piernas ni de sus brazos pasaban la feliz existencia entre festines y lejos de todo mal; no estaban libres de la muerte, pero ésta llegaba lánguidamente y morían como dominados por un dulce sueño. Todos los bienes les pertenecían, la fértil tierra les daba espontáneamente sus frutos con generosa abundancia, y ellos, satisfechos de su suerte, tranquilos, vivían en sus campos, en medio de una superabundancia de bienes. Después que la tierra cubrió los restos de los hombres de aquella raza, sus espíritus se han convertido, gracias a la voluntad del gran Zeus, en Genios bienhechores, que habitan sobre la tierra, protegiendo a los mortales y distribuyendo las riquezas; tal es el real privilegio que han obtenido.

Más tarde, los habitantes del Olimpo volvieron a crear una segunda raza de plata, muy inferior y apenas semejante a la raza de oro, no recordándola ni por el cuerpo ni por el espíritu. Durante cien

años el niño quedaba sometido a los cuidados de su madre, como un inocente lactante; pero cuando crecían y llegaban al término de la adolescencia su vida se prolongaba muy poco tiempo, a causa de los pecados que cometían por su estupidez; porque eran hombres que no podían abstenerse, entre ellos, de un egoísmo insensato y, sin embargo, no querían honrar a los dioses inmortales y realizar los sacrificios sobre los sagrados altares de los bienhechores, como es justo entre los hombres que viven bajo techado. Entonces Zeus, hijo de Cronos, los destruyó, por su irritación, a causa de no rendir honores a los dioses bienhechores, dueños del Olimpo, y una vez que cubrió con la tierra a esta raza, sus miembros fueron llamados, por los mortales, Bienhechores de los Infiernos, genios de segundo rango, pero también rodeados de consideraciones.

Y Zeus, padre de los dioses, creó otra raza de hombres mortales, la tercera, raza de bronce, completamente diferente de la raza de plata, nacida de los fresnos, poderosa y muy temible, que sólo amaba los trabajos de fuerza, fuente de dolores, y las obras de violencia; no comían pan, tenían el corazón duro, hecho de acero, y eran muy temibles; su fuerza era enorme, sus brazos invencibles y miembros vigorosos. Tenían armas de bronce, sus casas estaban construidas con el mismo metal, y también lo utilizaban para construir sus herramientas de trabajo, ya que el negro hierro todavía no existía. Destruídos por sus propios brazos, marcharon hacia la negra y húmeda mansión del Hades, sin gloria, y dejaron la luz brillante del sol, llevados por los brazos de la Muerte, a pesar de lo temibles que eran.

Cuando la tierra todavía estaba llena de esta raza, el divino Zeus, hijo de Cronos, creó de nuevo, sobre la universal nodriza que es la Tierra, una cuarta raza, más justa y mejor, raza divina de héroes a los que se llama semidioses y que es la que nos ha precedido sobre la tierra sin límites. Unos murieron víctimas de la guerra funesta y la lucha devastadora, bien en Tebas, la de las siete puertas, o en la tierra cadmea, en lucha contra las tropas de Edipo, o en Troya, adonde habían marchado en grandes navíos, al otro lado del abismo del mar, por causa de Helena, la de los hermosos cabellos, y en donde la muerte, último término, los envolvió. A los demás, Zeus, hijo de Cronos, padre de los dioses, les asignó una existencia y una morada a cubierto de los hombres, colocándolos en las extremidades de la tierra.

Ahora habitan, con el corazón tranquilo, en las Islas de los Bienaventurados, sobre los bordes del océano de profundas simas. Héroes afortunados, para ellos la fecunda tierra produce, tres veces al año, una floreciente recolección, dulce como la miel.

¿Por qué razón he tenido que vivir entre los hombres de la quinta raza, en lugar de morir antes o nacer después? Porque, sin duda alguna, ésta es plenamente la edad de hierro y nunca para estos hombres cesarán las fatigas ni las penas, ni de día ni durante la oscura noche, y constantemente los dioses les proporcionarán penosas inquietudes. Aunque también para ellos habrá mezcla de bien entre los males.

Y una vez más Zeus destruirá esta raza de mortales cuando, al nacer, tengan las sienes grises. El padre ya no será semejante al hijo, ni los hijos a sus padres; el huésped no será querido por su anfitrión, ni el compañero por su semejante, ni los hermanos entre sí, como ocurría antes. Tratarán con desprecio a sus padres cuando éstos envejecan, los miserables les dirigirán duros reproches, sin temer la venganza de los dioses inmortales, y negarán a sus ancianos padres el alimento que de ellos recibieran. No se respetará ni la fidelidad de los juramentos, ni la justicia, ni el bien, pero se honrará especialmente al autor de malas acciones y al insolente; el derecho será la fuerza y el sentimiento del honor habrá desaparecido; el malvado se impondrá al honesto, atacándolo por sus acusaciones mentirosas, que apoyará con juramentos; la calumniosa envidia, que se alegra con el mal y muestra una faz siniestra, se cebará en las desgracias humanas. Y escondiendo sus hermosos cuerpos en blancas vestiduras, la Conciencia y la Equidad abandonarán la Tierra para marchar al celeste Olimpo, dejando la compañía de los hombres para gozar de la de los dioses inmortales. No quedará para los mortales más que el sufrimiento duro, y contra sus males no dispondrán de ningún remedio.

*Los trabajos y los días.*

## PITÁGORAS

(Siglo VI antes de Jesucristo)

Considerado como un semidiós por sus sucesores inmediatos, Pitágoras es calificado por los modernos historiadores como un genio de la mayor envergadura, «un iluminado con una ciencia prodigiosa y una indomable energía» (Glotz). Su biografía es pobre en datos: Nacido en la isla de Samos hacia el año 570 antes de Jesucristo, hizo posiblemente varios viajes (Egipto); pero lo que sí se sabe como cierto es que abandonó de manera definitiva su país hacia el año 530 para dirigirse a Italia. En Crotona destacó por su predicación filosófica y religiosa, fundando una escuela que llegó incluso a jugar durante algunos años un papel político, y murió, posiblemente en Metaponto, de edad avanzada, hacia el final del primer tercio del siglo V antes de Jesucristo. Después de su muerte, la leyenda lo envolvió: tenía un muslo de oro, era hijo de Apolo o Hermes, había descendido a los infiernos, etc.

Lo que es importante para nosotros, y que queda fuera de toda duda, es la existencia de una escuela pitagórica, hacia finales del siglo VI, cuyo papel en la historia del pensamiento humano ha sido capital. Todo el mundo sabe lo que la medicina o las matemáticas deben al pitagorismo. La ciencia pitagórica de los números posee todas las características de una filosofía mística secreta. Los pitagóricos estuvieron posiblemente en relación con el Oriente y seguramente con el orfismo, llegando a constituir una doctrina de salvación mística, una verdadera religión, cuyas enseñanzas, aunque impartidas en el mayor de los secretos, han tenido una enorme influencia, de la que iremos viendo la señal, incluso fuera de los círculos propiamente pitagóricos o neopitagóricos, en Platón o Virgilio, en Dante y en Favre d'Olivet. Con el pitagorismo se inicia una de las más importantes cadenas de la tradición occidental, si no se trata del origen de todas ellas.

Pitágoras propone una ascesis y una mística, una regla de vida muy precisa, que llega incluso al detalle cotidiano, para encaminarnos de forma más completa hacia la salvación. En los versos dorados se encuentra la idea de que el universo y el destino constituyen enigmáticos mensajes que sólo el iniciado puede interpretar. El golpe genial de Pitágoras, en la euforia de los primeros descubrimientos aritméticos, consiste en señalar que se trata de mensajes «cifrados». Los pitagóricos juraban por «Aquel que ha revelado la naturaleza eterna». Y también decían: «¿Qué existe que esté dotado de mayor sabiduría?: el número. ¿Qué hay que sea más hermoso?: la armonía». Se trate del mundo de los sonidos, de las formas o de las ideas, el número impone su ley de oro. Y se fuerza posiblemente menos la nota de lo que parece utilizando la intuición pitagórica, en unión a la intuición atomística de Leucipo y Demócrito, prefigurando la más moderna de las físicas.

El texto capital del pitagorismo se conoce con el nombre de *Versos de oro*. No se trata de una obra escrita por Pitágoras, ni posiblemente tampoco por ninguno de sus discípulos, sino de una serie de preceptos pertenecientes a su escuela y que datan, según todas las probabilidades, de los siglos II o III de la era cristiana. De los 71 versos que comprende, los críticos modernos consideran que 54 por lo menos podrían ser fragmentados de un «Discurso sagrado», originario de los primeros tiempos del pitagorismo. La primera parte comprende consejos morales, hasta el verso 45.

Reproducimos, en segundo lugar, un capítulo del comentario de Hierocles (filósofo del siglo V de la era cristiana) y un fragmento al comentario de Fabre d'Olivet.

### Los Versos de Oro de Pitágoras \*

- Honra antes que nada a los Dioses inmortales, en el orden que les ha sido asignado por la Ley.
- Respeta el Juramento.
- Honra luego a los Héroes glorificados.
- Venera así mismo a los Genios terrestres, cumpliendo todo aquello que es conforme a las leyes.
- Honra también a tu padre y a tu madre y a tus parientes próximos.
- Entre los demás hombres, toma por amigo a aquel que des-cuelle en la virtud.
- Cede siempre a las palabras de blandura y a las actividades salutíferas.
- No llegues nunca, por una culpa leve, a aborrecer a tu amigo, cuando esto te sea posible; porque lo posible reside cerca de lo necesario.
- Sabe que estas cosas son así, y acostúmbrate a dominar también las siguientes: la gula en primer lugar, y el sueño, y la lujuria, y la cólera.
- Jamás cometas ninguna acción de la que puedas avergonzarte; ni con otro,

\* En el original de la *Antología* de Amadou y Kanters sólo figura parte de los *Versos de Oro*. En la traducción castellana los incluimos completos, utilizando la versión francesa de Mario Meunier, por considerar que sólo resultan comprensibles para el hombre moderno en su total contexto. Respecto a los comentarios de Hierocles, que también nos agradaría dar íntegros, hemos añadido algunos fragmentos a los incluidos en el original. (*N. del T.*)

- ni tú particularmente. Y sobre todo, respétate a ti mismo.
- Practica luego la justicia en actos y en palabras.
- No te acostumbres a proceder sin reflexión en cosa alguna, por pequeña que ésta sea.
- Mas recuerda que todos los hombres están destinados a morir;
- y llega a saber de la misma manera a adquirir y a perder los bienes de la fortuna.
- Respecto a todos los males y desgracias que los hombres tienen que sufrir por obra de los augustos fallos del Destino,
- acéptalos como suerte que has merecido; sobrellévalos con mansedumbre y no te enojés por ellos.
- Te conviene ponerles remedio, en la medida en que esté en tu mano hacerlo. Pero, piensa bien en esto:
- que el Destino evita a las gentes de bien la mayor parte de estos males.
- Multitud de discursos, mezquinos o generosos, caen ante los hombres;
- no los acojas con admiración, pero tampoco te permitas alejarte de ellos.
- Pero, si adviertes que dicen algo falso, sobrellévalo con paciencia y mansedumbre.
- En cuanto a lo que a decirte voy, obsérvalo en todo momento y ante toda circunstancia:
- Que nunca nadie, ni con sus palabras ni con sus actos, te pueda inducir a que profieras palabras o hagas cosa alguna que para ti no sea útil.
- Reflexiona antes de obrar, para que no lleves a cabo acciones insensatas,
- porque es propio de los desdichados decir o hacer cosas insensatas.
- No hagas nunca, por lo tanto, algo de lo que después puedas avergonzarte o entristecerte.
- Jamás comiences a hacer nada que no conozcas; al contrario, tienes que aprender,
- todo lo que es preciso que sepas, y con esto vivirás la más dichosa de las existencias.
- No debes descuidar la salud de tu cuerpo,
- sino que, siempre con mesura, le concederás la bebida, el alimento y el ejercicio físico;
- y llamo mesura a aquello que jamás pueda perjudicarte.
- Acostúmbrate a una existencia decorosa, sencilla,

- y guárdate de hacer todo lo que pueda atraerte la envidia de los demás.
- No hagas gastos inútiles, a semejanza de aquellos que ignoran en qué consiste lo hermoso.
- Tampoco seas avaro; excelente es en todo la Justa medida.
- Jamás tomes a tu cargo empresa que pueda perjudicarte y reflexiona antes de obrar.
- No permitas al dulce sueño que se deslice bajo tus ojos,
- antes de que hayas examinado cada una de las acciones de la jornada.
- ¿En qué he faltado? ¿Qué he hecho? ¿Qué he omitido de aquello que debía hacer?
- Empieza a recorrer tus acciones por la primera de todas y luego, si hallas haber cometido culpas, amonéstate; pero, si has obrado rectamente, regocíjate.
- Esfuérazte en poner en práctica estos preceptos, medítalos; es necesario que pongas interés y amor en ellos,
- y ellos te pondrán sobre la pista de la virtud divina;
- te lo juro por Aquel que transmitió a nuestra alma el sagrado Cuaternario,
- fuente de la Naturaleza cuyo curso es eterno.
- Pero no empieces a tomar sobre ti empresa alguna,
- sin pedir a los Dioses que la acaben con bien. Cuando todos estos preceptos te sean familiares,
- conocerás la constitución de los Dioses inmortales y de los hombres sometidos a la muerte; sabrás
- hasta qué punto difieren entre sí las cosas y hasta qué punto se reúnen.
- Conocerás, también, en la medida de la Justicia, que la naturaleza es en todo semejante a sí misma;
- de suerte que no esperarás lo inesperable y nada estará ya oculto para ti.
- Sabrás igualmente que los hombres escogen por sí mismos y libremente sus males:
- ¡Pobres de ellos! , no son capaces de ver ni comprender los bienes que tienen cerca de sí.
- Muy pocos en número son los que han aprendido a libertarse de sus males.
- Tal es la suerte que turba los ánimos de los mortales. Semejantes a cilindros,
- ruedan de aquí para allá, abrumados por infinitos males.



- Innata es en ellos la aflictiva Discordia, que los acompaña y perjudica, sin que se den cuenta;
- no debemos provocarla, sino huir de ella, cediendo.
- ¡Oh Zeus, padre nuestro, a todos los hombres librarías de los numerosos males que los abruman,
- si hicieras ver a todos de qué Genio se sirven!
- Pero tú, cobra ánimos, ya que sabes que la raza de los hombres es divina,
- y que la sagrada Naturaleza les revela francamente las cosas en su totalidad.
- Si a ti te las descubre, conseguirás cuanto te he dicho:
- habiendo curado tu alma, quedará libre de todos esos males.
- Pero abstente de los alimentos que hemos dicho, aplicando tu juicio
- a todo aquello que pueda servir para purificar y libertar tu alma.
- Reflexiona sobre cada cosa,
- tomando por cochero a la excelente Inteligencia de lo alto.
- Y si, después de haber abundando tu cuerpo, llegas al libre éter,
- serás un Dios inmortal, incorruptible y para siempre emancipado de la muerte.

### Primer fragmento del comentario de Hierocles

- Conocerás, también, en la medida de la Justicia, que la Naturaleza es en todo semejante a sí misma;
- de suerte que no esperarás lo inesperado y nada estará ya oculto para ti.

La Naturaleza, modelando este Universo aparente en el modelo de la divina Armonía, la ha hecho por todas partes, de acuerdo con esta conformidad, semejante a sí misma en muy diversos aspectos y ha meditado sobre la belleza divina, tanto de una como de otra forma, en todos los aspectos y en todos los objetos repartidos por el mundo. De esta manera le ha dado al cielo el eterno movimiento, a la tierra la estabilidad, y estos dos estados opuestos llevan en sí los rasgos de la imagen de la divinidad. Le ha prescrito a los cuerpos celestes el cerrar el círculo del universo y a la tierra el ocupar su centro. Pero, en determinada esfera, el centro, en una cierta relación, puede ser considerado como el comienzo y en otros como el término de lo que en él

está contenido. En virtud de esta disposición, si las regiones están pobladas de astros, y si por debajo de ellas viven seres inteligentes, y la tierra está poblada por plantas y animales que no poseen más que cualidades sensitivas; entre estas dos clases de seres tan diferentes unos de otros, el hombre se mantiene en el centro, por ser un animal apto a una doble existencia: es el último de los seres superiores y el primero de los inferiores. De ello procede el que, tan pronto se pone en contacto con los seres inmortales y recobra gracias a esto su sendero hacia la inteligencia, que es la suerte que le corresponde, como, por el contrario, se une a las especies más bajas y mortales y se aleja de la luz, olvida las leyes divinas, la dignidad que le conviene. Porque es el último de los seres razonables y no está en su naturaleza el poder actuar siempre de manera constante, haciendo uso de sus dotes intelectuales, porque si así pudiera hacer, ya no sería un hombre, sino un dios inmortal. No puede utilizar su inteligencia de manera continua, como tampoco le es posible de una forma que sea inmutable, porque sería colocado en el rango de los mensajeros. El hombre, consecuentemente, no se encuentra aquí más que para elevarse, por semejanza de lo que existe de mejor, siendo por naturaleza inferior a los dioses inmortales y a los héroes glorificados, es decir, a los dos géneros de seres superiores y medios que le preceden en el orden cósmico. También les es inferior porque no siempre utiliza de manera constante su inteligencia, sino que cae muchas veces en la ignorancia, en el olvido de su esencia y de la iluminación que desciende de los dioses sobre él; pero, de la misma forma que no permanece constantemente sumido en esta ignorancia, sobrepasa a los animales carentes de razón y a las plantas, y siendo por su esencia superior a toda la naturaleza terrestre y mortal, tiene en su esencia el poder de volver a la divinidad, de hacer cesar este olvido por la reminiscencia y de recobrar las enseñanzas que ha perdido y curar su alejamiento y su huida del cielo mediante la búsqueda del camino que lleva en sentido inverso.

Ya que la esencia humana es como acabamos de exponer, conviene a los hombres conocer la constitución de los dioses inmortales y de los hombres mortales, es decir, el orden y el rango de los seres que forman el conjunto de los seres racionales. Le es necesario también conocer que la naturaleza es en todo semejante a sí misma, es decir, saber que la sustancia corporal, desde la más elevada a la más baja, está embellecida por un reflejo de su modelo divino. Pero, por otra parte, le es útil saber que todas estas cosas han de ser consideradas dentro de la medida de la justicia, conociéndolas como han sido establecidas por la ley, como los dioses las han producido y como han

sido ordenadas con arreglo a las leyes, tanto las cosas materiales como las espirituales, porque es en relación a todas ellas como deberá comprenderse la frase: «En la medida de la justicia».

*Según la versión francesa de MARIO MEUNIER.*

## Otros fragmentos de Hierocles <sup>1</sup>

— Antes recuerda que todos los hombres están destinados a morir.

Sabe que *todos los hombres están destinados a morir*, que existe un tiempo determinado para nuestro estar en cuerpos perecederos y que cuando este tiempo toca a su fin no hay que enojarse, sino obedecer de buen grado, como orden divina que es. Esto es lo que quiere decir la palabra *Destino*. Significa que nuestra vida perecedera está limitada, señalada con infranqueables y rigurosos límites. Pero es propio de la Prudencia obedecer los decretos de los seres superiores, buscando no evitar la muerte, sino morir adecuadamente.

- No permitas que el dulce sueño se deslice bajo tus ojos, antes de que hayas examinado una por una tus acciones de la jornada.
- ¿En qué he faltado? ¿Qué he hecho? ¿Qué he omitido de aquello que debía hacer?
- Empieza a recorrer tus acciones por la primera de todas, y luego, si hallas haber cometido culpas, amonéstate, pero si has obrado rectamente, regocíjate.

Cuando llegues a poner en obra estos versos, reúne en tu mente todos los preceptos que se te han dado, con el fin de que el tribunal interior de tu alma, mirándolos como a leyes divinas, examine y decida si has obrado bien o mal. ¿Cómo podría, en efecto, ponernos ese examen en condiciones de dirigirnos reproches cuando hemos obrado mal y de felicitarnos cuando nos hemos comportado excelentemente, si la reflexión que precede a nuestros actos no nos hubiera permitido concebir ciertas reglas según las cuales conviene que cada uno disponga su vida y con arreglo a las cuales dirige el secreto de la conciencia, como hacia una meta cierta, a lo largo de toda nuestra existencia? De esta forma, estos versos nos ordenan que enjuiciemos todos nuestros actos, cada día de nuestra vida, para que el continuo recuerdo de la ley conserve y guarde intacta la rectitud de nuestro juicio.

... ..

<sup>1</sup> Agregados en la versión castellana por el traductor.

El poeta nos exhorta, por tanto, a que hagamos recaer ese examen sobre todos los actos de nuestra jornada, yendo por orden de los primeros a los últimos \* y sin omitir ninguno de los intermedios; eso es lo que entiende por recorrer. A menudo ocurre que un trastorno en el orden de los acontecimientos equivoca el juicio y nos hace excusar fácilmente, por obra de una confusión de la memoria, el mal que hemos cometido. Por otra parte, esta rememoración de la vida cotidiana se convierte en un ejercicio propio para recordarnos lo que en nuestras vidas anteriores hemos hecho, dándonos así conciencia de nuestra inmortalidad <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Ciertos autores antiguos y modernos, al interpretar este pasaje de los *Versos de Oro*, referente al examen de conciencia, escribe C. Martha, en sus *Estudios morales sobre la antigüedad*, cap. IV, *El examen de conciencia entre los antiguos*, págs. 196 y ss.: «Han caído en un extraño error. Han pensado, con ingenuidad que nos pasma, que Pitágoras recomendaba a sus discípulos que recordasen cuanto habían hecho, visto, oído, hasta las cosas más indiferentes, y que el fin que con ello se había propuesto era fortalecerles el espíritu y afirmar así su memoria, precisamente porque es difícil recobrar y retener la fútil sucesión de los menudos incidentes cotidianos. No han sospechado que lo que aquí se explicaba era un ejercicio moral...» Cicerón, al tropezar con la prescripción de Pitágoras, lo interpreta como pudiera hacerlo el menos sutil de los estudiantes. En su tratado *De la senectud*, II, en que alaba la infatigable actividad de Catón el Antiguo, hace decir al viejo censor, con una visible alusión a los *Versos dorados* y a dicho precepto: «A la manera de los pitagóricos, recuerdo por la noche cuanto he hecho, dicho u oído en el día, para ejercitar mi memoria, memoria exercenda gratia». Diodoro de Sicilia escribía también (X, fragmento, pág. 257 de la trad. de Hoefler): «Los pitagóricos ejercitaban su memoria con tal cuidado, que no abandonaban el lecho sin haber repasado en su espíritu cuanto habían hecho la víspera de la mañana a la noche». Jamblico, en su *Vida de Pitágoras*, refiere así mismo: «Un pitagórico no salía nunca de su lecho sin haber repasado en su espíritu todo lo que había hecho la víspera. Esforzándose por recordar todo lo que había pasado, observando bien el orden y sucesión de todos sus actos y palabras». En nuestra opinión, el examen de conciencia tenía una doble finalidad: moral, propia para que cada uno aprenda a conocerse a sí mismo y a juzgarse, animándose a practicar el bien; otra, mnemotécnica, es decir, propia para fijar los recuerdos y ejercitar la memoria. El error de ciertos escritores está en no haber visto la conexión de esas dos finalidades y haber olvidado la una en detrimento de la otra. Esa introspección, al despertar nuestros recuerdos, podía también, al decir de Hierocles, recordarnos nuestro comportamiento en las anteriores existencias, ya que nuestros actos de antaño han ido dejando su marca en el cuerpo luminoso y en nuestro inconsciente. (Nota de Mario Meunier.)

\* Este ejercicio figura en la mayoría de las *instrucciones* de las escuelas ocultistas actuales, pero con la variante de que se recomienda hacer la rememoración en sentido retrógrado, es decir, desde los últimos acontecimientos de la jornada hasta los primeros. (N. del T.)

- Y si, después de haber abandonado tu cuerpo, llegas al libre éter,
- serás un Dios inmortal, incorruptible y para siempre liberado de la muerte.

Tal es el más bello final de nuestros trabajos. Éste es, como dice Platón, el gran combate y la gran esperanza que se nos ofrecen. Éste es el fruto más perfecto de la filosofía; éste, el fin supremo del arte iniciático y sagrado: haber instruido y conducir, cerca de los bienes verdaderos, a aquellos que han seguido los caminos que acabamos de trazar; librarlos de los trabajos terrenales, como de la profunda caverna de la vida material, alzarlos a los esplendores de la luz etérea y establecerlos en las Islas de los Bienaventurados. A esos viajeros se halla reservada como recompensa la deificación, ya que no está permitido llegar a la estirpe de los dioses a nadie más que a aquel que ha adquirido en su alma la verdad y la virtud, y que ha logrado con su carro espiritual la pureza. Sano y completo gracias a esto, es restablecido en la forma de su primer estado, porque a sí mismo se ha recuperado al unirse a la recta razón, ha reconocido el orden divino del universo y ha descubierto, en cuanto es posible, que pueda hacerlo el hombre, al organizador del mundo universal. Después de su purificación, ha devenido, en la medida de sus posibilidades, en lo que son aquellos seres que jamás caen por naturaleza en la generación; se ha unido mediante la inteligencia a ese Todo y se ha alzado hasta la misma vera de los dioses.

Según la versión francesa de MARIO MEUNIER.

### **Fragmento del comentario de Fabre d'Olivet**

- Pocos saben ser felices: sujetos a las pasiones,
- De un lado para otro conducidos por corrientes contrarias,
- En un mar sin orillas, por el que flotan, ciegos,
- Sin poder resistir ni ceder a la tormenta.

Lisis muestra en estos versos cuáles son los mayores obstáculos que se oponen a la felicidad del hombre. Se trata de los efectos negativos producidos por el movimiento desordenado que el entendimiento les deja tomar. Es a esto a lo que es preciso prestar gran atención, para no caer en el error de los estoicos. Pitágoras, como he dicho, no

ordenaba a sus discípulos destruir sus pasiones, sino moderar el ardor y dirigirlas correctamente. «Las pasiones—decía este filósofo—nos han sido dadas para que sirvan de ayuda a la razón; es necesario que sean sus servidores y no sus amos.» Ésta es una verdad que los platónicos, e incluso los peripatéticos, habían reconocido, según los comentarios de Hierocles. De esta forma, Pitágoras veía las pasiones como instrumentos de los que se sirve el entendimiento para edificar la mansión intelectual. Un hombre que estuviera totalmente desprovisto de pasiones parecía una masa inerte y sin movimiento en la carrera de la vida; ciertamente que podría no actuar con depravación ni maldad, pero tampoco le cabría gozar de la noble ventaja de la perfectibilidad. La razón se ha establecido en el entendimiento, para desde allí tener el total dominio de las pasiones. Debe gobernarlas como un soberano absoluto y dirigirlas hacia el objetivo que le indique la sabiduría. Si desconoce las leyes que le da la inteligencia y que, presuntuosamente, ella vigila, en lugar de actuar según principios dados, es ella misma la que impone los principios, cae en el exceso, y se transforma, bien en un hombre supersticioso o en un escéptico, un fanático o un ateo. Si, por el contrario, recibe las normas por las que ha de gobernar de las pasiones a las que debería mandar, su debilidad la deja subyugarse y, por defecto, se transforma el hombre en un ser estúpido o furioso, encenagado en el vicio, o audaz hasta el crimen. No existen otros razonamientos verdaderos que los que produce la sabiduría, los falsos deben ser considerados como los gritos de un alma insensata, abandonada a los movimientos de una razón anárquica, que las ciegas pasiones confunden.

Pitágoras consideraba al hombre como portador de lo mejor entre los entes intelectuales y sensibles, el último de los seres superiores y el primero de los inferiores, con libertad para dirigirse, bien hacia lo alto o en dirección a los abismos, en medio de sus pasiones, que reducen en el acto el movimiento ascendente o descendente que posee su voluntad; uniéndose a los inmortales, y por su vuelta a la virtud recorriendo el puesto que le corresponde, o replegándose entre las especies mortales y por la transgresión de las leyes divinas, viéndose desposeído de su dignidad. Esta opinión, que es la de todos los sabios que lo han seguido, incluso de aquellos que entre teósofos cristianos por sus prejuicios religiosos se han alejado más ampliamente que nadie de su doctrina.

*Los versos dorados de Pitágoras*  
(explicados y traducidos por primera vez en  
versos eumólpicos franceses, 1813).

# PLATÓN

(429-347 antes de Jesucristo)

La intención pedagógica no abandona nunca a los escritores ocultistas, que no tratan tanto de convencer a los incrédulos como de dirigir a los hombres de buena voluntad. Así, todos los autores que tratan de la Alta Ciencia invitan a los futuros adeptos a estudiar a los autores clásicos y tradicionales, pero sobre todo a seguir el ejemplo de su vida. Es de destacar que en las listas propuestas por los alquimistas y los astrólogos, por los cabalistas cristianos y los discípulos de Marción y Valentín, ocupa siempre Platón el primer lugar. Es también Platón quien encabeza la relación que proponen los teósofos. Al recomendar la lectura de los *Diálogos*, los ocultistas no hacen sino enviar a los estudiantes a beber en una de las fuentes más importantes de la doctrina tradicional. Charles Lenormant pretendía que la filosofía platónica no era sino una vulgarización genial de las revelaciones transmitidas en el curso de los Misterios griegos. La tesis es muy verosímil, si no para el conjunto del platonismo, al menos para sus principales concepciones metafísicas y religiosas, así como para sus referencias a costumbres muy antiguas y a ritos primitivos. Sea como sea, la inspiración ocultista de Platón no puede ser puesta en duda. Se puede observar en la dialéctica amorosa del *Banquete* y en la iniciación dispensada para Diotímo—o aun en la dialéctica de lo uno y lo múltiple del mismo y en la exposición hecha en *Parménides*—. Pero parece que el ocultismo sea más manifiesto en los diálogos, *Cratilo*, *Timeo* y *Critias*.

En *Cratilo* expone, en términos que los autores posteriores han reproducido fielmente, la concepción ocultista de la palabra, siendo, desde este punto de vista, un verdadero tratado de magia teórica.

En *Timeo* describe la creación del mundo por el Demiurgo sobre un modelo ideal, del que toma las correspondencias y la armonía. En un último análisis, dice Platón, son los números los que gobiernan el universo y cuyas relaciones se manifiestan a nosotros a través de la música. ¿No se hablará en la Edad Media de la música de las esferas?

En *Critias*, por último, Platón refiere la historia de un continente desaparecido, real o imaginario, en el que sitúa el punto de partida de la Tradición occidental y hacia el cual se dirigen todavía en nuestros días los ensueños y los estudios de los sabios, los ocultistas y los novelistas. Porque Platón fue el «inventor» de la Atlántida...

Algunos extractos del *Timeo* y del *Critias* serán suficientes, sin duda alguna, para mostrar la gran influencia que ha ejercido y sigue ejerciendo Platón en la

evolución del pensamiento, concepciones y literatura ocultista, siendo él, mejor que nadie y sobre todo que los seudo-Platones medievales o renacentistas, un admirable representante<sup>1</sup>.

## El alma del mundo

He aquí de qué elementos y de qué manera él compuso el alma del mundo. Con la sustancia indivisible y siempre idéntica, y con la divisible que nace de los cuerpos, formó, combinando ambas, una tercera especie de sustancia intermediaria, que participa a la vez de la naturaleza del Mismo y de la Otra, y la colocó en medio de la sustancia indivisible y de la corporal divisible. Después, tomando las tres, combinó la totalidad en una forma única, armonizando con energía la Misma y la naturaleza de la Otra, que repugna ser mezclada. Una vez que hubo mezclado las dos primeras con la tercera y de las tres hecho un solo todo, la dividió en tantas otras partes, como le era conveniente, siendo cada una de ellas una mezcla de la Misma, la Otra y la Tercera sustancia. He aquí cómo actuó: de la totalidad separó una parte; después separó otra, doble; a continuación una tercera, una vez y media más grande que la segunda y triple que la primera; después una cuarta, doble de la segunda; siguieron una quinta, triple de la tercera; a continuación una sexta, óctuple de la primera, y por último, una séptima, veintisiete veces más grande que la primera. Hecho esto, llenó los intervalos dobles y triples, separando fracciones de la primitiva mezcla y colocándolas en los intervalos, de forma que había en cada uno de ellos dos mitades, una que sobrepasaba los extremos, sobrepasada a su vez por los de la misma fracción de cada uno de ellos, la otra sobrepasaba un extremo del mismo número, siendo a su vez sobrepasada por la otra. De estas partes colocadas en los primitivos intervalos resultaron nuevos intervalos de una parte y media, de una parte y un tercio, de una parte y un octavo. Entonces, el dios relleno todos estos intervalos de uno más un tercio, con la ayuda del intervalo de uno más un octavo, dejando en cada uno de ellos una fracción tal que el intervalo resultante quedara definido por la relación entre el número doscientos cincuenta y seis y doscientos cua-

<sup>1</sup> Los extractos que siguen se han tomado y citado, siguiendo la traducción hecha por Emile CHAMBRY, *Oeuvres complètes de Platon*, París, ed. Garnier frères, 1939.



renta y tres. De esta forma la mezcla sobre la que había separado las partes quedó completamente utilizada.

Después de esto cortó la totalidad de la mezcla en dos partes, en sentido longitudinal, y cruzando cada una de estas dos mitades sobre la otra en forma de X, las curvó en círculo y las unió por los extremos consigo mismas y las del otro en el punto opuesto a su intersección. Les dio un movimiento uniforme, que gira hacia el mismo punto, e hizo que uno de los círculos fuera exterior y otro interior. Designó el movimiento del círculo exterior para que fuera el movimiento de la naturaleza del Mismo y el del círculo interior para que fuera el movimiento de la naturaleza del Otro. Hizo que el movimiento del Mismo se realizara de izquierda a derecha y el del Otro siguiendo la diagonal hacia la izquierda, y le dio preeminencia a la revolución del Mismo y del Semejante, porque sólo a esta sustancia la dejó sin dividir. Por el contrario, dividió la revolución interior en seis partes e hizo con ella siete círculos irregulares, correspondientes a cada intervalo del doble y del triple, de forma que hubo tres de cada clase. Ordenó a estos círculos que marcharan en sentido contrario, unos respecto a otros, tres con la misma velocidad, cuatro con velocidades diferentes, tanto entre ellos como respecto a los tres primeros, pero siguiendo una proporción ajustada.

Cuando la composición del alma se hubo concluido de acuerdo con las intenciones de su autor, dispuso en su interior cuanto hay de corporal y ajustó el conjunto, relacionándolo todo centro a centro. Entonces el alma, tejiendo a través de todo el cielo, del centro a las extremidades, haciendo una envoltura circular por fuera, girando sobre ella misma e inaugurando el comienzo divino de una vida divina y sabía para toda la sucesión de los tiempos. De esta manera nacieron, por una parte, el cuerpo visible del cielo y, por otra, el alma invisible, pero participando de la razón y de la armonía, la mejor de las cosas engendradas por el mejor de los seres inteligentes y que poseen eterna existencia...

(...)

Cuando el padre que lo había engendrado se dio cuenta de que el mundo, que había formado a imagen de los dioses eternos, se movía y vivía, se regocijó y, en su alegría, pensó hacerlo todavía más similar a su modelo. Como este modelo es un animal eterno, se esforzó en hacer de esta forma a todo este eterno universo, en la medida de lo posible. Pero esta naturaleza eterna del animal no había medio de adaptarla completamente a lo que es engendrado. Por ello pensó en hacer una imagen móvil de la eternidad, y al mismo tiempo que orga-

nizaba el cielo hizo de la eternidad que persiste en la unidad esa imagen eterna que progresa siguiendo el número y que hemos denominado el tiempo. En efecto, los días, las noches, los meses, los años, no existían antes del nacimiento del cielo, y fue al construir el cielo como concibió el darles nacimiento... Así ha sido, y por estas razones, como han sido engendrados los astros que, en su curso a través del cielo, están sometidos a conversiones, con el fin de que este universo sea lo más parecido posible a un animal perfecto e inteligente e imite su eterna naturaleza.

Con el nacimiento del tiempo, el mundo se encontró ya construido a semejanza de su modelo, pero no contenía todavía la totalidad de los animales que han nacido en su seno; le faltaba todavía este rasgo de semejanza. Por este motivo el dios terminó lo que le faltaba, imitando la naturaleza del modelo. De esta manera todas las formas que la inteligencia puede percibir en el animal que existe realmente, sean las que sean la naturaleza y el número, el dios juzgó que debía recibirlas este mundo, las mismas y en número idéntico. En consecuencia, existen cuatro; la primera es la raza celeste de los dioses; la segunda la raza alada, que circula por los aires; la tercera la especie acuática, la cuarta la que camina sobre la cerrada tierra.

*Timeo*, 35 a-40 a.

## La Atlántida

### 1. EL RELATO DE SOLÓN

«Existe en Egipto—dijo Critias—, en el delta del Nilo, en el punto en que dicho río se divide, una región denominada Saítica, cuya principal ciudad es Sais, patria del rey Amasis. Los habitantes honran como fundadora de su ciudad a una diosa cuyo nombre egipcio es Neith y la denominación griega, según aseguran, Atenea. Distinguen de forma especial a los atenienses porque pretenden tener un cierto parentesco con ellos. Habiéndolo llevado su viaje hasta esta villa, Solón me ha referido que fue recibido con grandes honores y que, un día, habiendo preguntado sobre las antigüedades, los sacerdotes más versados en estas materias le habían dicho que ni él ni ningún otro griego podían tener exacto conocimiento de una serie de hechos. Otro

día, deseando que los sacerdotes le hablaran sobre la antigüedad, se dedicó a referirles lo que nosotros sabemos de más antiguo; les habló de Foroneo, que se asegura fue el primer hombre, y de Níobe; les contó cómo Deucalión y Pirra sobrevivieron al diluvio; hizo la genealogía de sus descendientes y trató, diferenciando las generaciones, de contar cuántos años habían transcurrido desde estos acontecimientos.

»Entonces, uno de los sacerdotes, que era muy anciano, le dijo: “¡Oh Solón, Solón, vosotros los griegos sois todos unos niños. No existe en realidad ningún viejo en Grecia”. A estas palabras Solón respondió: “¿Qué es lo que quieres decir con eso?” “Vosotros sois todos jóvenes de espíritu, le contestó el sacerdote, porque no poseéis en vuestra alma ninguna opinión fundada en viejas tradiciones y envejecida por los tiempos. He aquí la razón: ha habido y todavía habrá en el futuro muchas destrucciones de hombres originadas por diversos elementos, las mayores lo son por el fuego y el agua y otras menores por mil otras causas. Por ejemplo, se refiere entre vosotros que Faetón, hijo del Sol, había un día robado el carro de su padre, y no pudiéndolo mantener por el camino paterno, incendió y abrasó todo cuanto había sobre la tierra, pereciendo él mismo en el incendio; esto, que ciertamente tiene todo el aspecto de una fábula, es rigurosamente cierto, ya que los cuerpos que circulan por los cielos, alrededor de la tierra, originan en su curso grandes conflagraciones que se producen de forma cíclica, con grandes intervalos, y que destruyen cuanto hay sobre la superficie de la tierra. En estos casos, aquellos que viven en lo alto de las montañas y en los lugares más elevados son los primeros en parecer, así como los que habitan en sitios áridos, mientras que los habitantes de las riberas de ríos y mares sobreviven más tiempo. Nosotros tenemos el Nilo, nuestro ordinario salvador, que, en parecidos casos, nos preserva de esta calamidad por sus desbordamientos. Cuando, por el contrario, los dioses sumergen la tierra bajo las aguas para purificarla, los habitantes de las montañas, pastores y vaqueros, escapan a la muerte, pero los que residen en nuestras ciudades son arrastrados por las corrientes fluviales hacia el mar; pero entre nosotros, ni en este caso ni en los otros el agua no sobrepasa nunca la altura de los campos; por el contrario, suben naturalmente de abajo arriba. He aquí cómo y por qué razones se dice que entre nosotros se han conservado las más viejas tradiciones. Pero la realidad es que en todos los puntos de la tierra, en que ni el frío ni el calor excesivos se oponen, la raza humana subsiste siempre más o menos numerosa. De esta manera, cuanto se ha hecho de bello, grande o notable bajo otras influencias, entre vosotros, aquí, o en otros países de

los que hayamos oído hablar, todo ello se encuentra aquí consignado por escrito en nuestros templos, desde tiempo inmemorial, habiéndose conservado de dicha forma.

”En vuestro país, en cambio, y como en él en los demás pueblos, apenas se han establecido las letras y demás instituciones necesarias a los Estados, sobrevienen en ciertos intervalos lluvias torrenciales como una verdadera plaga, que cae sobre vosotros, que no dejan con vida más que a los que desconocen las letras y a los extraños a las Musas; de manera que volvéis a empezar y os rejuvenecéis sin saber nada de los acontecimientos remotos de vuestro país ni de los otros pueblos. Los datos genealógicos que acabas de exponerme me parecen cuentos de niños, porque además de que no hacéis mención más que de un solo diluvio, el último, a pesar de haber sido precedido por otros, ignoráis también qué raza más perfecta de hombres existió en vuestro país, de los cuales descendéis tú y todos los ciudadanos de tu Estado, gracias a un pequeño germen escapado al desastre. Esto lo ignoráis porque los supervivientes, durante muchas generaciones, han muerto sin dejar nada recogido por escrito. Sí, Solón, hubo un tiempo en que, antes de la mayor de las destrucciones operadas por las aguas, la ciudad que hoy es Atenas fue la más valiente en la guerra y, sin comparación, la más cuidada en todos sentidos; fue ella la que se asegura realizó las más bellas cosas, creando las instituciones políticas más perfectas de que se haya oído hablar bajo los cielos”.

»Solón me refirió que tras oír hablar de esta manera se sintió muy asombrado y rogó a los sacerdotes que le contaran exactamente y a continuación todo lo relativo a sus conciudadanos de otro tiempo. Entonces, el viejo sacerdote le respondió: “No hay ninguna razón para negarnos a esto, Solón, y yo voy a hacerte un relato en honor a ti y a tu patria, sobre todo para rendir homenaje a la diosa común que protege tu ciudad y la nuestra, que las ha criado e instruido, la nuestra, que ella ha formado la primera, mil años antes que la nuestra, de un germen tomado a la Tierra y a Hefesto, y la nuestra más tarde. Después del establecimiento de nuestra ciudad pasaron ocho mil años —ésta es la cifra que traen nuestros libros sagrados—, siendo, por tanto, sobre tus conciudadanos de hace nueve mil años lo que te voy a exponer brevemente, sobre las instituciones y lo más glorioso de sus hazañas. Estudiaremos todo esto con mayor detalle en otra ocasión, cuando nos sea posible, con los textos en la mano. Compara en primer lugar vuestras leyes con las nuestras, y verás cómo gran número de nuestras actuales normas han sido copiadas de las que entonces estaban en vigor entre vosotros. Por tanto, la clase de los sacerdotes

está separada de las demás, y lo mismo sucede con los artesanos, los cuales poseen cada uno su profesión dedicada a una especial labor, sin mezclarse unas con otras, y lo mismo los campesinos, cazadores, jardineros. La clase de los guerreros ya habrás sin duda reparado que está igualmente separada entre nosotros de las demás, porque la ley les prohíbe ocuparse de otra cosa que no sea el hacer la guerra. Añade a esto la forma de las armas, arcos, lanzas, de las que nos hemos servido, antes que ningún otro pueblo de Asia, habiendo aprendido su uso de la diosa que os lo había enseñado a vosotros anteriormente. En cuanto a la ciencia, ves sin duda con qué cuidado la ley se ha ocupado aquí de ella desde el principio, así como del orden del mundo. Partiendo del estudio de las cosas divinas, se han descubierto todas las artes útiles a la vida humana, llegando hasta la adivinación y la medicina, que vela por nuestra salud, y se han ido adquiriendo todos los conocimientos que con todo esto se relacionan.

”Fue esta misma constitución y este orden que la diosa había establecido entre vosotros, cuando fundó vuestra ciudad eligiendo el lugar en que habéis nacido, porque había previsto que su clima tan felizmente templado produciría hombres de elevada inteligencia. Como ella amaba al mismo tiempo la guerra y la ciencia, a continuación eligió otra tierra capaz de producir hombres muy semejantes a ella misma, y es la que ha poblado. Así vosotros os gobernáis por estas leyes y otras todavía mejores, sobrepasando a todos los hombres en todo género de mérito, como no era menos de esperar de vástagos y alumnos de los dioses. Nosotros tenemos recogidas por escrito muchas de las grandes acciones de vuestra ciudad que provocan la admiración, pero hay una que sobrepasa a todas en grandeza y heroísmo. En efecto, los monumentos escritos dicen que vuestra ciudad destruyó en una ocasión a una inmensa potencia que se dirigía insolentemente sobre toda Europa y Asia, procedente de otro continente situado en el océano Atlántico. Entonces se podía navegar a través de este océano, porque allí existía una isla, más allá de aquel estrecho al que vosotros llamáis las Columnas de Hércules. Esta isla era más grande que Libia y el Asia reunidas, y de ella se podía pasar a otras islas y ganar el continente que se extiende encerrándolas y bordea aquel verdadero mar. Porque lo que quedó destruido, y de lo que estamos hablando, se parecía a un puerto de entrada muy estrecha, mientras que lo que queda más allá forma un verdadero mar, y la tierra que lo rodea posee con todo derecho la denominación de continente. Sobre esta isla Atlántica, los reyes habían formado una gran y admirable potencia, que extendía su dominio sobre toda la isla y otras muchas, así como algunas partes del conti-

nente. Además, y ya más acá del estrecho y a nuestro lado, eran dueños de Libia, hasta Egipto, y de gran parte de Europa, hasta el mar Tirreno. Un día esta poderosa potencia reunió todas sus fuerzas, quiso ocupar de un solo golpe vuestro país, el nuestro y todos los pueblos que están para aquí del estrecho. Fue entonces cuando, Solón, la potencia de vuestra ciudad mostró a los ojos del mundo su valor y energía. Ella descollaba sobre todas las demás por el valor y el conocimiento en todos los artes de la guerra y fue ella la que se puso al frente de todos los pueblos helenos; pero reducida a sus solas fuerzas por la deserción de las otras, y colocada en la más crítica de las situaciones, venció a los invasores, elevó un monumento y liberó de la esclavitud a pueblos que no habían sido aún dominados, dando generosamente la libertad a todos los que, como nosotros, habían sucumbido de los que habitaban en el interior de las Columnas de Hércules. Pero en el tiempo que siguió hubo numerosos terremotos e inundaciones extraordinarias, y en el espacio de un solo día y una sola noche nefastas todos los combatientes fueron englutidos de un solo golpe en la tierra, y la isla Atlántida, habiéndose hundido en el fondo de los mares, desapareció igualmente. Éste es el motivo de por qué hoy día aún este mar es impracticable e inexorable, viéndose dificultada la navegación por la abundancia de limo, que la isla formó al hundirse”.

»He aquí, Sócrates, brevemente resumido, lo que me ha referido Critias, que a su vez lo había oído de labios de Solón.»

*Timeo*, 21 e-25 c.

## 2. EL CULTO DE POSEIDÓN

El gobierno y los cargos públicos estaban reglamentados desde el origen de la forma siguiente: Cada uno de los diez reyes, en su distrito y en su ciudad, tenía todo el poder sobre los hombres y sobre la mayor parte de las leyes; castigaba y podía condenar a muerte a los que quería. Pero su autoridad sobre los demás monarcas y sus mutuas relaciones estaban reglamentadas por las instrucciones de Poseidón, tal como les habían sido transmitidas por la ley y las inscripciones grabadas por los primeros reyes, sobre una columna de cobre aurífero situada en el centro de la isla en el templo de Poseidón. Era en dicho templo donde se reunían cada cinco años o cada seis, alternativamente, honrando así tanto a los números pares como a los im-

pare. En esta asamblea deliberaban sobre los comunes problemas y se veía si alguno de ellos quebrantaba la ley y lo juzgaban. En el momento de prestar su juramento se intercambiaban regalos y otras pruebas de su buena fe mutua de la manera siguiente. Había en el recinto del templo de Poseidón toros en libertad. Los diez reyes quedaban solos y rogaban al dios que les concediera la captura de una víctima que le fuera agradable, y seguían a las bestias sin más armas que bastones y cuerdas, llevaban hasta la columna el toro que habían cogido y lo degollaban haciendo correr la sangre sobre la inscripción de la columna. En ella, además de las leyes, había grabado un juramento con terribles imprecaciones contra los que desobedecieran. Una vez sacrificado el toro, de acuerdo con los ritos, consagraban todo el cuerpo del animal, y a continuación, llenando de vino una crátera, arrojaban en ella una porción de sangre, en nombre de cada uno de ellos, y arrojaban el resto al fuego, después de haber purificado la columna. Tras esto, hacían libaciones en vasos de oro del líquido contenido en la crátera, sobre el fuego, jurando que juzgarían de acuerdo con las leyes inscritas en la columna y castigarían al que las quebrantase, así como que en el futuro no tratarían de cambiar ninguna de las prescripciones escritas y que no obedecerían ni ordenarían más que de acuerdo con las leyes de sus padres. Cuando cada uno de ellos había pronunciado este juramento en su nombre y en el de sus descendientes, bebía y consagraba su copa en el templo del dios; después se ocupaba de comer y de realizar las ceremonias necesarias. Cuando la oscuridad venía y el fuego de los sacrificios se había extinguido, cada uno de ellos revestía una ropa color azul oscuro de una gran belleza, se sentaban en tierra junto a las cenizas del sacrificio sobre las que habían prestado juramento, y durante la noche, después de haberse consumido totalmente el fuego en el templo, eran juzgados y juzgaban si alguno de ellos acusaba a otro de haber quebrantado las prescripciones legales. Una vez hechos los juramentos, los inscribían, al volver a amanecer, sobre una plancha de oro, y la colgaban en las paredes del templo, junto a sus túnicas, para memoria y ejemplo.

## Otros fragmentos sobre la Atlántida <sup>1</sup>

### 3. LA ISLA DE POSEIDÓN O ATLÁNTIDA

El rey de quien la isla y aquel mar tomaron el nombre de Atlántida, por ser el primero que reinó, fue Atlas. A su hermano gemelo le correspondió en la distribución la extremidad de la isla que se encontraba hacia las Columnas de Hércules, la parte de la comarca que se llama Gadeiros, en la lengua del país, y Eumele en griego, de donde esta comarca ha tomado el nombre.

(...)

Habitaron este país durante largas generaciones, sometieron en estos mares a gran número de otras islas y extendieron su dominación hacia allá, llegando hasta Egipto y el mar Tirreno. La posteridad de Atlas permaneció siempre muy honrada, ya que el más anciano de los reyes transmitía su autoridad al hijo mayor, de manera que conservaron el poder real en su familia durante largos años. Sus riquezas eran tales como ninguna casa real las ha tenido jamás ni las tendrá.

(...)

Gracias a su poderío fueron importados muchísimos productos del exterior, pero la isla producía la mayor parte de los que son necesarios para la vida, empezando por los metales sólidos o fusibles, y hasta aquel del que sólo conservamos el nombre, pero que es una realidad y se extraía en mil sitios de la isla, el cobre aurífero, el metal más preciado entonces, después del oro.

(...)

Aprovechando todas las riquezas de su suelo, edificaron sus habitantes templos, palacios, puertos y dársenas para sus barcos y embellecieron la isla del modo siguiente: comenzaron por tender puentes sobre los fosos circulares que el mar llenaba y que rodeaba la antigua metrópolis, poniendo así en comunicación la residencia real con el resto del país. Esta residencia había sido construida desde el principio en los mismos lugares habitados por el dios y sus antepasados.

(...)

A partir del mar cavaron un canal de tres pletros de anchura, cien pies de profundidad y cincuenta estadios de longitud, que desembo-

<sup>1</sup> Añadimos aquí algunos extractos del diálogo *Critias*, de interés por contener descripciones de la Atlántida. (N. del T.)



caba en la cintura exterior; de esta manera consiguieron que las embarcaciones, al volver de sus viajes, pudiesen entrar allí como en un puerto, pues para ello había una bocana en la que los mayores navíos podían moverse sin dificultad. En las cinturas de tierra que separaban los fosos inundados por el mar abrieron debajo de los puentes trincheras bastante anchas para dejar pasar un trirreme y unieron sus bordes por medio de techumbres que permitían a los barcos atravesarlas bajo cubierto, porque las cinturas de tierra se elevaban mucho sobre el nivel del mar. La cintura mayor, que era la que comunicaba directamente con el mar, tenía tres estadios de anchura, y la contigua, de tierra, las mismas dimensiones. De las dos cinturas siguientes, la de mar tenía dos estadios de anchura y la de tierra la misma que la precedente. Por último, la cintura que rodeaba inmediatamente a la isla interior tenía solamente un estadio de anchura. La isla interior misma, en la que estaba el palacio de los reyes, tenía cinco estadios de diámetro. Revistieron todo el contorno de esta isla, las cinturas y el puerto de una muralla de piedra; construyeron torres y puertas en las cabezas de puente, y a la entrada bóvedas bajo las cuales pasaba el mar. Para llevar a cabo todas estas obras, las piedras que necesitaron, que eran en parte blancas, negras y rojas, fueron extraídas de las laderas de la isla central y del pie de la muralla exterior, aprovechándose las excavaciones para hacer de ellas arsenales, cuyo techo eran las mismas rocas del terreno. Entre estas construcciones las había sencillas y otras formadas de diversas clases de piedras, para recreo de la vista, que ofrecían también toda clase de comodidades. Cubrieron de bronce en toda su extensión, como si se tratara de un barniz, todo el muro de la primera cintura exterior, de estaño el segundo y de cobre aurífero con reflejos de fuego la propia Acrópolis.

(...)

El suelo de la isla estaba muy elevado sobre el nivel del mar y los bordes cortados a pico; alrededor de la ciudad se extendía una llanura, y ésta, a su vez, estaba rodeada por un círculo de montañas que se prolongaban hasta el mar; esta llanura era lisa y uniforme, oblonga, teniendo de un lado tres mil estadios, y del mar al centro más de dos mil. Esta parte de la isla es la que miraba al Mediodía y no tenía nada que temer de los vientos del Norte.

(...)

La llanura tenía la forma de un rectángulo alargado, y si en algún paraje se apartaba de dicha forma, se había corregido esta irregularidad al trazar un foso que la rodeaba. En cuanto a la profundidad, anchura y longitud de dicho foso, cuesta trabajo creer lo que de sus

dimensiones se refiere, porque se trata de un trabajo hecho por la mano del hombre, cuando se le compara con otras obras del mismo género; mas así y todo os repetiré lo que oí decir. Lo cavaron en una profundidad de un pletro, tenía un estadio de anchura, y trazado alrededor de la llanura su longitud no era menor de diez estadios. En él desembocaban todos los cursos de agua que se precipitaban desde las montañas, sus dos extremos llegaban a la capital y desde allí iban a desembocar al mar. Del borde superior de este foso partían trincheras de cien pies de anchura que cortaban en línea recta la llanura y se unían al mismo foso en la proximidad del mar; distaban unas de otras cien estadios. Para transportar por agua a la ciudad los maderos de las montañas y los diversos productos de cada estación se había hecho que las diversas trincheras se comunicaran entre sí y con la ciudad por canales transversales. Tenéis que saber que la tierra producía dos cosechas al año, porque estaba regada en invierno por las lluvias de Júpiter y fecundada en verano por el agua de las trincheras.

(...)

Durante muchas generaciones, mientras conservaron alguna cosa de la naturaleza del dios del que habían procedido, obedecieron los habitantes de la Atlántida las leyes que habían recibido y honraron el principio divino que constituía su parentesco... Pero cuando la esencia divina se fue debilitando en ellos por su continua mezcla con la naturaleza mortal, cuando la humanidad se les impuso, entonces, impotentes para sobrellevar la prosperidad presente, degeneraron. Los que supieron ver comprendieron que se habían vuelto malos y habían perdido el más preciado de los bienes, y los que eran incapaces de ver lo que hace la vida feliz, juzgaron que habían llegado a la cumbre de la virtud y de la dicha en el tiempo en que habían estado poseídos por la loca pasión de acrecentar riquezas y poderío.

Entonces fue cuando viendo Júpiter, el dios de los dioses que gobierna según las leyes de la justicia y cuyas miradas disciernen en todo el bien y el mal, la depravación de un pueblo antes tan generoso y deseando castigarlo, para que volviera a la virtud y a la sabiduría, reunió a todos los dioses en la parte más brillante de las celestiales mansiones, en el centro del universo, desde donde se contempla todo lo que participa de la generación, y al verlos les dijo... [*Aquí termina lo que se conserva de este diálogo, habiéndose perdido la continuación.*]

Platón, *Critias*.

## VIRGILIO

(70-19 antes de Jesucristo)

Existe en la obra de Virgilio el relato de diversos episodios maravillosos, una amplia serie de alusiones a tradiciones mitológicas y religiosas. Pero ¿hay algo más que eso para autorizarnos a hacerle un lugar dentro de esta antología, siendo aquel tipo de relatos muy común en los escritores de su tiempo? La Égloga, escrita entre octubre y diciembre del año 40, nos obliga a plantear la interrogante y a responder de manera afirmativa.

Égloga a Polión, banal homenaje a un protector con ocasión del nacimiento de su hijo. Pero hay allí unos temas curiosos: la Virgen, la Edad de Oro y el Gran Año... ¿Se trata de un poema profético y Virgilio anunciaba, sin saberlo, o bien con plena conciencia, el nacimiento de Cristo? Siglos más tarde Dante tomaría como guía a Virgilio, pero ¿lo hacía en calidad de pre-cristiano o de iniciado?

Jerónimo Carcopino ha indicado que esta IV Égloga es de inspiración pitagórica. Virgilio, como más tarde haría Apuleyo, ¿ha buscado sus reseñas y fuentes en las diversas doctrinas iniciáticas? Probablemente no. La invasión de doctrinas orientales está todavía muy lejos, en el año 40 antes de Jesucristo, de tener la amplitud de que gozaría más adelante. Pero el poeta ha conocido sin duda alguna el sincretismo neopitagórico de su tiempo con diversas creencias; de esta forma, encontramos en él temas como la Edad de Oro, el Gran Año, la renovación de un ciclo o edad cósmica, la Virgen, probablemente como constelación zodiacal, etc.

Respecto a las relaciones de Virgilio con el pitagorismo tenemos varios indicios seguros, como el descenso a los Infiernos del VI libro de la *Eneida* y el tema de la edad de oro que se menciona de nuevo a propósito del Emperador Augusto. Por otro lado, Paul Maury se ha dedicado a desvelar los secretos de la construcción numérica de las *Bucólicas* y ha llegado a resultados un tanto inquietantes. Los diez poemas, para Maury, se corresponden dos a dos, la IV Égloga corresponde a la XVI. La prueba que da es de orden numérico: el total de los versos de las églogas I, II, III y IV es de 330, y el de las églogas VI, VII, VIII y IX es de 333, y según el texto se puede demostrar que faltan tres versos en las primeras, de forma que si restituimos estos tres versos podemos establecer el cuadro siguiente:

I	IX	150
II	VIII	183
III	VII	183
IV	VI	150
333	333	666

Resulta evidente que tal distribución no puede ser efecto del azar, sino que es el resultado de la aplicación del número de oro. Esto nos justificará, posiblemente, de dar a leer páginas muy comunes y conocidas, pero cuya intencionalidad no es ciertamente demasiado clara...

### Égloga IV

¡Musas de Sicilia, elevemos un poco nuestros cantos! A todos no agradan los abrigados y humildes tamaríndos; si nosotros cantamos a los bosques, es porque los bosques son dignos de un cónsul.

He aquí que ha llegado el último de los períodos predichos por la sibila de Cumas; el gran orden de los siglos renace de nuevo. Ya vuelve la Virgen, vuelve el reino de Saturno; ya de lo alto de los cielos desciende una nueva raza. ¡Oh tú, casta Lucina, dignate solamente proteger al naciente niño, que pondrá fin inmediatamente al siglo de hierro y hará surgir en el mundo entero la generación de la edad de oro: ya reina tu hermano Apolo!

Es precisamente bajo tu consulado cuando dará comienzo esta gloriosa época, Polión, y cuando los grandes meses darán comienzo a su curso; bajo tus auspicios, si subsiste algún vestigio de nuestra insensatez, destrúyela para siempre, porque si no llenarán la tierra perpetuamente de terror. Este niño vivirá la vida de los dioses y verá a los héroes mezclados con las divinidades, y él mismo será visto entre ellos y regirá un mundo pacificado por las virtudes de su padre.

Entonces, la tierra, sin precisar ninguna clase de cultivo, hijo, te prodigará sus primeros dones: las lianas subiendo por todas partes, unidas a las flores y al gracioso acanto. Las propias cabras vendrán a las casas a ofrecer sus ubres llenos de leche y las ovejas no temerán a los enormes leones. Incluso tu cuna estará llena de suaves flores. Perecerá la serpiente, perecerá la planta llena de pérfido veneno y en todas partes crecerá el amomo de oriente.

Pero cuando tú puedas leer las hazañas de los héroes y los altos hechos llevados a cabo por tu padre y conocer lo que es el valor, poco a poco el tierno y rubio trigo cubrirá las llanuras, y los terrenos más incultos se verán cubiertos de hierba, y las duras encinas destilarán una fuente de miel.

Todavía quedarán algunos restos de la antigua perversidad, que llevarán a los mortales a luchar contra Tetis en sus navíos, a reducir

a cenizas los cimientos de sus ciudades, a destruir los surcos en el seno de la tierra. Y habrá una nueva Tifis y otra Argos, que transportará a la élite de los héroes, estallarán nuevas guerras y, por segunda vez, un gran Aquiles será enviado delante de Troya.

Más adelante, a medida que corra el tiempo y te hayas hecho un hombre, las algas renunciarán al mar y el pino navegante no crecerá sobre los acantilados; toda la tierra producirá de todo. La tierra no sufrirá las heladas, el robusto campesino desatará los toros del yugo y no hará falta lana para vestirse con colores variados y mentirosos, sino que, de forma espontánea, el propio carnero producirá lana coloreada en las praderas, con los colores escarlata y púrpura o con las tintas del azafrán, y también espontáneamente, el sandix vestirá a los borregos. « ¡Date prisa, oh hijo de tales siglos! », han dicho a su vez las Parcas, poniendo de acuerdo la estable voluntad del destino.

¡Recibe los mayores honores, cuando tu tiempo sea venido, querido niño, nacido de los dioses, potente vástago de Júpiter! Contempla cómo oscila la masa convexa del mundo; ve a la tierra y los espacios del océano y el cielo profundo; mira cómo todo se estremece al aproximarse el nuevo siglo.

¡Ah, que una larga vida me permita conservar el soplo y la fuerza para celebrar tus altos hechos! Yo cantaré y no seré vencido ni por Orfeo de Tracia ni por Lino, aunque el uno haya tenido como inspiración a su madre y el otro a su padre, Orfeo Calíope, Lino el bello Apolo. El propio Pan, si viniera a competir conmigo, y pongo a Arcadia por juez, el propio Pan, en el Juicio de Arcadia, se declararía vencido.

¡Comienza, pequeño niño, con tu sonrisa a reconocer a tu madre; tu madre, a la que diez meses han traído largos sufrimientos! Comienza, pequeño niño, aquel que nunca ha reído a su madre, a quien ningún dios ha considerado digno de su mesa, ni ninguna diosa de su lecho.

*Bucólicas.*

## **El descenso a los infiernos: Anquises**

En el fondo de un valle, el venerable Anquises contemplaba, con mirada pensativa y ferviente, las almas que esperaban un día poder ascender hacia la luz; pudo incluso contar a los suyos, observar a sus queridos descendientes, ver sus destinos, su fortuna, sus costum-

bres y hazañas. De pronto vio a Eneas avanzar sobre el césped, y le tendió los brazos, lleno de alegría y con las mejillas preñadas de lágrimas, gritando: «Por fin estás aquí, y la piedad en la que yo tenía razón de contar ha triunfado sobre el áspero camino. Hijo mío, me ha sido concedido el poder ver tu rostro, oír tu voz y contestarte. Ciertamente lo esperaba, y confiaba que esto sucedería, cuando contaba impaciente los días y las horas. ¡Cuántas tierras has atravesado, cuántos mares, antes de poder llegar hasta mí! ¡Cuántos peligros, hijo mío! ¡Y cómo he temido los males que podían haberte sucedido en el reino de Libia!»

Eneas le respondió: «Eres tú, oh padre mío, es tu triste imagen la que ha aparecido súbitamente ante mí y me ha decidido a franquear el umbral de los infiernos. Mis naves han tocado las playas del mar Tirreno. Dame tu mano, padre, dámela, y no huyas de mis brazos». Y mientras así hablaba el llanto surcaba su rostro. Por tres veces quiso rodearle el cuello con sus brazos y por tres veces la sombra se escapó de entre sus manos como un soplo de brisa, como la imagen engañadora de un ensueño...

Entre tanto, Eneas divisó un valle, un bosque secreto y las ramas de los árboles agitados por la brisa y el río Leteo, que bañaba unos lugares tranquilos. Allí, pueblos y naciones se movían en gran número, semejantes a las abejas que se posan en las flores multicolores o sobre la blancura de los lirios, en los cálidos días del verano. Ante esta imagen, Eneas se admiró y pidió una explicación; quería saber cuál era aquel río y quiénes constituían la inmensa masa que se reunía en sus orillas.

Su padre, Anquises, le contestó: «Estas almas, a las que el destino ha prometido dotarlas de otros cuerpos, beben en las aguas del Leteo la tranquilidad y el largo olvido.

«— ¡Oh padre mío, es preciso pensar que hay almas que prefieren al cielo el ocupar un cuerpo desgraciado? ¿Y qué triste deseo puede impulsarlas en este sentido?

«—Yo te lo explicaré, hijo mío, para que puedas salir de esa inquietud.»

Y a continuación le reveló los secretos del orden del mundo.

«En principio, el cielo, la tierra, los mares, el globo luminoso de la luna y todos los astros del firmamento, poseen un alma. Este alma general distribuida por todo el universo es el principio del movimiento de todos los cuerpos. De ahí proceden las diferentes especies de animales, los hombres, los cuadrúpedos, los pájaros, los peces. Todos ellos poseen una parte, pura y viva, de este alma universal; pero la

materia terrestre de que están formados, como está sometida a diversas transformaciones, puede también hacer que se corrompa su alma individual. Éste es el origen de las pasiones, del miedo, de los deseos, de la angustia, de la alegría. Mientras el alma se encuentra aprisionada en el cuerpo, se ve inclinada hacia la tierra y ofuscada por las tinieblas. Rotos estos lazos por la muerte, conserva las ligaduras adquiridas durante la vida por su unión con un cuerpo terrestre. Los vicios, de los que había adquirido un gran hábito, la siguen en las infiernos, y es por ello por lo que les es preciso a las almas expiar los crímenes cometidos en otro tiempo sobre la tierra, mediante terribles suplicios. Unos, suspendidos en los aires, se ven expuestos a los vientos; otros son precipitados en un enorme estanque que lava sus manchas, y otros purificados por el fuego. A cada alma se le asigna una divinidad infernal que vigila su castigo. Después pasan a los Campos Elíseos, al menos un pequeño número que recibe tal gracia. Cuando ha terminado el tiempo y se han desvanecido todas sus ataduras, cuando estas almas han vuelto a encontrar su primordial pureza y la simplicidad de su esencia, un dios, al cabo de unos mil años, las conduce a las orillas del Leteo, el río del olvido, con el fin de que vuelvan de nuevo a la existencia terrena, y unir las, de acuerdo con sus deseos, a nuevos cuerpos...»

*Eneida, VI.*

## APULEYO

(Hacia 125-170)

Este joven africano del siglo II está, como tantos otros de sus contemporáneos, pleno de inquietud religiosa. Hizo sus estudios en Atenas y se aficionó a la filosofía platónica. Pero nos encontramos en una época en que el paganismo romano está invadido por los cultos orientales y no se retrocede ante los más serios sincretismos. Apuleyo consiguió ser iniciado en la mayor parte de los *misterios* de las religiones de la época. Más tarde, en Alejandría, es muy posible que se dedicara a experiencias mágicas. Al menos pudo eludir la acusación de haber, mediante el uso de encantamientos, atraído y desposado a una mujer muy rica y bastante mayor que él. En todo caso, dentro de la filosofía platónica y en su religión, afectada por numerosas creencias de origen egipcio, el lugar que ocupaba la magia no puede negarse. Que la parte dedicada a la retórica sea considerable dentro de los escritos de Apuleyo, que han llegado hasta nosotros, no resulta dudoso. Pero él había pasado verdaderamente por las diversas iniciaciones, cuyo impacto podemos encontrar incluso en su obra *El asno de oro*, novela de apariencia frívola, pero llena de rasgos de carácter iniciático. En toda su obra *Las Metamorfosis* abundan los episodios mágicos, ¿se trata de unos relatos simplemente maravillosos o son la expresión de una creencia profunda? La propia historia de Lucio transformado en asno y de sus vicisitudes antes de volver a recuperar la forma humana, ¿no es por sí un apólogo de salvación y de salutación por las pruebas y sufrimientos? ¿Y la aventura de Psiquis, no es con toda seguridad el símbolo de las tribulaciones del alma?

Del Libro XI y último de *El asno de oro*, que posee un tono más serio que el conjunto de la obra, vamos a presentar unos extractos que recogen el pasaje clásico sobre la iniciación en los misterios de Isis. Lucio ha sido transformado en asno y ha conocido numerosos sufrimientos y muchas desgracias. Se dirige a la diosa Isis, considerada como diosa lunar, para pedirle que lo desposea de esta maldita figura de cuadrúpedo (¿será necesario recordar su importancia en la tradición y en la masonería, o evocar a Gérard de Nerval?). Isis se le aparece en sueños y le ordena que vaya a la fiesta que se va a celebrar en su honor (fiesta del día cinco de marzo, que coincidía con la fecha en que se había vuelto a navegar por el Mediterráneo). Su aventura toca a su fin, y después de recibir instrucciones del sumo sacerdote, Lucio, vuelto a su figura humana, decide recibir la iniciación en los misterios de la diosa Isis.



## Iniciación en los misterios

Efectivamente, las claves del cielo y el infierno, la garantía de la salvación, se encuentran en manos de la diosa. El propio acto de la iniciación es una muerte voluntaria figurada y una salvación lograda por la gracia. Los mortales que, alcanzando el término de su existencia, llegan al umbral en que la luz termina y con la condición de que se les pueda confiar sin temor los augustos secretos de la religión, la potencia de la diosa los atrae y los hace renacer de alguna manera por su providencia y obra, devolviéndoles con la vida una nueva carrera.

(XI, 21).

Reconfortado en lo más íntimo de mi espíritu, y sin esperar a que se hiciera plenamente de día, sacudí mi sueño y me rendí directamente a la morada del sumo sacerdote. Salía él, justamente, de su casa cuando lo encontré y le deseé los buenos días. Estaba más resuelto que nunca a reclamarle, y en esta ocasión como algo que me correspondía de pleno derecho, la admisión en el santo ministerio. Pero él, tan pronto como me vio, tomó la delantera y dijo: « ¡Oh bienaventurado Lucio, qué felicidad es la tuya por haberte juzgado la augusta deidad digno de su favor y su bendición! » Y continuó: « ¿Qué es lo que tú deseas, por lo tanto?—dijo—. ¿Estás ahí dudando, y no es por lo tanto de ti de quien proceden los retrasos? He aquí el día que no dejabas de pedir al hacer tus votos, en que bajo el divino mandato de la diosa de múltiples nombres, estas manos te introducirán en el piadoso retiro de nuestra religión ». Y poniendo afectuosamente su mano derecha sobre mí, el anciano me condujo hasta la misma puerta del imponente edificio. Allí, tras haber celebrado en la forma consagrada el rito de la apertura del templo y cumplido el sacrificio de la mañana, sacó de una arqueta que había en el fondo del santuario unos libros en los que había dibujados unos caracteres para mí desconocidos; sobre unos había figuras de animales de toda suerte y eran la expresión abreviada de fórmulas litúrgicas, en otros había rasgos sinuosos o redondeados en forma de rueda, o volviendo sobre sí mismos como una espiral, todo cuyo conjunto servía para evitar que el texto pudiera ser comprendido si caía en manos profanas. Fue siguiendo el texto de estos libros como él me instruyó en los preparativos exigidos para recibir la iniciación.

A continuación, sin pérdida de tiempo ni pensar en los gastos, hice por mí mismo, o ayudado por mis compañeros, los preparativos necesarios. Entonces el sacerdote nos previno de que había llegado el mo-

mento, y me condujo, rodeado por una piadosa cohorte, a la piscina próxima. Una vez tomado el baño ritual, y después de haber invocado la divina gracia, me purificó mediante aspersiones de agua lustral y me volvió a llevar al templo—habían pasado entonces los dos tercios de la jornada—, me detuve a los propios pies de la imagen de la diosa y allí me dio en secreto algunas instrucciones que sobrepasan cuanto puede expresar la humana expresión verbal. En seguida, y esta vez ante todo el mundo, me recomendó que durante diez días evitara los placeres de la mesa, no comer la carne de ningún animal y no beber vino, conjunto de abstenciones que observé con escrupuloso respeto. Llegó por fin el día fijado por la divina citación. Ya estaba el sol en su declinación y se aproximaba la negra noche, cuando me vi rodeado por todos los costados por una masa de gente que, según la antigua costumbre observada en los misterios, me honraban con numerosos presentes. Después se alejó a todos los profanos y me pusieron una túnica de lino que jamás había sido usada, y el sacerdote, tomándome de la mano, me llevó a la parte más oculta del santuario.

Posiblemente, lector deseoso de instruirte, te preguntes con cierta ansiedad qué fue lo que se dijo y se hizo a continuación. Te lo diría si me estuviera permitido comunicarlo y tú lo aprenderías si te fuera permitido escucharlo, pero tus oídos y mi lengua se harían igualmente acreedores al castigo por una impía indiscreción o una curiosidad sacrilega. De todas formas, no atormentaré el piadoso deseo que posiblemente te tenga en suspenso y te colme de una larga angustia. Escucha, por lo tanto, y cree que todo cuanto te voy a decir es cierto. He llegado a los confines de la vida y la muerte, he ollado el umbral de Proserpina y he vuelto, cabalgando sobre todos los elementos; he visto brillar el sol de una forma radiante, en plena noche; me he aproximado a los dioses de lo alto y a los del abismo, los he mirado cara a cara y los he adorado de cerca. He aquí mi relato, y cuanto has escuchado estás obligado a olvidarlo; yo me limitaré a referir lo que me está permitido, sin sacrilegio, revelar a la inteligencia de los profanos.

Llegada la aurora y realizados todos mis ritos, me presenté, teniendo ante mí doce túnicas de consagración; de esta forma, a pesar de su carácter místico, no me impide hablar ninguna obligación, ya que todo pasó en presencia de numerosos testigos. En el propio centro del sagrado edificio, ante la imagen de la diosa, se había levantado un estrado de madera sobre el que se me invitó a subir. Allí, de pie y revestido con una túnica del más fino lino, bordada de vivos colores, atraía la totalidad de las miradas. Desde mis hombros caía hacia atrás, llegando hasta los talones, una clámide de lo más rico, y por todos los costados

estaba adornado con figuras de animales multicolores: aquí había dragones de la India, allí grifos hiperbóreos engendrados en otros mundos y dotados de alas como las aves. Los iniciados dan a este vestido el nombre de ropa olímpica. En mi mano derecha sostenía una antorcha encendida y mi cabeza estaba ceñida por una noble corona de palmas, cuyas brillantes hojas se proyectaban hacia adelante como si fueran rayos. Así, semejante a la imagen del sol, se me expuso como una estatua, y bruscamente se descorrieron las cortinas, apareciendo un desfile de gentes deseosas de verme. De esta forma celebraba yo el feliz día de mi nacimiento a la vida religiosa, mediante una comida de fiestas y un luminoso banquete. El tercer día se renovaron idénticas ceremonias y un desayuno sacramental terminó la iniciación, según el orden establecido.

Yo permanecía allí todavía algunos días, siendo un placer indescriptible el poder contemplar la imagen de la diosa, a la que ya estaba ligado por una buenaventura que jamás podría abandonar. Siguiendo sus propias advertencias, y tras haber, insuficientemente sin duda, pero siempre en la medida de mis posibilidades, pagado mi humilde tributo de acción de gracias, me disponía a celebrar a mis penates, largo tiempo abandonados, rompiendo con disgusto los lazos de una ardiente unión, y finalmente, prosternado ante la diosa, contemplando durante mucho tiempo con mis ojos sus pies, inundados con mis lágrimas e interrumpido por lágrimas que no dejaban que mi discurso fuera inteligible y ahogaban mi voz, le dije:

« ¡Santa tú que velas sin descanso por la salvación del género humano, siempre pródiga hacia los mortales, otorgándoles cuidados que los reaniman, que dispensas a los infortunados el dulce consuelo de una madre! Ni de día ni de noche, no hay un fugitivo instante que dejes pasar sin marcar con tus beneficios, sin proteger a los hombres en mar o en tierra, sin alejar de ellos las tempestades de la vida, sin tenderles una mano con socorros que desata los más complicados nudos de la fatalidad, calma las tempestades de la fortuna y gobierna el funesto curso de las estrellas. Los dioses del cielo te rinden homenaje, los del infierno te respetan; mueves el mundo alrededor de su eje, enciendes el fuego del sol, gobiernas el universo y aplastas con tus pies el Tártaro. Los astros son dóciles a tu voz, las estaciones vuelven según tu voluntad, los dioses se rejuvenecen ante tu vista, los elementos están a tus órdenes. Haces un gesto y la brisa se anima, las nubes se desplazan, germinan las semillas, crecen los gérmenes. Tu majestad llena de un santo temor a los pájaros que recorren el cielo, a los animales que marchan sobre las montañas, a las serpientes que se ocultan bajo

la tierra, a los monstruos de los océanos. Pero para poder decir las alabanzas merecidas, mi espíritu es demasiado pobre; para ofrecerte sacrificios, mi patrimonio es demasiado escaso. Me faltaría la voz para poder expresar los sentimientos que me inspira tu grandeza; no bastarían para ello mil voces, ni mil lenguas, ni discursos sostenidos sin desfallecer durante toda la eternidad. Pero al menos cuanto pueda, dentro de su pobreza, un piadoso fiel, tengo necesidad de hacerlo; tus divinos rasgos, tu sagrada persona, los guardaré encerrados para siempre en el secreto de mi corazón y los contemplaré con mi espíritu.»

*Las Metamorfosis o el Asno de Oro*, Libro XI, capítulos XXI a XXV, según la traducción de Paul VALLETTE al francés.

## LA BÚSQUEDA DEL SANTO GRIAL

(Siglos XII-XIII)

El Santo Grial ocupa un puesto central en la más francesa de las mitologías. Si vamos más lejos aún, se puede asegurar que está en la cúspide de la imaginación mítica occidental desde la Antigüedad. Los textos son muchas veces difíciles de establecer y las versiones con frecuencia son muy diferentes unas de otras, pero lo que importa es la existencia de un fondo común. Sus elementos: las pruebas de los caballeros, el castillo misterioso y la copa de la vida, el rey pecador o impotente, el sitio peligroso, etc., combinados de forma más o menos diversa, trazan de forma clara las etapas de una verdadera conquista iniciática. Se puede buscar su enlace con otras manifestaciones más o menos contemporáneas, como el catarismo. Es posible fundamentalmente indagar sus orígenes en un paso muy lejano, del lado del orfismo o del maniqueísmo. El Grial en su época constituye la gran forma de un mito del destino, de la vocación y de la salvación, y testimonia la persistencia en las fronteras del mundo católico de una mitología precristiana. Expresándola en un simbolismo, cuyos elementos revelan sin duda el inconsciente colectivo de la humanidad, y que podrían volver a hallarse un poco por todas partes, es un secreto de la sabiduría pagana vuelto a encontrar en el punto culminante de la civilización cortesana en la hora más humanista de la Edad Media.

Este mito, al que Chrétien de Troyes da una forma literaria en su novela *Perceval*, fue inmediatamente, y de forma consciente, bautizado y cristianizado por los monjes. Operación de doble sentido, y que para nosotros no ha tenido un resultado puramente negativo, si bien corta de forma amplia la leyenda del Grial, separándola de su trasfondo pagano, permite también entrever determinados enlaces profundos de la verdad cristiana con las verdades tradicionales. Por ello hemos elegido dos extractos diferentes, pero sobre idéntico tema, el de la liturgia del Grial, que ha sido objeto de tantas interpretaciones y comentarios eruditos, en donde se ha visto una ceremonia pagana, y también una descripción traspuesta de la Gran Entrada en el ceremonial de la Iglesia ortodoxa griega. La primera liturgia ha sido tomada de la novela de Chrétien de Troyes, obra escrita aproximadamente en 1180; la segunda, de *La búsqueda del Grial*, cristianizada y escrita por un monje cisterciense del siglo XIII.

### Primera liturgia del Grial

Las llamas iluminaban la sala con tal claridad que no se podría encontrar en todo el mundo un palacio alumbrado con más brillo. Mientras descansaban tranquilamente, apareció un lacayo que salió de una habitación vecina, llevando cogida por el medio del asta una lanza de una blancura deslumbrante. Entre el fuego y el lecho en que descansaban los contertulios pasó el lacayo y todos vieron la lanza y el hierro, en su blancura. Una gota de sangre perlaba la punta del hierro de la lanza y bajaba hasta la mano del portador. El recién llegado vio esta maravilla y guardó silencio, no atreviéndose a preguntar lo que significaba. Fue que se acordó de forma súbita de las enseñanzas de su maestro en caballería; ¿no había aprendido de él que es necesario evitar el hablar demasiado? Si hacía una pregunta, temía lo consideraran como una villanía y, por lo tanto, permaneció mudo.

Entonces vinieron otros dos lacayos; eran dos hombres de gran belleza, cada uno llevando en su mano un lustro de oro esmaltado, y en cada lustro brillaban diez cirios por lo menos. Después apareció un Grial, que llevaba entre sus dos manos una hermosa y gentil doncella noblemente vestida, que seguía a los lacayos. Una vez que hubo entrado con el Grial, se inundó la sala con una enorme claridad tal que los cirios empalidecieron, como sucede con las estrellas o la luna al levantarse el sol. Tras esta joven venía otra, llevando un tajo de plata. El Grial que estaba allí era del más puro oro, lleno de piedras preciosas de lo más rico y variado que existe, tanto en tierra como en el mar; no hay gema que pueda compararse a las del Grial. Inmediatamente después de que hubiera pasado la lanza por delante del lecho, hicieron lo propio las doncellas, para desaparecer en la otra habitación. El lacayo vio el cortejo y, fiel a la lección del sabio y prudente hombre, no osó preguntar qué significaba este Grial. Yo temía que las cosas se estropearan, porque he oído contar que muchas veces el callar demasiado no es mucho mejor que hablar demasiado. Viniera en buena o mala hora, el lacayo guardó silencio.

El señor ordenó distribuir agua y poner los manteles; los servidores obedecieron. Mientras el señor y el lacayo se lavaban las manos en agua caliente, otros dos sirvientes trajeron una gran mesa de marfil, hecha de una sola pieza, y la colocaron al momento ante el señor y su huésped, mientras los otros lacayos traían dos caballetes, cuya madera poseía un doble mérito, por ser de ébano y de una especial dureza,

tratada de tal forma que se esforzaría cualquiera en vano si intentara quemarla o que se pudriera, dos peligros que no podrían nunca alcanzarla. Sobre estos caballetes se colocó la mesa y sobre la mesa se dispuso el mantel. ¿Qué cabe decir de este mantel? Nunca un embajador, cardenal, ni siquiera el Papa, han podido comer sobre otro de mayor blancura. El primer plato era una pierna de ciervo, sazónada con especias y cocida en su grasa. No faltó ni el vino claro ni el rapé que bebían en copa de oro. Un lacayo trinchó el ciervo sobre una fuente de plata y fue colocando los trozos sobre un largo pastel.

Por delante de los invitados pasó por segunda vez el Grial, y el lacayo tampoco preguntó para qué servía. Pensó en el hombre prudente que era tan gentil y lo había puesto en guardia para que no hablase demasiado, y su advertencia estaba todavía presente en su memoria. Pero él estaba más retraído de lo conveniente, porque a cada nuevo plato que se colocaba ante ellos iba viendo pasar de nuevo el Grial por delante de sus ojos, completamente al descubierto, y seguía ignorando cuanto aquello podía significar. No era que no deseara saberlo, sino que en algún momento sería oportuno el preguntarlo, pensó, a uno de los lacayos, cuando fuera recibido por el señor y todos sus sirvientes por la mañana. De esta forma, difirió la cuestión para el día siguiente, esperando hacer honor a la comida.

La mesa estaba servida profusamente con todos los platos que acostumbra a comer los monarcas, emperadores y aristócratas, y los vinos eran de lo más selecto y agradable. Después de la comida los dos pasaron la velada hablando, mientras que los criados hacían las camas y preparaban lo necesario para acostarse, disponiendo también toda suerte de frutas: dátiles, higos y nueces moscadas, granadas para el final y pasta de jengibre de Alejandría, helada con esencias. Después de haber bebido licores estimulantes, vino con pimienta, en donde no había ni miel ni otras especias, y buen vino de moras y aguardiente claro.

El lacayo estaba maravillado, ya que no tenía costumbre de tales festines. Por último, el hombre prudente le dijo: «Amigo, ésta es la hora de irse a acostar; si lo permitís, voy a mi cámara, donde me aguarda mi lecho, y vos dormiréis aquí, cuando os convenga. Yo no tengo ningún poder sobre mi cuerpo y es preciso que lo deje reposar».

Tras decir esto, salieron cuatro robustos sargentos de una habitación vecina y cogiendo por los cuatro ángulos el lecho sobre el que se había tumbado lo transportaron a su cámara. Con el el extranjero quedaron únicamente los lacayos para servirle y cuidar de él. Cuando

le pareció bien, lo ayudaron a desnudarse y lo acostaron entre blancas sábanas de lino finísimo.

Chrétien de TROYES, *Perceval el Galés*, traducido de la versión en francés moderno de Lucien FOULET, ed. por Stock.

## Segunda liturgia del Grial

En la hora de vísperas cambió el tiempo, se oscureció y se levantó un intenso viento, que entraba en la sala, tan caliente que muchos creyeron que iban a ser quemados y otros temblaron de terror. Una voz les dijo: «Que aquellos que no deben sentarse a la mesa de Jesucristo se marchen, porque ha llegado el tiempo en que los verdaderos caballeros han de ser alimentados con la celestial comida».

Ante estas palabras, todos salieron de la sala sin esperar más, salvo el rey Pellés, que era un hombre sabio y de muy santa vida, Elyézer, su hijo, y una doncella, nieta del rey, la más religiosa que había en todo el país. Con ellos permanecieron los tres compañeros, para ver qué manifestación les reservaba Nuestro Señor. Al cabo de un instante vieron penetrar a través de la puerta a nueve caballeros armados de punta en blanco, que se fueron despojando de sus armaduras, e inclinándose ante Galaad, dijeron: «Señor, hemos venido con gran prisa para sentarnos contigo en la mesa, en la que participaremos de la más elevada de las comidas». Galaad les contestó que llegaban a tiempo, porque él mismo y sus compañeros acababan de llegar. Todos tomaron asiento alrededor de la mesa y Galaad les preguntó de dónde venían. Tres le contestaron que de la Galia, otros tres que de Irlanda, y el resto de Dinamarca.

Mientras hablaban vieron surgir de una habitación próxima un lecho de madera, llevado por cuatro doncellas, en el que descansaba un hombre que parecía haber sido herido y ceñía sus sienes con una corona de oro. Lo dejaron en medio de la sala y se retiraron. El hombre que ocupaba el lecho levantó su cabeza y, dirigiéndose a Galaad, dijo: «Sed bienvenido, señor; he deseado mucho vuestra llegada, y esto me hacía sufrir hasta tal punto que otro hombre no hubiera podido soportarlo mucho tiempo. Pero, si Dios así lo dispone, he aquí llegado el tiempo en que mi dolor será consolado y podré, por fin, abandonar este mundo tal como se me ha prometido».



A continuación escucharon una voz que decía: «¡Que todos los que no son compañeros de la búsqueda del Santo Grial salgan de aquí, porque no tienen derecho a permanecer por más tiempo». Entonces el rey Pellés, su hijo Elyézer, y la doncella abandonaron la sala, no quedando más que los que a sí mismos se reconocían como compañeros de la «búsqueda». En este momento creyeron ver descender del cielo a un hombre cuya vestimenta recordaba la de un obispo, con una cruz en su mano y una mitra en la cabeza. Cuatro ángeles lo traían sobre una espléndida silla y lo depositaron sobre la mesa en la que estaba el Santo Grial. El hombre que semejaba un obispo tenía en la frente letras que decían: «He aquí a José, el primer obispo de Nuestro Señor, consagrado en la ciudad de Sarraz, en el Palacio espiritual». Los caballeros leían bien estas letras, pero se preguntaban con sorpresa lo que podían significar, puesto que el José a que hacían referencia hacía mucho tiempo que había muerto, más de trescientos años. Él les habló de esta manera: «¡Oh caballeros de Nuestro Señor, sargentos de Jesucristo, nos os asombréis de verme ante vosotros, tal como estoy, al lado de este Santo Vaso; el mismo en que lo serví cuando era una criatura terrena y el mismo en que le sirvo ahora en espíritu! ».

Luego se aproximó a la mesa de plata y se prosternó con las rodillas y los codos en el suelo, ante el altar. Había transcurrido un buen rato cuando se oyó abrir la puerta de la cámara con gran estrépito. Miró hacia aquel costado, y todos los presentes lo hicieron a su vez para ver cómo aparecían los cuatro ángeles que habían traído a José; dos de ellos portaban cirios, el tercero una tela de seda bermeja y el cuarto una lanza que sangraba tan abundantemente que las gotas caían en forma de chorro en el interior de una vasija que mantenía en la otra mano. Los dos primeros dejaron los cirios sobre la mesa, el tercero depositó la seda al lado del Santo Vaso, el cuarto mantuvo la lanza derecha por encima del Santo Vaso, de tal forma que la sangre escurría a lo largo del hierro y allí se derramaba. Cuando todo esto se hubo cumplido, José se levantó, elevó un tanto la lanza por encima del Santo Vaso y lo cubrió con la tela.

Entonces José hizo como si entrase en el sacramento de la misa. Al cabo de un momento, tomó del Santo Vaso una hostia hecha semejando al pan, y cuando la elevó descendió del cielo la figura de un niño que tenía el rostro rojo y abrasado, como si fuera de fuego; la figura infantil penetró en la hostia, y cuantos se encontraban en la sala vieron cómo el pan tomaba forma de hombre carnal. José la tuvo un momento elevada y después la volvió a colocar en el Santo Vaso.

Cuando José hubo hecho cuanto incumbe al sacerdote en el oficio

de la misa, se dirigió hacia Galaad, lo besó y le indicó que besara a su vez a sus hermanos; así lo hizo éste, y entonces José dijo: «¡Sargentos de Jesucrito, que habéis soportado tantas penas y trabajos para poder contemplar una parte de las maravillas del Santo Grial, sentaos a esta mesa y allí seréis alimentados por la propia mano de vuestro Salvador, con la mejor comida que un caballero haya podido gustar jamás, y así podréis decir que vuestros sufrimientos no han sido en vano, ya que habéis logrado la más alta recompensa del mundo». Habiendo hablado así, José desapareció, sin que se pueda saber lo que ha sido de él. Se sentaron entonces a la mesa, no sin gran temor, y la emoción llenó sus rostros con las más tiernas de las lágrimas.

Vieron salir entonces del Santo Vaso a un hombre completamente desnudo, cuyas manos y pies sangraban, y que les dijo: «Vosotros, mis caballeros, mis sargentos, mis hijos leales, vosotros que en esta vida mortal habéis alcanzado el convertiros en criaturas espirituales, que tanto me habéis buscado, ya no puedo por más tiempo ocultarme a vuestros ojos y es conveniente que contempléis una parte de mis misterios y de mis secretos, puesto que vuestras hazañas os han conducido hasta mi mesa, a la que ningún caballero se había vuelto a sentar desde el tiempo de José de Arimatea. Por otra parte, ellos han tenido el premio que corresponde a los buenos servidores, es decir, que los caballeros aquí presentes y otros muchos se han nutrido con la gracia del Santo Vaso, pero ninguno lo ha logrado tan directamente como vosotros ahora. Recibid, por tanto, el más elevado de los alimentos, que deseáis desde hace tanto tiempo, y para lograr el cual tanto habéis tenido que laborar y sufrir».

Tomando el Santo Vaso se aproximó a Galaad, que se hincó de rodillas y recibió jubilosamente a su Salvador, con las manos juntas. Los demás, cada uno a su vez, hicieron lo propio, y cada uno estaba seguro de que se le había puesto en su boca la hostia entera. Cuando todos hubieron recibido la más elevada de las comuniones, tan maravillosamente dulce que creían tener en su cuerpo todas las suavidades del mundo, Aquel que les había alimentado habló de esta forma, dirigiéndose a Galaad: «¡Hijo mío, tú que eres tan puro como puede serlo un ser terrestre, ¿sabes lo que hay entre tus manos?» «No, respondió Galaad, a menos que vos me lo digáis.» «Es, le contestó, el plato en el que Jesucristo comió el cordero con sus discípulos el día de Pascua. Éste es el plato que ha servido a todos los que he juzgado como mis buenos servidores. Un plato que jamás ha podido ver un malvado sin quedar confundido. Y a causa de que este plato ha sido del agrado de todos los hombres de bien, se le denomina el Santo Grial.

Has visto, por lo tanto, aquello para lo que fuiste invitado y que deseabas contemplar; pero no has podido percibirlo tan manifiestamente, como un día llegará en que lo hagas. ¿Sabes dónde ocurrirá esto?, en la ciudad de Sarraz, en el Palacio espiritual. Te es necesario ir acompañando este Santo Vaso, que debe partir este noche del reino de Logres, al que no volverá jamás y en donde no vivirá ninguna otra aventura. ¿Sabes por qué se marcha de aquí?, porque no ha sido ni servido ni honrado como debiera serlo por los habitantes de estas tierras, que han elegido un modo de vida malvado y secular, a pesar de estar alimentados con la gracia de este Santo Vaso. Y puesto que lo han recompensado tan mal, yo les he privado del honor que en principio les había otorgado. Por ello, marcharás mañana al amanecer hasta el mar, donde encontrarás, junto a la playa, el navío del que tomaste la espada del extraño tahalí. Con objeto de que no estés solo, quiero que te acompañen Perceval y Bohort, y como deseo que no abandones este país sin haber curado al rey Méhaignié, te ordeno que tomes la sangre de esta lanza y que con ella frotes sus piernas; es lo único capaz de devolverle la salud.» « ¡Oh señor! , dijo Galaad, ¿por qué no permitís que vengan todos conmigo? » «Porque no lo deseo, y, además, todo esto debe hacerse a semejanza de mis apóstoles. De la misma forma que ellos comieron conmigo el día de la Cena, al igual vosotros comeréis hoy conmigo en la mesa del Santo Grial. Vosotros sois doce, al igual que lo fueron los apóstoles. En lo a mí relativo, soy el número trece, que debe ser vuestro pastor y maestro. De la misma forma que los separé unos de otros para que fueran a través del mundo a predicar la verdadera ley, de la misma manera hago con vosotros, enviándoos por diferentes caminos, y todos moriréis en el cumplimiento de este servicio, con la excepción de uno solo de todos vosotros.» Después les dio su bendición y desapareció sin que pudieran saber lo que de él había sido, sino que lo vieron subir a los cielos.

Galaad se acercó a la lanza que estaba sobre la mesa, tocó su sangre y se fue a ungir con ella las lesiones que el rey Méhaignié tenía en las piernas. Inmediatamente, el rey se sintió curado y dejó su lecho sano y salvo, dando gracias a Nuestro Señor por haberle curado de forma tan portentosa. Vivió largos años todavía, pero lejos del mundo, retirado en un monasterio de monjes blancos, y Nuestro Señor hizo, por amor suyo, muchos y maravillosos milagros, que la narración no refiere aquí porque de ello no hay ninguna necesidad.

*La búsqueda del Grial, puesta en francés moderno por Albert BÉGUIN, L. U. F.*

## JEAN DE MEUNG

(¿1240-1305?)

De las dos partes que componen *El romance de la Rosa*, está fuera de toda duda que la escrita más recientemente, hacia 1277, presenta al mismo tiempo el carácter más hermético, tanto por su fondo como por la forma. Se ha destacado con frecuencia la oscuridad aparente de esta segunda parte, a la que la interpretación puramente alegórica no es suficiente para aclarar el sentido. Es necesario para comprenderla investigar en un sentido simbólico y analógico. El mismo cuadro del amor cortés permite efectivamente a Guillaume de Lorris redactar una carta del Tierno y a Jean de Meung abordar el difícil género de la poesía didáctica. El continuador del *Romance de la Rosa* no es un poeta anodino, sino el autor de numerosos manuscritos de alquimia catalogados por Claude d'Ygé. Su reputación queda, pues, perfectamente asentada, designándolo como un hereje. El parentesco espiritual de Jean de Meung, con los albigenses y la secta de los Fieles de amor, le atrajo las iras de Gerson. Su *Visión*, publicada en 1402, muestra que el canciller era tan hostil al ocultismo de Jean de Meung como al misticismo de Ruysbroeck. La reacción de Gerson, encarnación del espíritu de la filosofía moderna, sirve para destacar mejor el tradicionalismo del *Romance de la Rosa*, plenamente medieval.

Para Jean de Meung sólo existe un objeto digno de ser deseable y de servir de finalidad a la investigación: el conocimiento, el gay saber de los trovadores. Lo simboliza en una fuente que es el origen de la vida y el pozo de la juventud. De esta ciencia universal la alquimia se presenta como el aspecto operativo; pero las prácticas y las doctrinas ocultistas están estrechamente ligadas; el simbolismo hermético que describe las operaciones de la Gran Obra, es al mismo tiempo el vehículo de la filosofía tradicional perseguida. Los lamentos que la Naturaleza dirige al alquimista son un verdadero curso de teoría ocultista. Otros pasajes, como el relativo a la edad de oro, el de la armonía oculta del universo, la astrología, etc., no son menos netos. A veces el tema tratado presenta una vía de actualidad, y Jean de Meung se ciñe a la prudencia, que no excluye la astucia. De esta forma, las doctrinas de Joachim de Flore no se exponen, al parecer para poder criticarlas mejor. Pero ¿a quien corresponde interpretar el sentido de esta crítica? No al portavoz del autor, ciertamente no, sino a... ¡Faux Semblant (Falso Aparente), el disimulador y engañador por excelencia!

Se impone la comparación del *Romance de la Rosa* con *La Divina Comedia*. Jean de Meung y Dante bebieron en las mismas fuentes, y bajo una forma literaria comparable han producido idéntico compendio de los problemas de su tiempo y de respuestas tradicionales. El *Romance de la Rosa* puede muy bien calificarse, según numerosos autores modernos, como un breviario de alquimia.

Marot ya lo sabía; pero con la condición de ver en el *Ars Magna* la expresión plena de toda la doctrina ocultista. Con esta condición, también, se pueden repetir las palabras de Eliphaz Lévi: «La rosa de Flamel, la de Jean de Meung y la de Dante, florecen en el mismo árbol»<sup>1</sup>.

## La alquimia

El arte que enseña la alquimia es capaz de teñir todos los metales en diversos colores—porque moriría antes de transmutar las especies, si no se logra reducirlas a la materia prima—; actúa mientras se posee vida, pero nunca podrá igualar a la Naturaleza. Y deseando comprender cómo conseguirlo, será necesario saber cómo obtenerlo, cuando confeccione su elixir, esta conveniente proporción de la que ha de surgir la nueva forma, proporción que diferencia las sustancias entre ellas mediante diferencias específicas, como aparecen en la definición.

Sin embargo, hay una cosa que es perfectamente sabida, la alquimia es un verdadero arte, y aquel que lo utilice con sabiduría realizará verdaderas maravillas, porque sean las que fueren las especies, los cuerpos particulares sometidos a inteligentes preparaciones resultan modificables en tantas formas, llegando incluso a cambiar entre ellos de naturaleza y haciéndolos entrar en otras categorías. ¿No habéis visto cómo los maestros vidrieros transforman una masa amorfa en un frasco o un vaso? Pero la masa de vidrio no es el vaso, ni éste la masa. Cuando se producen tormentas y brama el trueno, brillando los relámpagos, se ve con frecuencia caer piedras de los vapores que no poseen en sí nada de piedra. El sabio puede conocer la causa de tales alteraciones de la materia. Éstas son las especies transmutadas o individuos que se alejan por sustancia y accidente, unos por propia naturaleza, otros por las invenciones del arte.

De la misma forma se podrían fabricar metales si se llega a extraer en determinadas sustancias, separando las heces y logrando sus formas puras, vecinas por su constitución y llevadas de unas a otras, porque son todas de la misma materia, sea cual fuere la disposición de sus elementos; los libros de los filósofos, en efecto, nos dicen que las diversas especies de metales nacen en las minas de azufre y de mercurio. Aquel que posee la habilidad de separar los espíritus, de tal forma que

<sup>1</sup> Citamos el *Romance de la Rosa*, siguiendo la versión en francés moderno de André Mary, ed. por Gallimard en París en 1949.

tengan la propiedad de entrar en los cuerpos y fijarse en ellos a condición de que los encontraran muy puros, y que el azufre, blanco o rojo, no los queme, haría lo que deseara y produciría metales a voluntad. Los maestros de alquimia hacen surgir oro fino de la plata, añadiéndole peso y color por ingredientes poco costosos, y del oro fino hacen todas las piedras preciosas, claras y brillantes, y también despojan de su forma a los demás metales, si bien los transmutan en plata, mediante el uso de drogas blancas, penetrantes y finas. Pero éstos que sofistican no serán nunca capaces de realizar algo similar; que trabajen cuanto quieran, no alcanzarán a la Naturaleza.

*Romance de la Rosa.*

### **La fuente de la vida ("Sermón de Génius")**

La fuente de la que os hablo es un manantial saludable, bello y maravilloso. Escuchadme atentamente: Sus aguas son de agradable sabor y buenas para las bestias afectas de melancolía; surgen claras y vivas de tres manantiales admirables, que están cerca uno de otro, y que se reúnen en uno solo, si bien al contemplarlos tan pronto veréis uno como tres, pero jamás cuatro; ésta es su singularidad. Nunca hemos visto una fuente como ella, porque surge de sí misma, y son las otras las que alimentan las venas extranjeras. Se basta a sí misma y no toma ningún conducto extraño, no tiene necesidad de bases de mármol, ni de hojarasca, porque el agua no puede jamás faltar viniendo de una fuente tan alta que ningún árbol puede alcanzarla; todo lo más, como ejemplo, pensad en un olivo bajo, bajo el cual pasa la ola, y cuando el pequeño árbol siente las aguas frescas que mojan sus raíces, recibiendo tal alimento que inmediatamente le crecen mil ramas y se llena de hojas y de frutos, y se hace tan grande y grueso, que el pino que se os ha descrito no podría llegar a su altura ni sus ramas se extenderían hasta tan lejos, ni sería capaz de dar tanta sombra.

Este olivo, con sus altas ramas, cubre de sombra la fuente, y allí, en la frescura de la sombra, se esconden los animales y nace el rosal con sus flores destilando y la tierna hierba. En el árbol está colgado un rodillo que lleva esta inscripción en diminutos caracteres: AQUÍ, BAJO EL OLIVO QUE PRODUCE EL FRUTO DE SALVACIÓN, CORRE LA FUENTE DE

LA VIDA. ¿Qué pino valdría como tal árbol? Yo os diré, por otra parte—las gentes alocadas tendrán dificultad para creer esto y otros lo tendrán por fábula—, que en aquella fuente brilla un carbunclo admirable, mejor que todas las piedras preciosas; es completamente redondo y posee tres facetas, estando colocado de tal forma que se le ve brillar desde todo el parque, y ni el viento, ni la lluvia, ni las nubes son capaces de oscurecer la intensidad de sus rayos, por lo bello y magnífico que es. Y sabed que tal es la virtud de la piedra, que cada una de sus facetas vale tanto como las otras dos, y que las dos no valen más que la tercera, y nadie es capaz de diferenciar una de otra, de tal forma están dispuestas, que por más que lo intente, las observe o analice incluso por reflexión no las podrá encontrar diferentes. Pero no lo ilumina ningún sol, por ser más resplandeciente que el sol, tanto que hace que el brillo del cristal de la otra fuente aparezca pálido y oscuro en su presencia. ¿Qué más podría decir? No existe ningún sol que irradie luz como ese carbunclo, que es capaz de iluminar aquellos lugares con una magnificencia incapaz a ninguna estrella del mundo inferior. Hace que la noche quede desterrada y hace que el día sea eterno, sin principio ni fin; es en realidad un sol que se encuentra perpetuamente en el mismo lugar, sin atravesar los signos del año, ni por las horas que miden el día; es un sol sin mediodía ni medianoche. El carbunclo posee un poder tan maravilloso que los que se aproximan y miran sus facetas en el agua son capaces de ver todo cuanto ocurre en el parque, de cualquier costado que se muevan, y los conocen tan propiamente como a sí mismos, y después que han visto esto ya no serán nunca el juguete de las ilusiones, ya que se convierten en clarividentes y sabios.

Os mostraré otra particularidad: los rayos de este sol no perturban la vista de los que lo contemplan, y no los deslumbra, sino que rejuvенеce, refuerza y da nuevo vigor a sus ojos, por esta claridad y este calor templado se difunden por el parque los más deliciosos aromas.

Para poder expresarlo todo en una palabra, el que viera aquel parque encantado juzgaría que no hay mejor paraíso y tendría razón, puesto que Adán no fue formado en otro lugar.

Señores, sabedlo bien, si lleváis una vida sabia y cumplís con vuestro deber, beberéis de esta fuente. Para ello debéis seguir las enseñanzas que os he transmitido, es decir, pensad en honrar la Naturaleza, servidla trabajando en sus mismos fines, y si no podéis rendir los bienes dispensados o debidos, tened la firme intención de hacerlo cuando os encontréis en la abundancia. No cometáis homicidio, tened

limpias las manos y la boca, sed leales y compasivos, y así podréis ir al campo delicioso, siguiendo las huellas del cordero eternamente vivo y beber en la fuente que os convertirá en inmortales, e iréis gozosamente hacia la eternidad, cantando cancioncillas e himnos festivos y danzando bajo el olivo entre las flores.

*Romance de la Rosa.*



## DANTE ALIGHIERI

(1265-1321)

«El *Romance de la Rosa* y el poema de Dante, escribe Eliphas Lévi, son dos formas opuestas de una misma obra: la iniciación en la independencia intelectual, la sátira de las instituciones contemporáneas y la fórmula alegórica de los grandes secretos de la sociedad Rosa-Cruz.» Sólo nos interesa aquí este último aspecto de la obra de Dante. Pero no es inútil destacar cuántos autores tradicionales han mezclado las preocupaciones metafísicas con los deseos políticos, la acusación de herejía que sufrieron tantos ocultistas, la intolerancia de parte del poder temporal o religioso, que les movió muchas veces a disimular prudentemente bajo el velo de los símbolos las enseñanzas que perpetuaban y cómo, en tales condiciones, no habrían podido dejar de desear el advenimiento de una era en la que el pensamiento fuera libre de poder expresarse. Beatriz, la figura de la Sabiduría, es un poco el antepasado de la diosa Razón. Estas dos cualidades no son contradictorias en «la más bella y honesta hija del emperador del universo, a la que Pitágoras dio el nombre de Filosofía». No deja de llamar la atención el hecho de que los ocultistas, poseedores de verdades teóricas, hayan vislumbrado las consecuencias prácticas que guiarían una nueva organización de la sociedad. Este gusto por la utopía, que se encuentra en Platón, Rabelais, Fabre d'Olivet, Víctor Hugo, Joseph de Maistre y Milosz, y en la *Oda a Fourier*, de André Breton, se manifiestan también.

En los sonetos, en la *Vita Nuova*, en *La Divina Comedia*, Beatriz ejerce su más alta función, representa a Diotima, a Laura, es la Dama de los caballeros, es la iniciadora. Conduce al poeta por los caminos del paraíso y le muestra el espectáculo del mundo penetrado por el amor. En este espectáculo se reconocen con facilidad las grandes líneas de la concepción ocultista del universo. La partida de Dante desde un lugar y en un instante elegidos nos recuerda los viajes impuestos a los futuros iniciados. ¿No afirmaba Dante, en su conversación y de forma bastante misteriosa, que Beatriz es un número que descubre todo conocimiento, el número nueve? La *Vita Nuova* expresa por su parte toda una filosofía de los números (especialmente en el capítulo XXX), que se vuelve a encontrar de nuevo en *La Divina Comedia*, estructura que es a la vez expresión e instrumento del esoterismo de Dante. He aquí el plan de la obra:

*La Divina Comedia* comprende tres partes, cada una de las cuales se divide en 33 cantos. A ello se ha de añadir el Canto I, que es una introducción general  $(33 \times 3) + 1 = 100$ .

Beatriz aparece en medio del Canto XXX del *Purgatorio*  $(3 \times 10)$ , precedida por 63 cantos y seguida de otros 36.

He aquí, por otro lado, las divisiones del más allá de la tumba:

I. <i>Infierno.</i>	
Vestíbulo de los perezosos ... ..	1
Círculos ... ..	9
	<hr/>
	10
II. <i>Purgatorio.</i>	
Playa de la isla ... ..	1
Antepurgatorio ... ..	1
Cornisas ... ..	7
Paraíso terrestre ... ..	1
	<hr/>
	10
III. <i>Paraíso.</i>	
Cielos de los planetas ... ..	7
Cielos de las estrellas fijas ... ..	1
Cielo del primer móvil ... ..	1
Empíreo ... ..	1
	<hr/>
	10

Es decir:  $3 \times 10 = 30$ .

Resulta curioso el comparar este esquema simbólico<sup>1</sup> con el del *Asno de Oro*, de Apuleyo, o el de la *Desligada*, de Maurice Scève.

## Beatriz y el número nueve

Como el número nueve ha sido mencionado con frecuencia en las líneas y en lo dicho precedentemente, y se podría creer que esto se ha hecho sin tener para ello una buena razón, y como, por otro lado, dicho número ha jugado un importante papel en la muerte de cierta persona (Beatriz), es preciso hacer aquí algunas aclaraciones sobre este tema. Por esto voy a decir a continuación cómo el número nueve intervino en el accidente de su muerte, y después señalaré la razón por la cual este número ha sido tan favorable a dicha dama.

Yo diré, en consecuencia, y siguiendo la costumbre de Arabia, que el alma tan noble de esta dama se ha separado de su cuerpo durante la primera hora del noveno día del mes, y siguiendo el uso de Siria,

<sup>1</sup> Estas indicaciones, así como la traducción de los extractos del *Paraíso*, que siguen, se han tomado de Alexandre Masseron, *La Divina Comedia*, editada en París en lengua francesa por Albin Michel, 1947-1950. Para la interpretación tradicional del simbolismo de los números remitimos al interesado a la obra de René Guénon, *El esoterismo de Dante*, París, 1949.

durante el noveno mes del año. Porque, en este país, *Sirim*, el primer mes corresponde a nuestro octubre, y siguiendo la costumbre, ella ha abandonado este mundo en este año de nuestro calendario, es decir, en los años del Señor, en los que el número perfecto quedaba comprendido nueve veces en el siglo. Éste fue también el número de los cristianos del siglo XIII.

Si buscamos el porqué este número nueve la ha acompañado siempre de forma tan amigable, he aquí una razón probable: según Ptolomeo y las verdades cristianas, hay nueve cielos que se mueven y que, según la opinión común de los astrólogos, estos nueve cielos transmiten hacia aquí abajo las combinaciones armónicas a las que están sometidos en lo alto; este número ha sido amigo de Beatriz, para hacer comprender que cuando fue engendrada, los nueve ciclos móviles se comportaban en perfecta armonía. Ésta es ya una de las razones. Pero considerando la cosa más sutilmente, y de acuerdo con la verdad infalible, este número era ella misma. Al establecer esta comparación, he aquí cómo entiendo yo el asunto: el número tres es la raíz cuadrada de nueve, porque sin ayuda de ninguna otra cifra, y por sí mismo, es capaz de producir el indicado número nueve. Puesto que es evidente que tres veces tres hacen nueve, y siendo, por lo tanto, el tres creador del nueve, y el gran operador de milagros por naturaleza es triuno, es decir Padre, Hijo y Espíritu Santo, siendo tres y un todo a la vez, esta dama ha estado constantemente acompañada del número nueve, para dar a entender que era un nueve, es decir, un milagro cuya raíz es la admirable Trinidad. Se podría sin duda establecer esta verdad por razones todavía más sutiles, pero las que yo acabo de dar me complacen mucho más que todas las que puedo entrever.

*Vita Nuova*, XXX.

## El orden del mundo

Las cosas todas, tal como existen, poseen un orden entre ellas, y esto es lo que hace que el universo sea la imagen de Dios.

Las criaturas más elevadas ven la marca del Poder eterno, que es el fin para el que se ha hecho la norma de que acabo de hablar;

a este orden que yo indico están sometidos todos los seres creados, según su diversa condición, y más o menos semejantes a su principio;

de esta manera caminan hacia los diversos puertos a través del

océano del ser, cada uno guiado por el instinto que se le ha dado para que le sirva de piloto.

Es este instinto el que lleva el fuego hacia la luna, el que hace palpitar el corazón de los animales, que condensa la tierra y que proporciona la cohesión.

No son sólo las criaturas sin inteligencia las que se ven alcanzadas por las flechas que lanza este arco, sino las que poseen intelecto y amor.

La Providencia, que regula este orden, mantiene con su luz, éter absolutamente inmóvil, el cielo en el cual se desplaza aquel cuyo movimiento es más rápido.

Y es precisamente allí, como en un lugar predestinado, donde nos lanza la fuerza de esta cuerda que dirige hacia un objetivo feliz a aquellos a quienes lanza como si fueran saetas.

*La Divina Comedia, El Paraíso, I, 103-124.*

## La influencia de las esferas celestes

El Bien, que pone en movimiento y satisface la totalidad del reino hacia el que tú asciendes, hace que su providencia llegue a ser en estos grandes cuerpos una virtud activa;

no solamente todas las naturalezas están previstas en el Pensamiento, que es perfecto por sí mismo, sino que su conservación se encuentra igualmente prevista;

porque todo cuanto este arco proyecta está dispuesto para alcanzar el fin previsto, como objeto que se dirige rectamente hacia su fin.

Si esto no sucediera de dicha manera, el cielo por el que ahora caminas produciría tales efectos que su resultado no serían obras de arte sino ruinas.

Y esto no puede ocurrir, a menos que las Inteligencias que hacen mover las estrellas fueran defectuosas, e igualmente la Primera que no las habría conducido a la perfección.

¿Quieres que te aclare más esta verdad? Yo le respondí: «No ciertamente, porque veo con claridad que es imposible que la naturaleza se encuentre en falta en aquello que es necesario»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Es Charles Martel el que se dirige a Dante. Primera parte del razonamiento de Charles Martel: Dios ejerce su Providencia sobre la tierra por intermedio de los cielos, y como consecuencia su influjo debe actuar con vistas a un fin predeterminado, si fuera de otra manera, los efectos obtenidos no

Él continuó: «Pero dime, ¿sería peor para el hombre no vivir como ciudadano de la tierra?» «Sí, le contesté, y aquí arriba no tengo necesidad de pruebas.»

«¿Y podrá ser esto si no se vive de diversas formas y mediante distintas funciones?» «No, pero vuestro maestro (Aristóteles) ha escrito muy acertadamente sobre esto.»

Una vez alcanzado este punto de las deducciones, llegó a esta conclusión: «Es preciso que sean diversas las raíces de vuestros actos; es por esto por lo que uno nace como Solón, otro como Jerjes, un tercero Melquisedec, y otro aun, como aquel que perdió a su hijo volando por los aires»<sup>1</sup>.

La revolución de las esferas, que marca con su señal la cera de los mortales, hace bien su obra, pero no diferencia una morada de otra.

Así sucede que, desde el momento de la concepción, Esaú era diferente de Jacob y Quirino nació de un padre tan vil que se le atribuyó a Marte.

La naturaleza de los hijos Seguiría siempre la misma vía que la de los padres, si la divina Providencia no se opusiera<sup>2</sup>.

*La Divina Comedia, El Paraíso, VIII, 97-135.*

serían obras de arte, sino ruinas, lo que es imposible. Las inteligencias que hacen mover los astros no podrían ser imperfectas, porque si lo fueran se llegaría al absurdo de que Dios es imperfecto. (Nota de Alexandre MASSERON.)

<sup>1</sup> Segunda parte del razonamiento de Charles Martel: Estando establecido que las influencias de las esferas celestes se ejercen con vistas a un fin determinado de antemano, deben actuar de manera que el hombre pueda vivir en sociedad; de ahí se deduce la necesidad de que existan profesiones y oficios diversos y que éstos estén condicionados por aptitudes variadas. (Nota de Alexandre MASSERON.)

<sup>2</sup> Tercera parte del razonamiento de Charles Martel: La influencia de las esferas celestes, que da a los hombres sus diferentes aptitudes, debe por lo tanto ejercerse y se ejerce, sin tener en cuenta para nada a las familias, sin hacer diferencia entre ricos y pobres, y la Providencia impide que la naturaleza de los hijos siga el mismo derrotero que la de los padres. (Nota de Alexandre MASSERON.)

## LEONARDO DE VINCI

(1452-1519)

Si le hemos dedicado un lugar en este libro a Leonardo de Vinci, es preciso convenir que es más por ilustración que a causa de los escritos emanados de su pluma. Espíritu universal, se ha dicho y repetido hasta la saciedad, Leonardo no ha estado ciertamente separado de las corrientes ocultistas de su tiempo. Según todas las probabilidades, se ha relacionado frecuentemente con alquimistas, astrólogos, místicos; nadie duda tampoco que ha conocido a la perfección el movimiento neoplatónico que se desarrolló alrededor de Marcelo Ficino. Pero si él nos ha legado una filosofía y una mística que proceden de la gran tradición secreta, ha sido en su obra pictórica donde ha ido dejando entrever sus tendencias. Hacia las prácticas de los necrománticos y también las de los alquimistas, no muestra ninguna compasión, posiblemente porque, al mismo tiempo que un artista, era un sabio que ejercía su perspicacia intelectual en todos los dominios, poniendo siempre de manifiesto su espíritu altamente crítico. Esto le da patetismo al texto que reproducimos más abajo, en el cual Leonardo trata de destruir la creencia en los espíritus, y a lo largo del cual vemos cómo utiliza laboriosamente dicho sentido con este objeto, mediante razonamientos tomados de una ciencia experimental que todavía se encontraba en plenos balbucesos.

Pero es dirigiéndose hacia sus pinturas y dibujos cómo se puede ver hasta qué punto su visión del mundo estaba impregnada de teología mística. Se puede demostrar en los más mínimos detalles, porque hay en los lienzos de Leonardo un constante recurso al simbolismo, una composición casi litúrgica: simbolismo en los colores, posiciones, gestos, situación y dirección del índice en particular, etc. Esto se observa también en la elección de los temas: Vulliaud ha trazado un satisfactorio paralelismo entre el Baco y el Bautista, demostrando que el primero es también un anunciador del Mesías, un hombre dos veces nacido, es decir, plenamente un iniciado. Incluso si no se viera en la ancolía, que Leonardo de Vinci pinta con predilección, la flor mística del amor perfecto y asexuado, sería necesario explicar el gusto manifiesto del pintor por una especie de androginado y la correspondencia de este tipo con las concepciones platónicas y cabalistas. La obra de Leonardo, como la de Dante, está impregnada de simbolismo teológico—y el Dios que celebra es también el Dios del Evangelio eterno más que el de la simple ortodoxia romana—. La enigmática sonrisa de la Gioconda y tantos otros personajes de Vinci es posiblemente una invitación a meditar sobre los enigmas...

## Contra la creencia en los “espíritus”

Si la magia ha desaparecido de entre los hombres, siéndoles tan necesaria, es porque no ha existido ni existirá jamás.

Por definición, el espíritu es aquello que existe de invisible en un cuerpo y en los otros elementos; nada hay que sea incorporeal, porque donde no hay cuerpo está el vacío y el vacío carece de existencia en los elementos, porque se encontraría inmediatamente lleno por éstos...

Y si tú dices que el cuerpo se rige por sí mismo, no puede ocurrir lo mismo en los elementos, porque si el espíritu es algo cuantitativo e incorporeal, esta cantidad es dicho vacío, y como no existe vacío en la naturaleza, dado esto que se da, muy pronto se produciría la ruina del elemento en el que se produjera el vacío.

Tomemos la definición de peso que dice: La gravedad es una potencia accidental, creada por un elemento extraído o colocado en otro, de lo que se concluye que ningún elemento que no pese en su propia naturaleza no es un punto en el elemento superior más sutil, como debe ocurrir. Una parte de agua no posee más peso o ligereza que otra, pero si la arrojamos al aire entonces adquiere un peso, y este peso no puede sostenerse, consecuentemente es fatal su ruina, y cualquier cosa que caiga en el agua, no importa dónde, desplaza este líquido.

De esta forma, ocurriría que si el espíritu se encontrara entre los elementos, continuamente generaría vacío en el elemento en el que estuviera, y por ello le sería necesario huir sin cesar hacia el cielo, hasta que abandonara la zona elemental.

Hemos demostrado que el espíritu no puede mantenerse en los elementos sin poseer un cuerpo, ni moverse por un acto voluntario, si no es en sí mismo. Ahora, diremos que si el espíritu toma un cuerpo aéreo, es necesario que se incorpore a este aire, porque si no estuviera incorporado se encontraría separado y engendraría vacío, como se ha dicho más arriba.

Por tanto, es preciso, de querer permanecer en el aire, que se infunda una cantidad de este aire, y si se une al aire (se volatiliza), existen dos inconvenientes, a saber: vuelve demasiado ligera la cantidad de aire a la que está unido, y por ello el aire, por sí mismo, lo llevaría hacia lo alto y no se mantendría en el aire, siendo éste más pesado que él. Por otro lado, la virtud espiritual se dispersaría y, perdiendo su naturaleza propia, se anularía.

Añadamos un tercer inconveniente: este cuerpo aéreo tomado por

el espíritu está sometido a la penetración de los vientos, que sin cesar desunen y separan las partes unidas del aire, giran y forman torbellinos en el otro aire. Como consecuencia, el espíritu infuso en el aire se desmembraría y quedaría completamente destrozado y roto por el desmembramiento del aire en el que habría sido infundido.

Es imposible que el espíritu infundido en una cantidad de aire pueda movilizar dicho aire, y resulta manifiesto que el espíritu hace ligera la cantidad de aire en la cual se infunde. Por tanto, este aire se elevará hacia lo alto por encima del aire, y esto sucederá a causa de la propia ligereza del aire, y no de acuerdo con la voluntad del espíritu, y ¿qué sucederá si este aire sufre la acción del viento?

\* \* \*

Queriendo demostrar si el espíritu es capaz de hablar o no es necesario definir en qué consiste la voz y cómo se produce. Diremos, en consecuencia, que la voz es un movimiento del aire frotado en un cuerpo denso, y un cuerpo denso al ser friccionado por el aire, lo que es la misma cosa. Esta fricción de lo denso con el aire lo condensa, lo enrarece y produce una cierta resistencia<sup>1</sup>, y todavía a causa de la rapidez del enrarecimiento, cuya lentitud de producción hace que se condensen uno en otro, por el contacto, dando lugar a un sonido y un gran ruido.

Y el sonido o murmullo hecho por el movimiento, como la gran llama que genera sonidos en el aire, y el gran ruido producido por el enrarecimiento en el objeto enrarecido, cuando la rapidez de este proceso hace que sea muy rápidamente desplazable, como la llama de fuego que surge de una bombardita y produce una gran detonación en el aire; e incluso la llama salida de las nubes que rompe los aires para engendrar el rayo.

Diremos, pues, que el espíritu no puede generar voces sin que haya un movimiento del aire, y que no existe aire en el espíritu, y que si lo hubiera no podría hacerlo salir, y que si desea que se movilice aquel en que está infuso, será necesario que el espíritu lo multiplique, o no es capaz de lograrlo si no posee la cantidad suficiente por la razón que dice; nada que esté enrarecido se mueve si no tiene un lugar esta-

<sup>1</sup> Todas estas divagaciones tienen poco de esotéricas, y su único interés descansa en expresar las ideas científicas medievales, en las que, pese a lo dicho por los autores del libro, no encontramos ninguna aplicación de carácter experimental, por primitiva y balbuciente que fuera. (N. del T.)



ble de donde pueda tomar el movimiento; y sobre todo teniendo que mover el elemento en el elemento que no se mueve por sí mismo más que por evaporización uniforme en el centro de la materia vaporosa, como sucede en una esponja cerrada en la mano que se coloca sobre el agua, y de la que el agua fluye por cualquier costado con un movimiento igual a través de las aberturas de los dedos de la mano que la presiona.

¿Posee el espíritu capacidad de articular voces y de poder hacerse entender?

¿En qué consiste el entender, y qué es la voz? Las ondas de la voz van a través del aire, como la imagen de los objetos va hacia el ojo.

¡Oh, matemáticos, iluminadme en lo relativo a este error!

El espíritu no posee voz, porque donde existe una voz hay un cuerpo y en donde hay un cuerpo existe ocupación, y ocupación de lugar, lo que impide que el ojo vea las cosas situadas detrás de él.

Por tanto, este cuerpo llena todo el aire de su alrededor, a saber, por sus imágenes.

No puede haber voz donde no haya movimiento, ni percusión del aire allí donde no exista un instrumento, y no existe ningún instrumento incorporal.

Establecido cuanto antecede, un espíritu no puede tener ni voz ni forma, ni fuerza, y si toma cuerpo, entonces no podrá ni penetrar ni entrar en donde se hayan cerrado las salidas. Y si alguien dice: por congregación del aire y atrayéndolo hacia él, el espíritu toma cuerpo de forma variada, y por este medio habla y se mueve con fuerza, a todo esto digo yo que donde no hay ni nervios, ni huesos, no existe fuerza operatoria, utilizada por ningún movimiento hecho por espíritus imaginarios.

Textos seleccionados por PÉLADAN, 345-358.

## Fragmentos

El hombre ha sido calificado por los antiguos de mundo menor, denominación justa, porque está compuesto de tierra, agua, aire y fuego, igual que el cuerpo terrestre, y se le asemeja. Si el hombre posee sus huesos para servirle de armadura y sostén de la carne, el mundo posee sus rocas que sostienen la tierra; si el hombre tiene en sí un lago de sangre en el que crece y disminuye el pulmón mediante la res-

piración, el cuerpo de la tierra posee su mar oceánica, que crece y disminuye cada seis horas por su respiración; si este lago de sangre origina las venas que parten de él y se ramifican por todo el organismo, así el mar oceánico llena el cuerpo terrestre de innumerables venas de agua, pero le faltan a nuestro globo los nervios, que no le han sido dados, porque están destinados al movimiento. Es decir, el mundo, en su perpetua estabilidad, no se mueve nunca, y donde no hay movimiento los nervios son inútiles. Pero en todo lo demás, el hombre y el mundo son semejantes.

\* \* \*

¡Que las figuras, los colores y todas las especies y partes del universo se queden reducidas a un solo punto, qué maravilla es este punto!

¡Oh admirable y sorprendente necesidad, tú obligas por las leyes a que todos los efectos obedezcan a su causa, por la vía más breve. Éstos son los verdaderos milagros!

Yo he escrito en mi *Anatomía* cómo en un espacio tan pequeño la imagen visual puede renacer y recomponerse en la dilatación.

\* \* \*

Las obras de la naturaleza son mucho más dignas que las palabras, que son obra del hombre. Entre la obra humana y la natural, hay la misma proporción que entre el hombre y Dios.

\* \* \*

La pintura tiene la finalidad de establecer una comunicación entre todas las generaciones del universo; este fin está subordinado a la facultad visual y no pasa a través del oído para llegar al sentido común de la misma forma que pasa a través de la vista.

Por tanto, la pintura no tiene necesidad de ser interpretada en ningún idioma, al contrario de lo que sucede con la literatura; inmediatamente satisface el espíritu humano, como hacen todas las cosas producidas por la naturaleza.

\* \* \*

Por nuestro arte, merecemos ser llamados sobrinos de Dios. Si la poesía se eleva hasta el nivel de la filosofía moral, la pintura practica la filosofía natural. Si la primera describe la operación de la inteligencia que reflexiona, la otra lo hace con la inteligencia que opera por el movimiento. Si una asusta al pueblo por las ficciones infernales, la otra hace lo mismo con idénticas cosas produciendo un similar efecto. Si el poeta y el pintor se esfuerzan en representar la belleza, la ferocidad, una brutal crueldad, una monstruosidad, existe imaginación en efecto, en la misma proporción que la sombra al cuerpo que la proyecta; y esta misma proporción se observa entre la poesía y la pintura; porque la poesía habla a la imaginación con las letras, mientras que la pintura da realmente ante el ojo una imagen que recibe toda la semejanza, como si las cosas que representa fueran naturales. La poesía no da esta semejanza y no actúa sobre la sensibilidad por vía de potencia visual como consiguen los pintores.

Textos elegidos por PÉLADAN, Mercurio de Francia. Fragmentos 28, 334, 235, 356, 358.

## FRANÇOIS RABELAIS

(1494?-1553)

Es el propio Rabelais quien nos invita, en el *Prólogo* del Primer Libro, a buscar bajo las bufonías de las aventuras de *Gargantúa y Pantagruel* un sentido más profundo, tanto religioso como político. La forma de la obra, que recuerda el *Sueño de Polifilo*, mezcla constante y plenamente lo cómico con lo serio. Existen numerosas alusiones a las doctrinas herméticas por todo el texto de los cinco libros. No negaremos que con frecuencia el ocultismo es puesto violentamente aparte por Rabelais y que el humor no falta ni aun en las más serias de sus páginas. Incluso *La Muy cierta profecía pantagruélica, verdadera e infalible para el año perpetuo* nos deja con la incertidumbre de si verdaderamente el autor creía de hecho en sus profecías. Un profundo conocimiento del hermetismo y de las ciencias ocultas aparece en toda la obra de Rabelais. Esto no es sorprendente en el sabio que practica la mayor parte de las disciplinas recomendadas a Gargantúa, en el amigo de Lascaris, alquimista y bibliotecario de Francisco I y de Luis de Estissac, del que Fulcanelli ha demostrado que poseía un castillo que era al mismo tiempo el templo del Arte Real. Las consultas de Panurgo a la sibila de Her Trippa constituyen un repertorio muy completo de los diversos procedimientos adivinatorios. La permanencia en el reino de la quintaesencia, el viaje hacia la isla Sonante, el oráculo de la divina botella, son otros tantos símbolos de la búsqueda del más profundo de los conocimientos. El sentido místico del vino es una alegoría universal, que vuelve a encontrarse en Rabelais, Lafontaine, como fuente de toda ciencia que figuraba ya en el *Romance de la Rosa*. Y las pequeñas líneas que concluyen el Quinto Libro y la totalidad de la obra de Rabelais exponen, sin la más mínima ironía, la doctrina esotérica del Dios que penetra el mundo y del mundo donde todas las cosas se corresponden. ¿Era Rabelais un ocultista, un adepto de la magia? ¿Quién osaría afirmarlo? Pero Rabelais conoció la doctrina hermética. Su influencia es sensible en el relato de vidas tremendamente terroríficas y aventuras espantosas. En ocasiones «el hechicero de Meudon», como lo llamaba Eliphaz Lévi, parece admitir los grandes principios de la enseñanza tradicional, y esto nos ha parecido suficiente para citarlo en esta antología.

## Prólogo

¿A qué viene, pensaréis, este preludio e intento de ensayo? Por tanto, vosotros, mis buenos y queridos discípulos, y algunos otros locos, leyendo los alegres títulos de algunos libros de nuestra invención, como *Gargantúa, Pantagruel Fesepinto, la Dignidad de las braguetas, El peso de los cerdos, con comentarios, etc.*, juzgáis demasiado fácilmente que no es más que un tratado de humorismo, locuras y alegres mentiras, viendo la enseña exterior (éste es el título), antes de hacer ningún previo estudio, lo que se considera corrientemente una holgazanería. Pero con tales ligerezas no conviene estimar las obras de los humanos, ya que vosotros mismos decíais que el hábito no hace al monje; y tal que está vestido con hábito monocal que con desdén dice que no es sino un monje; y tal que va tocado con capa española y que, con valor, afirma no ser español. Es porque es necesario abrir el libro y cuidadosamente sopesar lo que en él se ha vertido. Cuando conozcáis que la droga contenida en su interior es de muy diferente valor del que prometía la botella, es decir, que las materias aquí tratadas no son tan necias como el título que figura más arriba pretendía.

Y, una vez expuesto el caso, leído en sentido literal, encontraréis materia muy alegre y plenamente en concordancia con el nombre; pero no os mantengáis sólo ahí, no vaya a ser preciso, como al oír el canto de las sirenas, dejar de interpretar en su más alto sentido lo que por aventura consideréis dictado con el corazón alegre.

¿Descorcharéis vosotros tales botellas? ¡Cáspita! Reducid a la memoria la consecuencia que sacaréis. Pero ¿no habéis visto a semejantes perros volviendo a hallar algún hueso medular? Es, como dice Platón, *Libro II de la República*, la bestia más filosófica del mundo. Si lo habéis visto, habréis notado con qué devoción lo coge, con qué cuidado lo guarda, qué fervor usa para llevarlo, la prudencia con la que lo sostiene, la afección con la que lo quiebra y la diligencia con la que lo masca. ¿Qué le induce a hacer esto? ¿Cuál es la esperanza que anima su estudio? ¿Qué bien pretende alcanzar de ello? Nada más que poder extraer un poco de médula. Verdad que este poco de tuétano es más delicioso que todo lo demás, porque la médula ósea es el alimento elaborado a la perfección por la naturaleza, como dice Galeno, III, *Facu. natura.*, y XI, *De Usu parti.*

A ejemplo de los que he citado, os conviene ser sabios, para seleccionar, sentir y estimar estos hermosos libros de alto peso, ligeros para

la reflexión y dispuestos a la búsqueda; entonces, por curiosa lección y meditación frecuente, romperéis el hueso y podréis chupar la sustanciosa médula; es decir, que lo que yo entiendo por estos símbolos pitagóricos, con la esperanza cierta de ser hechos esfuerzos y haber aprendido mucho con dicha lectura; porque en ella encontraréis bien otro placer y una doctrina más abstrusa, la que os revelará los más altos sacramentos y heroicos misterios, tanto en lo que concierne a nuestra religión como al estado político y a la vida económica.

Libro I, Cap. I.

### Cómo Panurgo consultó a Her Trippa

Con estas palabras, tomó Her Trippa una rama de tamarindo: «—Suená bien, dijo Epistemón, Nicandro la llamaba adivinadora.

—¿Queréis—dijo Her Trippa—saber más ampliamente la verdad por piromancia, airomancia, celebrada por Aristóteles en sus *Nubes*, por hidromancia, por lecanomancia, en otra época tan alabada por los asirios y utilizada por Hermolao Bárbaro? Ante una vasija llena de agua te mostraré la mujer futura zarandeándose entre dos paletos.

—Y cuando—le interpelló Panurgo—introduzcas tu nariz en mi culo, ten mucho cuidado de quitarte previamente las gafas.

—Por catoptromancia—dijo Her Trippa continuando—, mediante la cual Dido Juliano, emperador de Roma, pudo ver todo cuanto le debía suceder; y no te harán falta gafas, tú la verás en un espejo reluciente tan perfectamente como si te la mostrase en la fuente del templo de Minerva cerca de Patrás. Por coscinomancia, en otra época tan religiosamente observada entre las ceremonias de los romanos: teniendo esta mano una criba y dos arpones, verás los diablos. Por alfitomancia, designada por Teócrito en su *Farmaceutría*, y por aleuromancia, mezclando queso con harina. Por astragalomancia: yo tengo aquí cuanto es preciso, plenamente dispuesto. Por tiromancia: yo tengo un queso de Brehemont a propósito. Por giromancia: te haré aquí girar describiendo círculos, todos los cuales caerán a la izquierda, te lo aseguro. Por esternomancia: por mi fe, que tienes unas narices bastante mal proporcionadas. Por libanomancia: no hace falta más que un poco de incienso. Por gastromancia, que en Ferrara hace mucho tiempo que es utilizada por la dama Jacoba Rodogina, Engastrimita. Por cefalomancia: que suelen usar los alemanes, asando la cabeza de un asno en

carbones al rojo. Por ceromancia: utilizando cera fundida en agua, verás la figura de tu mujer y sus tahúres. Por capnomancia: arrojando sobre carbones ardientes semillas de adormidera y sésamo. ¡Oh cosa maravillante! Por axinomancia: haciendo aquí provisión solamente de una pequeña porción de arena y una piedra de azabache, que pondremos bajo el brazo. ¡Oh, de qué forma lo utilizó Homero, con todo valor y eficacia, en relación a los amantes de Penélope! Por onimancia: utilizando hulla y cera. Por teframancia: verás cómo se funde en el aire figurando una mujer embarazada. Por botanomancia: tengo aquí hojas de sauce a propósito. Por sicomancia: ¡Oh arte divino, en hojas de higuera! Por ictiomancia, antaño tan celebrada y practicada por Tiresias y Polidamas, tan ciertamente que en otra época se hacía en la fosa Dina sobre el buey sagrado de Apolo, en la tierra de los licios. Por claromancia: como prueba la búsqueda de hierbajos la vigilia de la Epifanía. Por antropomancia, que utilizaba Heliogábalo, emperador de Roma: es un proceder un poco fastidioso; pero tú lo lograrás fácilmente, porque por tu destino eres un presumido. Por estilomancia sibilina. Por onomatomancia... ¿cuál es tu nombre?

—Comemierda—respondió Panurgo.

—O bien por electromancia. Yo haré un círculo galantemente, que dividiré, como verás y considerarás, en veinticuatro porciones iguales. En cada una de ellas figurará una letra del alfabeto, en cada una de las cuales colocaré trigo; después cogeré un hermoso gallo, virgen además. Verás, te lo aseguro, cómo irá comiendo los granos correspondientes a las letras: C. O. Q. U. S. E. R. A., tan fatídicamente, como sucedió en tiempo del emperador Valente, que estaba perplejo por everiguar el nombre del que había de ser su sucesor y el gallo vaticinador comió sobre las letras θ. ε. ο. Δ.

»¿Deseas conocer el arte de la aruspicina?, ¿por extispicina?, ¿por augurio tomado del vuelo de los pájaros, del canto de los oscinos, del baile solistino de los ánades? —Por estronspicina, respondió Panurgo—. ¿O bien por necromancia? Yo os haré resucitar inmediatamente a cualquiera que un poco antes estuviera muerto, como hizo Apolonio de Tyana con Aquiles, como hizo la pitonisa en presencia de Saúl: que nos dirá cuanto queramos, no menos que hizo ante la invocación de Ericteo, un difunto que predijo a Pompeyo todo el desarrollo y terminación de la batalla de Farsalis. O, si tienes miedo a los muertos, como tienen naturalmente todos los necios, utilizaré solamente la esciomancia.»

### **Cómo, habiendo tomado consejo de Bacbuc, abandonaron el oráculo de la Botella**

«De aquí a satisfacer, respondió Bacbuc, no estéis en inquietud: en todo estaréis satisfecho, si de nosotros quedáis contento. Aquí abajo, en estas regiones circuncentrales, estableceremos el bien soberano, no para tomar y recibir, sino para donar y regular, y seremos reputados de felices, no si de otros tomamos y recibimos mucho, como por ventura decretan las sectas de vuestro mundo, sino cuando a otros regalamos y damos mucho. Solamente se os piden vuestros nombres y países aquí en este libro de ritual, en el que deberéis dejarlos por escrito.»

Entonces abrió un hermoso y gran libro, en el que nosotros dictamos y uno de sus mistagogos fue escribiendo, con una pluma de oro, algunos rasgos proyectados, como si hubieran sido escritos como comúnmente se hace, pero no nos parecieron nada similar a una escritura.

Hecho esto, nos llenó tres medidas del agua fantástica, y con la mano nos ayudaba a respirar, diciendo: «Marchad, amigos, en protección de esta esfera intelectual que es de todos los lugares el centro y en ninguna parte posee la circunferencia, y que nosotros llamamos Dios; y llegados a vuestro mundo, llevad el testimonio de que bajo la tierra existen los grandes tesoros de las cosas admirables. Y no sin discernimiento, Ceres, reverenciada por todo el universo, porque había mostrado y enseñado el arte de la agricultura, y por la invención del trigo, abolió entre los humanos la brutal alimentación de bellotas; ha lamentado tanto y tanto que su hija fuera raptada y traída a nuestras regiones subterráneas, previendo ciertamente que su hija encontrase bajo la tierra los bienes y excelencias que su madre había hecho por encima. ¿En qué ha quedado el arte de evocar de los cielos el rayo y el fuego celeste, antaño inventado por el sabio Prometeo? Vosotros ciertamente lo habéis perdido, ha partido de vuestro hemisferio; pero aquí, bajo la tierra, todavía está en uso. Y tontamente algunas veces os asombraréis viendo estallar incendios en ciudades y quemarse todo por el rayo y el fuego etéreo, y estáis ignorantes de qué, y por qué, y de qué parte, aparece este horrible chasco ante vuestros ojos; pero a nosotros nos es familiar y útil. Vuestros filósofos, que se complacen en considerar todas las cosas de acuerdo con las antiguas escrituras, nada les ha quedado que puedan inventar de nuevo, por lo que, evidentemente, se equivocan. Aquello que del cielo se os aparece y que llamáis



fenómenos, lo que la tierra os muestra, lo que la mar y otras aguas contienen, nada de eso es comparable a lo que está oculto en la tierra.

»Como consecuencia, el subterráneo dominador, de forma acertada es denominado en casi todas las lenguas con un epíteto de riqueza. Cuando se dedicaron a su estudio y a la labor de investigar concienzudamente, implorando al Dios soberano, al que antaño los egipcios en su idioma llamaron el Escondido, el Agazapado, el Oculto, y con este nombre lo invocaban, suplicándole que se manifestara a ellos y les impartiera el conocimiento suyo y de sus criaturas; partiendo de esta forma guiados por la buena Linterna. Porque todos los filósofos y sabios de la antigüedad, con toda seguridad, y con placer, han hecho el camino del conocimiento divino y la caza de la sabiduría y han estimado dos cosas necesarias: la guía de Dios y la compañía del hombre. Así, entre los filósofos, Zoroastro tomó a Asimaspes como compañero en sus peregrinaciones; Esculapio a Mercurio; Orfeo a las Musas; Pitágoras a Agleofene; entre los príncipes y gentes belicosas, Hércules realizó sus más difíciles empresas teniendo como singular amigo a Teseo; Ulises a Diómedes; Eneas a Acates. Y vosotros habéis hecho otro tanto, tomando como guía a vuestra ilustre dama Linterna. E iros con Dios, que Él os guíe.»

Libro V, Cap. XLVII.

### **Cómo el pontífice Bacbuc presentó a Panurgo ante la divina Botella y de qué manera Bacbuc interpretó la palabra de la Botella**

Allí hizo Bacbuc, el noble pontífice, que Panurgo besara y volviera a besar, una y otra vez, el borde de la fuente; después lo hizo levantarse y bailar alrededor tres «itimbones». Hecho esto, le ordenó sentarse, con las posaderas en tierra, entre dos sillas que allí estaban preparadas. Después, desplegando su libro ritual y soplándole en la oreja izquierda, le hizo cantar una «epilenia» como sigue:

Oh  
 Botella  
 Plena toda  
 De misterios,  
 Con una oreja  
 Yo te escucho;  
 No tardes,  
 Y la palabra profiere  
 De la que pende mi corazón,  
 En la que tan divino licor  
 Como en tus flancos se encierra,  
 Baco, que fue de la India vencedor,  
 Tiene toda la verdad encerrada.  
 Un vino tan divino, que lejos de ti está excluida  
 Toda mentira y toda falsedad.  
 Con alegría sea el aire de Noach cerrado,  
 La cual de ti nos hizo la templanza.  
 Suene la hermosa palabra, yo te lo ruego,  
 Que debe librarme de esta miseria.  
 De forma que no se pierda ni una gota  
 De ti, sea blanca o sea granate.  
 Oh Botella  
 Plena toda  
 De misterios,  
 Con una oreja  
 yo te escucho;  
 No tardes.

Una vez tarareada esta canción, Bacbuc arrojó yo no sé qué en la fuente, y súbitamente el agua empezó a hervir con fuerza, como hace la gran marmita de Bourgueil cuando se la invita a bastonazos. Panurgo escuchaba con un solo oído silenciosamente, mientras que Bacbuc permanecía arrodillado a su lado. De pronto, de la Botella sagrada surgió un ruido semejante al que hacen las nacientes abejas, al brotar de la carne de un joven toro muerto y sacrificado siguiendo el arte inventado por Aristeo o el que hace un guardián al montar la ballesta o una intensa y fuerte lluvia al caer súbitamente. Cuando le fue posible diferenciar los sonidos, ésta fue la palabra que escuchó: *Trinca*. «Por la virtud de Dios, gritó Panurgo, se ha roto o reventado, no miento; de esta forma hablan las botellas cristalinas de mi tierra cuando se encuentran cerca de un fuego intenso y se quiebran.»

Entonces Bacbuc se levantó, y tomando a Panurgo por debajo de los brazos, dulcemente le dijo: «Amigo, da gracias a los cielos, la razón os obliga, ya que habéis oído prontamente la voz de la divina Botella. Y yo digo que es la palabra más alegre, más divina, más cierta, que nunca se haya escuchado desde que yo soy el ministro de su muy sa-

grado oráculo. Levantaos y marchemos al capítulo, en la glosa del cual se interpreta la hermosa palabra». «Marchemos, dijo Panurgo, de parte de Dios. Yo soy tan sabio como estoy encantado, pero aclaradme: ¿dónde está ese libro? Volved: ¿dónde está ese capítulo? Veamos esa alegre glosa.»

Bacbuc, lanzando no se sabe qué sobre el casco, hizo que de manera súbita se pusiera a hervir el agua encerrada y condujo a Panurgo al templo principal, al lugar central en que estaba la vivífica fuente. Allí, sacando un grueso volumen encuadernado en plata, de medio o cuarto folio, que contenía Sentencias, y apoyándolo delante de la fuente, le dijo: «Los filósofos, investigadores y doctores de vuestro mundo os alagan los oídos con hermosas palabras; aquí, nosotros realmente incorporamos nuestros preceptos por la boca. Por tanto, yo no os digo: leed este capítulo, comprended este gesto, sino que os digo: gustad este capítulo, saboread esta hermosa glosa. En otro tiempo, un antiguo profeta de la nación judaica comió un libro y fue clérigo hasta los dientes; ahora vos beberéis uno y seréis clérigo hasta el hígado. Tened, abrid las mandíbulas».

Teniendo Panurgo las fauces abiertas, tomó Bacbuc el libro de plata, y pensemos que era verdaderamente un libro, a causa de su forma, que era parecida a la de un breviario; pero era un breviario verdaderamente de una naturaleza semejante a una botella, llena de vino de Palermo, haciéndoselo beber todo a Panurgo.

«He aquí, dijo Panurgo, un notable capítulo y una glosa verdaderamente muy auténtica: ¿es esto todo cuanto pretendía la palabra de la Botella trimegista? Estoy verdaderamente muy complacido.» «Nada más, respondió Bacbuc, porque *Trinca* es una palabra panonfea, muy celebrada y comprendida en todas las naciones, y que significa: ¡Bebed! Vosotros, en vuestro mundo, decís que saco es vocablo común en todo idioma, y con buen derecho y justamente admitido por todos los países, ya que como indica el Apólogo de Esopo, todos los seres humanos nacen con un saco al cuello, desgraciados por naturaleza y mendigando unos de los otros. No existe monarca bajo los cielos tan poderoso, que pueda poseer el de otro, ni pobre tan arrogante que no lo tenga semejante al del rico; ved si no cómo le sucedía a Hípias el filósofo, que lo hacía todo. Todavía ocurre menos bebiendo que llenando el saco del gazzate, y he aquí que no es el reír, sino el beber, lo propio de la naturaleza del hombre, y no digo beber pura y simplemente, porque así lo hacen las bestias; yo digo beber vino bueno y fresco. Notad, amigos, que el vino nos hace divinos y no existe argumento de mayor seriedad, ni arte de adivinación menos falaz. Vuestros académicos lo

afirman, buscando la etimología del vino que dice procede del griego  $\alpha\iota\text{No}\Sigma$ , que es semejante a *vis*, fuerza, poder. Porque posee el poder de llenar el alma con toda verdad, todo saber y toda filosofía. Si habéis notado lo que aquí está en letras jónicas escrito sobre la puerta del templo, habréis podido comprender que en el vino está oculta la verdad. La divina Botella os envía a él y habéis de ser vos mismo el intérprete de vuestra empresa.» «No es posible, dijo Pantagruel, decir mejor que lo hace este venerable pontífice. Otro tanto os he dicho yo, cuando me hablasteis por vez primera de la palabra *Trinca*, ¿no es cierto? Y por tanto, ¿qué es lo que os dice el corazón, elevado por el mayor de los báquicos entusiasmos?» «¡Trinquemos, dijo Panurgo!»

Libro V, Caps. XLV y XLVI.

## MAURICE SCEVE

(1510-1564)

Entre los poetas del siglo xvi, Maurice Scève ha sido uno de los que durante mayor tiempo se ha visto ignorado u olvidado. Pero ha bastado la renovación que siguió a Mallarmé, de un hermetismo literario (*lato sensu*), para que se vuelva a descubrir a este verdadero precursor. Es igualmente cierto que su densa poesía encierra todavía mayores secretos de lo que a primera vista pueda parecer y que invita a un comentario «iniciático». En la larga y rica historia del ocultismo lionés, es preciso dedicarle un puesto destacado al maestro de la escuela poética de Lyon.

La obra principal de Scève, *Delia, objeto de la más elevada virtud* (1544), es un poema de amor, y se puede sin duda identificar a la dama con Pernette du Guillet y seguir la aventura de los amantes hasta en los más precisos detalles. Más allá de este amor carnal, se sabe desde hace mucho tiempo que es preciso buscar otro de naturaleza filosófica, y que Maurice Scève estuvo profundamente influenciado por los poetas italianos de fines del siglo xv, y más tarde por el petrarquismo, e incluso por el platonismo y el neoplatonismo. De esta forma es posible ver en el nombre *Delia* el anagrama de *idea*, y en la construcción numérica de la obra una combinación de los números: 3 (la trinidad, las virtudes teologales), 7 (los sacramentos) y 9 (los coros de ángeles).

Pero es preciso ir todavía más lejos: el nombre *Delia* aparece entonces como una alusión a la isla de Delos y al culto de Artemisa, y la distribución de las 449 décimas del conjunto según la fórmula

$$5 \text{ (prólogo)} + 9 \times 49 + 3 \text{ (epílogo)}$$

sugiere a uno de los más eruditos comentaristas de Scève una precisa interpretación: «*Delia* refiere las aventuras iniciáticas de un alma encarnada, pero ya desarrollada en la “rosa de tres pétalos” de los misterios o en la flor de “cinco hojas” (el cinco), que se orienta hacia la reintegración final (nueve), pateando todos los escalones de la alta ciencia (cuarenta y nueve), con la esperanza de atravesar la puerta de la iluminación suprema (cincuenta), para participar sustancialmente en la obra de una deidad eternamente activa y creadora (tres)». (A.-M. Schmidt, *Cahiers d'Hermès*, I, pág. 14.) En sus detalles, la obra se desarrolla en tres planos (Hécate, Diana, Delia de la décima XXII), que son el de los infiernos, el cielo y la tierra, con una complicación casi ininteligible y sirviéndose de una emblemática extremadamente rica. Más tarde se volverán a encontrar en el *Microcosmos* (1562) de Scève, con sus (3.000 + 3) versos, algunas de estas preocupaciones.

Nos limitaremos a reproducir tres décimas: dos lunares, y una de las fle-

chas de amor, utilizando un simbolismo alquímico (oro, Sol; plomo, Saturno), dando las gracias a Albert-Marie Schmidt, que ha tenido la atención de autorizarnos a utilizar un texto adaptado y punteado por él.

## Delia

Como Hécate, me harás errar,  
 Vivo y muerto, cien años entre las sombras;  
 Como Diana, encerradme en el cielo,  
 De donde descendiste envuelta en mortales apariencias;  
 Como soberana de las sombras infernales,  
 Disminuirás o aumentarás mis penas;  
 Pero como Luna, infundida en mis venas,  
 Sólo tú has sido, eres, y serás Delia,  
 Que el amor ha ligado a mis vanos pensamientos,  
 Tan intensamente, que la muerte no será capaz de desatarlo.

Cuanto más crece la Luna y sus cuernos refuerza,  
 Más se alivia el febricitante.  
 Más se empequeñece, perdiendo su fuerza,  
 Más se debilita, su mal manifestando.  
 Pero tú, cuanto más me excitas,  
 Elevando mi fiebre, antes de que llegue la hora,  
 En tu presencia ante mí se disminuye,  
 Redoblando mis accesos febriles de mil formas.  
 Y cuando contemplo tu rostro semidesnudo,  
 De enfermo en muerto me transformas.

Bien, maniéstate sobre aquel que el amor cegó,  
 Niño, arquero, pálido, delgado, veleidoso,  
 Porque disparando sus dardos, a sus amantes ciega,  
 Ablandando, como si fueran niños, su valor,  
 Pálidos por el tratamiento y delgados por su gran rabia.  
 Más inconstante que el otoño o la primavera,  
 Así, oh Dios mío, sobre nuestros corazones extiendes  
 El amor por el oro complaciente, cálido, atractivo,  
 Y por el plomo nos haces descontentos,  
 Como blando, frío, pesado y retraído.

## PIERRE DE RONSARD

(1524-1585)

Poeta amoroso, incluso libertino, lleno de gracia y de fácil versificación, Ronsard tiene, sin embargo, sus secretos. Nos ha dicho incluso que es preciso en muchas ocasiones disimular:

*La verdad preciosa, después de haberla aprehendido...  
Con el fin de que el hombre vulgar tenga deseos de buscarla  
La cubre la belleza de forma que él no se atreve a aproximarse.*

Una veintena de razones de índole político o religioso, en aquellas épocas tan profundamente alteradas, le recomendaban prudencia. Pero el estudio de sus textos permite precisar que tenía una concepción universal como la de tantos de sus contemporáneos, y que su curiosidad no ha desdeñado los dominios del ocultismo. Desde luego que la dignidad del poeta, para este espíritu lleno de la antigua cultura, no podía ser muy diferente de la del profeta y el vidente. Posiblemente tuvo experiencias personales de determinadas relaciones con el más allá, y las refiere en la *Caza salvaje* que narra en su *Himno de los daimones*, compuesto sin duda en alusión a una visión que puede situarse hacia 1552. Poeta campestre, se interesa muy vivamente en las creencias rurales, en la hechicería, la ingenua demonología de los campos; pero no lo hace en menor grado por la demonología erudita de los libros. En su docto comentario de este *Himno de los daimones*, que considera como «el primero cronológicamente de los tratados o sumas de demonología del siglo XVI», Albert-Marie Schmidt ha demostrado cuánto Ronsard debía a un tratado en forma de diálogo del bizantino Psellos (siglo XI), titulado *Timoteo o la energía y operación de los demonios*<sup>1</sup>. Por sí mismo, este tratado es ya una tentativa de síntesis entre las enseñanzas neoplatónicas y patristicas. Los hombres del Renacimiento no podían desinteresarse de una labor que se presentaba de tal forma ante sus sentidos, y fue sin duda a través de una traducción fragmentaria de Marsilio Ficino como Ronsard conoció la obra de Psellos. Mejor resulta, siguiendo a Ronsard, conservar la ortografía «daimón», que nos hace pensar en Sócrates y los antiguos griegos, más que en los ángeles caídos del cristianismo. Es principalmente a través de dos pasajes donde vemos a Ronsard otorgando a estos daimones un papel demiúrgico de primer plano. Así, uniendo el fragmento cosmológico que se encuentra al comienzo del poema del *Gato*, y que nos ilustra sobre la concepción «ronsardiana» de las relaciones de Dios con el mundo, al de la visita al palacio

<sup>1</sup> *Dialogus de energia et operatione doemonum*, de Miguel Psellus, es el título original de dicho texto. (N. del T.)

de la Naturaleza en el *Himno al Otoño*, es posible hacerse una primera idea de la gnosis de Ronsard.

Vamos a citar también casi todo el final del *Himno de los daimones*. Se verá, tras el relato de la caza demoniaca (la Mesnie Hellequin), una serie de consideraciones muy precisas sobre la hechicería, los encantamientos, la posesión. Ronsard sigue, en ocasiones casi literalmente, a Psellos, y cuando se aleja de él se puede, de acuerdo con Schmidt, aclarar su texto con la ayuda de Agrippa o Paracelso...

### La caza demoniaca

Una ocasión, cerca de la medianoche, guiado por la juventud  
 Que gobierna a los amantes, iba a ver a mi amada,  
 Completamente solo, por las márgenes del Loira, y al girar por una [curva  
 Ante un gran crucero, en una encrucijada,  
 Escuché lo que me pareció una ruidosa cacería,  
 Y los perros que seguían, paso a paso, tras mis huellas;  
 Vi junto a mí, sobre un gran caballo negro,  
 Un hombre, del que sólo se distinguía el esqueleto,  
 Que me tendía una mano para ayudarme a montar a la grupa;  
 Yo veía a mi alrededor toda una espantosa tropa  
 De piqueros que corría tras una Sombra, que muy bien  
 Parecía tratarse de un usurero, que poco ha había muerto,  
 Y del que el pueblo pensaba que, por su vida miserable,  
 Debía ser castigado allá abajo a manos de Radamanto.  
 Un escalofrío de terror recorrió todo mi cuerpo hasta los huesos,  
 Aunque llevaba una cota sobre la espalda,  
 Y tomé todo cuanto lleva un amante al que la Luna  
 Conduce solitario de noche en busca de su felicidad:  
 Daga, espada y arco, y sobre todo un corazón,  
 Que por naturaleza no está sometido al miedo;  
 Y me vi ahogado por un mortal ahogo,  
 Pero Dios pronto me inspiró el pensamiento  
 De sacar mi espada y de esgrimirla fiero,  
 Lanzando estocadas al aire a mi alrededor con el acero desnudo:  
 Lo que hice en seguida, y tan pronto ellos hubieron oído  
 Silbar la espada en el aire, se desvanecieron,  
 Y ya no pude oírlos ni caminar ni hacer ruido,  
 Temiendo verse hendidos por mi acero,



Y su cuerpo cortado, aunque no tuvieran venas,  
Ni arterias, ni nervios, como nuestra carne mortal,  
Porque al igual que nosotros tienen sentimientos,  
Ya que el nervio nada siente, lo hace el espíritu solamente.  
En un punto nos diferenciamos, cuando el hierro nos hiere,  
Nuestra carne pasa un tiempo antes de verse alterada,  
Pero los daimones al instante se destruyen, como lo hace  
El aire, o el viento, o el agua, tan rápidamente se esfuman.  
¿Qué más os diré? Ellos están llenos de aire y de ciencia,  
En cuanto al resto, son impúdicos y llenos de presunción.  
Sin ningún juicio, son alocados, mentirosos,  
Variables, inconstantes, traidores y decepcionantes,  
Malignos, impacientes, de forma que jamás aparecen  
Ante los que su naturaleza y abusos conocen;  
Pero si ven a alguien que abandona la esperanza,  
Y que camina errabundo por un bosque, lo tratan de engañar,  
Así engañan el corazón de las más simples pastoras  
Que guardan los ganados y las convierten en brujas.  
Tan pronto tienen el corazón roto y captado  
Por las ilusiones de los malvados espíritus,  
Hacen grandes males, paran las nubes,  
Y los ríos son por ellas retenidos,  
Atraen a la Luna y las espigas encrestadas  
Son por ellas de un campo al otro arrastradas,  
Y por su causa con frecuencia el rayo se ve retrasado.  
Tales fueron antaño Circe, Tracia, Medea,  
Urganda, Melusina y otras mil cuyo nombre,  
Por maravilloso efecto, ha adquirido especial renombre.  
Son tan necios y fatuos y tan ingenuos que temen  
A los encantadores inoportunos que, maestros del arte, los detienen  
Evitando que ejerzan su servicio y los mantienen sujetos  
En los espejos y anillos mágicos,  
Y no osan salir, encantados por un murmullo  
O una voz bárbara, o por ciertas figuras.  
Algunas veces, malignos, entran en nuestro cuerpo  
Y nos atormentan, dejándonos como muertos,  
O produciéndonos fiebre, o alterando nuestro valor,  
Y hacen que nuestra lengua hable más de diez mil idiomas.

*Himno de los daimones, V, 347-412.*

## Cosmología

Dios está en todas partes, y cuanto existe se mezcla con Dios,  
El comienzo, el fin y la parte media  
De cuanto vive, y por tanto el alma está incluida  
En la totalidad, y mantiene en su vigor todas las cosas,  
Como nuestra alma infundida en nuestros cuerpos.  
Desde hace mucho tiempo los miembros estarían muertos  
De este gran Todo, si este alma divina  
No se difundiera por toda la máquina,  
Dándole vida, y fuerza, y movimiento,  
Ya que de todo ello es el principio.  
De los elementos y este alma infusa,  
Hemos nacido nosotros: el cuerpo mortal que se utiliza  
Por algún tiempo, de los elementos está constituido:  
De Dios viene el alma y como él es perfecta,  
El alma es perfecta, intocable, inmortal,  
Como procedente de una esencia eterna;  
El alma no ha tenido, por tanto, ni principio ni fin,  
Porque la parte sigue constantemente al todo.  
Por la virtud de este alma mezclada  
Gira el cielo de bóveda estrellada,  
La mar se ondula y la tierra produce  
Durante las estaciones, hierbas, hojas y frutos:  
Digo la tierra, feliz parte del mundo,  
Madre benigna, de gruesas mamas fecunda,  
De gran seno: de ella todos los animales,  
Los emplumados, los escuadrones de las aguas;  
De allá, oh hermosura, los que tienen como lecho,  
Bien la roca o el bosque solitario,  
Viven y tienen su existencia, e incluso los metales,  
Los diamantes, los rubíes orientales,  
Perlas, zafiros, poseen de él su esencia,  
Y mediante el alma tienen fuerza y poder,  
En mayor o menor grado, según estén más o menos llenos:  
Y otro tanto sucede con nosotros los pobres seres humanos.

**Himno al Otoño (fragmentos)**

El día en que nací, el demonio que preside  
Las musas, me sirvió en este mundo de guía,  
Me animó con un espíritu sutil y vigoroso,  
Y me hizo de la ciencia y honor enamorado.  
... Elevó mi corazón y elevó la fantasía,  
Inspirándome el don de la poesía  
Que Dios sólo concede al espíritu agitado  
Por los punzantes aquilones de su Divinidad.  
Cuando el hombre se siente tocado por ellos, se convierte en profeta,  
Y predice todas las cosas antes de que ocurran,  
Conoce la naturaleza y secretos de los cielos,  
Y con un ferviente espíritu se eleva entre los dioses.  
Conoce la virtud de las hierbas y las piedras preciosas,  
Encierra los vientos y encanta las tormentas:  
Ciencia que el pueblo admira y no sabe  
Que Dios al darse a los hombres de aquí abajo,  
Cuando poseen de lo humano sus almas separadas,  
Y para que furor son preparados  
Mediante la oración, el ayuno y la penitencia también,  
De todo lo que el mundo hoy tiene poco deseo.  
Porque Dios no comunica a los hombres sus misterios,  
Si no son virtuosos, devotos y solitarios,  
Alejados de los tiranos y de los pueblos que poseen  
La malicia en la mano y el impudor en la frente,  
Quemados por la ambición y atormentados por el deseo,  
Que les sirve de verdugo todo el tiempo de su vida.  
... Ah, pero yo no me engañé en mi santa empresa:  
Porque la gentil Euterpe habiendo tomado mi diestra,  
Para alejar mi naturaleza mortal, por nueve veces me lavó  
En el agua de una fuente a la que muy pocos acuden,  
Me encantó por nueve veces, después con una boca llena  
(Habiendo sobre mi cabeza su aliento soplado)  
Herizó mis pelos con el miedo y el furor,  
Y llenó mi corazón de ingeniosos errores,  
Diciéndome de esta manera: «Puesto que deseas seguirnos,  
Feliz después de la muerte, te haremos revivir  
Por tu gran renombre, y un tono enoblecido,

De forma que al ser depositado en la tumba no irás hacia el olvido...»  
(...)

... El palacio magnífico en el que Natura habitaba  
Sobre pilares fríos elevado se encontraba:  
Las bóvedas eran de oro, de oro era la cerca  
Y de plata refinada la elevada techumbre;  
Allá había cien puertas todas ellas de diamante,  
Y en las paredes brillaban grandes diamantes,  
Hermosos rubíes, enormes zafiros, que la hábil maniobra  
Del dedicado artesano engarzó en ingeniosa obra maestra.  
Allí están de edad parecida cien jóvenes donceles,  
Hermosos, bermejos, de pelo rizado, con el mentón femenino,  
Y los codos arremangados, y cien ninfas bermejas,  
Todas de una edad, rostro y belleza, parecidas,  
Que tienen, una tras otra y en toda estación,  
A su cargo el cuidado de tal mansión.  
Llevan en sus manos grandes cántaros profundos,  
Uno escancia en grandes chorros la semilla de las ondas;  
Otro lo hace con plomo; otro del seno  
De los antros de Plutón, ríos de estaño;  
Otro caudales de oro, otro afina el cobre;  
Otro la viva plata que siempre desea ser seguida;  
Otro busca azufre, y otro es diligente  
En el rastreo de las vetas de hierro y plata.  
Allí se encuentran encerrados en botes, sobre mesas, depositadas  
Con sus correspondientes rótulos las semillas de las cosas  
Que los jóvenes muchachos guardan con el objeto  
De que este gran universo no tenga nunca fin,  
Sembrándolas todos los años en un mutuo oficio,  
Para que el envejecido mundo rejuvenezca,  
Que tenga el aire sus aves y el mar sus peces,  
Y la tierra sus flores de todo tipo.

*Himno al Otoño.*

## MILTON

(1608-1674)

John Milton ha dado a la literatura inglesa su mayor poema teológico. Pero ¿a qué religión cabe atribuir esta teología? Milton es hereje, tanto desde el punto de vista del catolicismo romano como del calvinista, y una tentativa de exégesis de su doctrina obligaría a hacer una verdadera catalogación de las herejías clásicas, encontrándose siempre algún punto de contacto. Además, estrechamente mezclado con las querellas políticas y religiosas de su tiempo, Milton da pruebas de una gran prudencia en cuanto a las fuentes, resultando muy difícil de decir si, como los exegetas contemporáneos han asegurado, ha conocido las obras de Jacobo Boehme o de autores inspirados por la cábala hebrea. Fundamentalmente, lo que aparece con mayor claridad en su doctrina es un materialismo fundamental—o podría decirse mejor, un monismo—. La materia es eterna, pudiendo pasar por transiciones progresivas desde los objetos hasta las criaturas más elevadas, e incluso hasta los ángeles, el hombre, por consecuencia es un cuerpo, una sustancia animada, sensible y racional, y en el momento de morir todo fallece, o al menos se sumerge en un sueño plúmbeo, hasta el momento de la resurrección. Estas son las grandes tesis de una secta religiosa, de la que Milton era contemporáneo, la secta de los mortalistas. Pero si en ciertos puntos Milton saca también consecuencias lógicas de la eternidad de la materia, sobre otras se puede mostrar, como ha hecho Denis Saurat, la concordancia de sus opiniones con las tesis de la Gnosis y sobre todo del Zohar, tanto en lo que se refiere a la metafísica de la creación como a la psicología trascendental. Milton es el heredero, no del neoplatonismo del Renacimiento, sino de los cabalistas, y es teniendo presentes las enseñanzas de estos últimos como es preciso leer por ejemplo todo lo que en *El Paraíso perdido* aparece como comentario del Génesis.

Entiéndase bien: esta inspiración impregna la obra, aunque no se exponga de una manera sistemática y didáctica; nos limitaremos solamente a algunos cortos pasajes que reproducimos, vertiéndolos de la traducción tan cuidadosa, y sin embargo tan moderna, en su exigencia de exactitud, de Chateaubriand.

## Las enseñanzas de Rafael

### a) LA CONDICIÓN HUMANA

« ¡Oh Adán!, existe solamente un ser único, Todopoderoso, de quien proceden todas las cosas, y al que todas vuelven, si su bondad primordial no ha sido depravada, todas ellas han sido creadas semejantes en perfección, todas formadas con una sola materia prima y dotadas de forma diversa, diferente grado de sustancia y vida en las cosas que viven. Pero estas sustancias son más refinadas, más espirituales y puras a medida que están más cerca de Dios o tienden a aproximarse más, cada una en sus diversas esferas activas asignadas, hasta que el cuerpo se eleva al espíritu en los límites proporcionados a cada especie.

»De esta forma, de la raíz se produce más ligera la verde rama; de ella surgen las hojas más aéreas y, finalmente, la flor exhala sus espíritus olorosos. Las flores y sus frutos, alimento del hombre, volatilizadas en una gradual escala, aspiran a los espíritus vitales, animales, intelectuales; dan a la vez la vida y el sentimiento, la imaginación y el entendimiento, de donde el alma recibe la razón.

»La razón, discursiva o intuitiva, es la esencia del alma: la razón discursiva os pertenece de la forma más propia, la intuitiva nos corresponde primordialmente a nosotros; no diferenciándose más que en grados, en especie son idénticas. No os asombréis, por tanto, de lo que Dios ha hecho por vosotros, yo no lo critico; aunque yo lo convirtiera, como vosotros, en mi propia sustancia. Puede venir una época en la que los hombres participen de la naturaleza de los ángeles, ya no precisando ni una dieta incómoda, ni el más ligero de los alimentos. Posiblemente nutridos por estos alimentos corporales, vuestros cuerpos podrán llegar a la larga a ser simplemente espíritus, perfeccionados al correr del tiempo, y provistos de alas volar como nosotros por el éter; o bien podrán habitar a su elección aquí o en el paraíso celeste, si se os encuentra obedientes y guardáis inalterable el amor pleno y constante a aquel a quien debéis la progenitura. Esperando esto, gozad de toda la felicidad que este feliz estado os proporciona, incapaz de una mayor.»

El patriarca del género humano replicó:

« ¡Oh espíritu favorable, huésped propicio!, tú nos has mostrado el camino que puede dirigir nuestro saber, y la escala de la naturaleza

que va del centro a la circunferencia, y desde ella, en contemplación de las cosas creadas, podemos ascender por grados hasta Dios. Pero dime, ¿qué significa esta advertencia que has añadido al decir: "Si sois obedientes"? ¿Podemos nosotros dejar de obedecer, o nos será factible el desertar del amor del que nos formó del polvo y nos colocó aquí, colmándonos en amplia medida de felicidad, más allá de cuanto los deseos humanos pueden buscar o concebir?»

El ángel:

« ¡Hijo del cielo y de la tierra, escucha! Si eres feliz se lo debes a Dios, y el que continúes siéndolo te lo deberás a ti mismo, es decir, que dependerá de tu propia obediencia; permanece en esta obediencia. Esta es la advertencia que te doy: escúchala y recuérdala. Dios te ha hecho perfecto, no inmutable; te ha hecho bueno, pero te ha dejado con el poder de perseverar o no; ha mandado que tu voluntad fuera libre por naturaleza, que no estuviera gobernada por el destino inevitable o la inflexible necesidad. Se exige nuestro voluntario servicio, no nuestra actividad forzada: un tal servicio no es ni puede ser aceptado por él, porque ¿cómo asegurarse que los corazones no libres actúen voluntariamente o no, ellos que desean que lo que el destino les fuerza a desear y que no sean capaces de otra elección? Yo mismo y todo el ejército de los ángeles, que permanecemos en presencia del trono de Dios, nuestro feliz estado no dura como el vuestro, tanto como lo hace nuestra obediencia, no tenemos otra seguridad. Libremente servimos, porque somos capaces de amar libremente, por estar en nuestra naturaleza el amar o no hacerlo; gracias a esto nos mantenemos o nos hundimos en el abismo. Algunos de nosotros han caído, por haber sido precipitados en la desobediencia, y así, desde lo alto de los cielos, han sido arrojados en lo más profundo del infierno. ¡Oh caída! ¡Desde qué elevado estado de felicidad hasta qué gran desgracia! »

*El Paraíso perdido*, libro V, versículos 469-542.

## b) LA CREACIÓN

... Para referir las obras del Todopoderoso, ¿qué palabras, qué lengua de serafín podría bastar o qué corazón de hombre bastaría para comprenderlas? Sin embargo, lo que tú puedes esperar, lo que puede servir para mejor glorificar al Creador y hacerte de esta manera más feliz, no se le hurtará a tus oídos. He recibido de lo alto la comisión de responder a tus deseos de conocimiento, dentro de determinados

límites; más allá de ellos, abstente de preguntar, no permitas que tu propia imaginación espere el conocimiento de cosas no reveladas, que el rey invisible, el único omnisciente, ha conservado en la oscuridad, incommunicables a todo el mundo en la tierra y en el cielo; permanece así ajeno a esta investigación y dicho conocimiento. Pero la ciencia es como la comida, no tiene menos necesidad de templanza, para poder regular el apetito y saber en qué medida el espíritu puede soportarla; de otra manera oprime por su exceso y cambia inmediatamente la sabiduría en locura, como la comida se transforma en humo.

[Después de la caída de Lucifer, Dios decide la creación de otro mundo. Dios habla]:

«Mientras esperáis, no os mostréis tan apresurados, vosotros, potencias celestes; y tú, mi Verbo, hijo engendrado, por ti opero yo aquí: ¡habla, y que se haga! Contigo envió mi poder y mi espíritu, que todo lo cubre con su sombra. Ve y ordena al abismo, en límites precisos, que sean el cielo y la tierra. El abismo no posee límites, porque soy yo mismo, el infinito está lleno de mí y el espacio no está vacío. Aunque no estoy circunscrito por ningún límite, me retiro y me extiendo por todas partes según mi voluntad, que es libre de actuar o no hacerlo; necesidad y azar no tienen poder sobre mí, porque aquello que deseo es el destino.»

De esta manera habló el Todopoderoso, y lo que había dicho, su Verbo, la divinidad filial, lo ejecutó. Los actos de Dios son inmediatos, más rápidos que el tiempo y el movimiento, pero en los oídos humanos no pueden ser pronunciados más que mediante la sucesión del discurso, y dichos de tal forma que la inteligencia terrestre pueda comprenderlos.

(...)

[El Hijo] no se detuvo, sino que llevado por alas de querubines, lleno de la gloria paterna, penetró en el caos y en el mundo que todavía no había nacido; porque el caos escuchó su voz y el cortejo de los ángeles le siguió en una brillante procesión, para contemplar la creación y las maravillas de su poder. Entonces, él detuvo las ardientes ruedas, y tomando en sus manos el compás de oro preparado en el eterno tesoro de Dios, para trazar la circunferencia de este universo y de todas las cosas creadas. Una punta de este compás se apoyó en el centro y la otra giró por la vasta y profunda oscuridad; entonces dijo:

«¡Extiéndete hasta aquí, éstos son tus límites, que ésta sea tu exacta circunferencia, oh mundo!» \*

\* Esta imagen poética nos recuerda un célebre grabado de William Blake, en el que se representa al Creador manejando un gigantesco compás en medio de unas espesas nubes e irradiando la luz de la creación. (N. del T.)



De esta forma Dios creó el Cielo, la Tierra, la materia informe y el vacío. Las profundas tinieblas cubrieron el abismo, pero sobre la calma de las aguas el espíritu de Dios extendió sus paternas alas e impuso la virtud vital y el calor de vida a través de la masa fluida.

*El Paraíso perdido*, libro VII, 112-130, 162-179, 218-237.

### La semejanza profanada

Adán:

« ¡Oh desgraciada especie humana!, ¡hasta qué grado de bajeza caída!, ¡a qué miserable estado reducida!, ¡mejor te valdría no haber nacido! ¿Por qué la vida nos ha sido de esta forma arrebatada? Pero, más aún, ¿por qué nos ha sido en este grado impuesta? Porque, si conociéramos lo que nos estaba reservado y lo que recibíamos, ¿habríamos aceptado la vida ofrecida o, por el contrario, no habríamos pedido que nos la quitaran, contentos de ser despedidos en paz? ¿La imagen de Dios creada en principio en el hombre, tan bella y recta, aunque haya sido fugitiva, puede haber sido abandonada a sufrimientos terribles de contemplar, a torturas inhumanas? ¿Por qué el hombre, guardando todavía una parte de la semejanza divina, no podría ser liberado de estas deformidades? ¿Por qué no se podría ver exento, por el parecido que guarda con la imagen de su Creador?»

«La imagen de su Creador—respondió Miguel—se ha retirado de ellos cuando se han envilecido a sí mismos para satisfacer sus apetitos desordenados; tomaron entonces la imagen de aquel a quien servían, el vicio brutal que indujo a Eva al pecado. Es por esto por lo que el castigo es tan abyecto; ya no desfiguran la semejanza de Dios, sino la suya, y si esta semejanza se ha volatilizado en ellos, ha sido porque han pervertido las santas reglas de la naturaleza pura, convirtiéndola en enfermedad deformante, y fueron castigados de manera adecuada, porque no han sido capaces de respetar en sí mismos la imagen de Dios.»

«Yo reconozco que esto es justo—dijo Adán—, y me someto. Pero ¿no existen otros senderos más que estas penosas vías para llegar hasta la muerte y poder mezclarnos con nuestro polvo consustancial?»

«Existe uno—dijo Miguel—, si observas la regla: nada en demasía, norma dada por la templanza...»

*El Paraíso perdido*, libro XI, 497-528.

## CYRANO DE BERGERAC

Mejor aún que Descartes, su contemporáneo, se podría llamar a Cyrano de Bergerac el filósofo enmascarado. Es de general conocimiento que tras los héroes de la comedia heroica de Rostand existe un poeta dramático al que Molière no dejaba de imitar, un personaje de la bohemia burlesca del tiempo de Luis XIII y Mazarino, al que se puede situar literalmente al lado de Rabelais o Charles Sorel. Pero esto no es más que mera apariencia, basta leer las dos utopías de Cyrano, *Los estados e imperios de la Luna* y *Los estados e imperios del Sol*, para darse cuenta de que al lado de las ironías libertinas y las alusiones políticas, bajo una ficción burlesca, se encuentra una exposición filosófica del mismo orden que la que se puede descubrir en Rabelais.

En el siglo XVII había un sistema de filosofía y de física, oficiales, de los que la historia del pensamiento cartesiano muestra la pesada tiranía. Marginalmente, y en ocasiones perseguidos, algunos hombres intentan continuar las investigaciones y las especulaciones de los «filósofos» del Renacimiento. Como centro de un reducido núcleo de Aix-en-Provence, Jacques Gaffarel, que fue bibliotecario del cardenal Richelieu y limosnero del rey, publicó una defensa de la cábala (*Abdita divinae Kabbalae Mysteria*)\* y acogió en Francia a Campanella al ser proscrito en su país. A través de Gassendi y sus discípulos La Mothe, Le Vayer, Tristan l'Hermite, Chapelle, esta corriente llegó hasta Cyrano de Bergerac, impregnando profundamente su obra. En el comienzo de *Los estados de la Luna* lo vemos teniendo sobre la mesa «un libro abierto que yo no había puesto», y es un libro de Jérôme Cardan. Hace alusión a Cornelio Agripa, a Juan Trithemio, al doctor Fausto, y no ignora «una determinada cábala de jóvenes que el hombre vulgar ha conocido con el nombre de Caballeros de la Rosa+Cruz». Se leerá en *El otro mundo*, que buscando bajo el velo de la ficción una exposición de la filosofía inspirada en parte por Gassendi, en parte por Descartes (con el que Cyrano tomó contacto después de 1645) y que no se podría exponer de otra manera, pero sí podría hacer dicha exposición buscando «la gran obra de los filósofos» y revelando los símbolos y las ideas de la filosofía hermética en sentido lato. Se encuentra así mismo en las obras de Cyrano el presentimiento de los ingenios voladores de Montgolfière y el fonógrafo, junto a los más profundos conocimientos alquímicos, y esto es lo que hace que su lectura sea todavía hoy un verdadero y extraordinario viaje para el espíritu.

\* Existe versión francesa de esta obra, con el título: *Los profundos misterios de la cábala divina*, hecha por el Dr. Marc Haven y editada por Beaudelot en 1912. (N. del T.)

## Unidad de la materia

«... Se me ha querido entregar a la Inquisición en mi patria, porque ante la propia cara de los pedantes había yo sostenido que existía vacío en la naturaleza y que desconocía la existencia de materias que fueran más pesadas que otras.» Yo le pregunté en qué probabilidades apoyaba una opinión tan poco aceptada. «Es necesario, me dijo, para llegar al objeto, suponer que existe un elemento; porque aunque nosotros veamos agua, tierra, aire y fuego separados, no se les encuentra nunca de forma tan perfectamente pura, sino que están unos ligados a los otros. Cuando, por ejemplo, miráis el fuego, no es tal fuego, sino solamente el aire desplazado en grado sumo; el aire no es sino el agua muy dilatada, el agua no es otra cosa sino la tierra fundida, y la tierra tampoco es más que agua sumamente concentrada. De esta forma, al penetrar seriamente en la estructura de la materia, sabrás que no es más que una sola, que como una excelente comediante representa aquí abajo todo tipo de obras y personifica a cualquier personaje, bajo todos los disfraces; de otra manera sería necesario admitir tantos elementos como tipos de cuerpos, y si me preguntáis por qué el fuego quema y brilla, el agua enfría, ya que no es sino una sola e idéntica materia, os respondo que esta materia actúa por simpatía, según la disposición en que se encuentra en el tiempo en que dicha acción se produce. El fuego no es más que tierra todavía más enrarecida de como lo está en el aire y trata de transformar de idéntica suerte a todo cuanto encuentra. Así el calor del carbón, siendo el fuego más sutil y el más propio a penetrar en un cuerpo, se mezcla entre los poros de nuestra masa al principio, porque se trata de una nueva materia que nos llena, haciéndonos exhalar el sudor; este sudor enrarecido por el fuego se convierte en humo que se transforma en aire; este aire, aún más fundido por el calor de la antiperístasis, o de los astros que están en su proximidad, se llama fuego, y la tierra abandonada por el frío y la humedad, que unen todas las partes caídas en tierra; el agua, por otra parte, aunque no difiere de la materia del fuego más que en que está más concentrada, no nos quema, porque siendo más condensada exige por simpatía el rodear a los cuerpos que encuentra, y el frío que sentimos no es sino el efecto de nuestra carne que se repliega sobre sí misma por la vecindad de la tierra o del agua que la obliga a asemejarse. De ahí procede que los hidrónicos, llenos de agua, cambien en agua la comida que ingieren; de ahí procede que los biliosos transfor-

men en bilis toda la sangre que forma su hígado. Supuesto que no existe más un único elemento, resulta ciertísimo que todos los cuerpos, cada uno según su cualidad, se inclinan igualmente hacia el centro de la tierra.»

*El otro mundo.*

### **La naturaleza del fuego**

Otra de las cosas que pueden producir asombro, a saber, por qué la proximidad de este globo ardiente no me consumía a causa de que yo había alcanzado casi la plena actividad de su esfera; pero, he aquí la razón: no es en absoluto, hablando propiamente, el propio fuego el que consume, sino una materia más grosera que el fuego, distribuida por todas partes en razón de su naturaleza móvil; y este polvo de centellas al que denomino *fuego*, móvil por sí mismo, hace posible toda su acción del giro en redondo de sus átomos, porque son capaces de chispear, calentar o quemar, según la forma del cuerpo con el que entran en contacto. De esta forma la paja no produce nunca una llama tan ardiente como la madera; la madera quema con menor violencia que el hierro, y esto procede de que el fuego de hierro, de madera y de paja, aunque en sí es el mismo fuego, actúa de manera totalmente distinta según la diversidad de los cuerpos sobre los que actúa. Por esto, en la paja el fuego (esta polvareda casi espiritual), no viéndose afectado más que por un cuerpo blando, es menos corrosivo; en la madera, cuya sustancia es más compacta, actúa más duramente, y en el hierro, cuya masa es casi toda de gran solidez y unida en partes angulares, penetra y consume cuanto se pone en contacto con él en un santiamén. Todas estas observaciones, siendo tan familiares, permiten que uno no se asombre de que cuando me aproximaba al sol lo hiciera sin quemarme, puesto que lo que quema no es el fuego, sino la materia a la que se liga; y que el fuego del sol no puede ser mezclado a ninguna otra materia. ¿No experimentamos en nosotros mismos que la alegría, que es un fuego, puesto que procede de una sangre aérea cuyas partículas altamente desligadas chocan dulcemente contra las membranas de nuestra carne halagada y hacer nacer yo no sé qué ciega voluptuosidad, y de esta voluptuosidad, o por mejor decir, este primer progreso del dolor, no llegando hasta amenazar al animal de muerte, pero sí haciéndole sentir que el deseo cause un movimiento en nuestros espíri-

tus que llamamos *alegría*? No se trata de la fiebre, puesto que ésta produce accidentes completamente diferentes, y no es un fuego de la misma categoría que la alegría, sino un fuego envuelto en un cuerpo cuyas partículas son cornadas, tal como la bilis, atrábilis o la melancolía, que viene a herir con sus puntas aceradas por todas las partes en las que su naturaleza móvil le hace pasearse, tomar, cortar, lacerar y producir por esta violenta agitación lo que se llama *ardor de fiebre*.

*El otro mundo.*

### El “Lenguaje de los pájaros”

De golpe, después de haber caminado un buen rato, llegué a una foresta en la que encontré a un hombrecillo completamente desnudo sentado sobre una piedra, en la que reposaba. No recuerdo si fui yo el que habló primero, o él quien me interrogó; pero tengo la memoria completamente fresca y el recuerdo vivo, como si estuviera escuchándole ahora. Me habló durante tres largas horas en un idioma que sé perfectamente que no lo había oído jamás, y que ningún parecido ni relación tiene con ninguno de este mundo, y que, sin embargo, yo comprendí más rápidamente y con más claridad que el que hablaba mi nodriza. Me explicó, una vez que hube entrado en materia, una cosa verdaderamente maravillosa, que en las ciencias existía una Verdad, fuera de la cual se estaba siempre alejado de lo fácil; que cuanto más un idioma se alejaba de esta Verdad, más se encontraba por debajo de la concepción y de la menos fácil inteligencia. «De la misma forma —continuó—, en la música esta Verdad no se encuentra jamás, más que con el alma lo suficientemente elevada que no se comporta de forma necia y ciega. Nosotros no lo vemos, pero sentimos que la naturaleza lo ve, y sin poder comprender de qué manera somos absorbidos, no deja de inquietarnos aunque no sepamos señalar en qué consiste. Respecto a las lenguas ocurre lo mismo. El que conoce esta Verdad en las letras, las palabras, y en lo demás, no puede nunca al expresarse caer por debajo de la concepción: habla siempre en consonancia con su pensamiento, y es por no tener el conocimiento de este perfecto idioma por lo que permanecéis cortos, no conociendo el orden ni las palabras que pueden explicar lo que imagináis.» Yo le dije que el primer hombre de nuestro mundo se había servido de este idioma sin duda alguna, utilizándolo como lengua matriz, puesto que todos los

nombres que había impuesto a cada una de las cosas declaran su esencia. Él me interrumpió y continuó diciendo: «No es sólo necesaria para expresar todo lo que el espíritu concibe, pero sin ella no es posible ser entendido de todos. Como este idioma es el instinto o la voz de la naturaleza, debe ser inteligible a cuanto vive bajo el amparo de la Naturaleza, siendo la causa de que si poseéis inteligencia podéis comunicar y descubrir todos vuestros pensamientos a las bestias y las bestias a vosotros todos los suyos, a causa de que es éste el lenguaje mismo de la Naturaleza, a través del cual se hace entender de todos los animales.

»Que la facilidad con la que sois capaz de comprender un idioma que no ha sonado nunca en vuestros oídos no os asombre. Cuando yo hablo, vuestra alma vuelve a encontrar, en cada una de mis palabras, esta Verdad que busca tanteando en la oscuridad, y aunque su razón no la entienda, ella tiene en sí una naturaleza que no podría dejar de ser comprendida.

»—¡Oh!, es sin duda—grité—, por intermedio de este enérgico idioma, como en otros tiempos nuestro primer padre conversaba con los animales y se hacía entender de ellos. Porque como le había sido otorgado el dominio sobre todas las especies, ellas le obedecían y él les daba sus órdenes en un lenguaje que les era conocido; y es así por lo que (esta lengua matriz se ha perdido) hoy día no vienen cuando los llamamos, como sucedía en otros tiempos, a causa de que no somos capaces de hacernos comprender de ellos.»

*El otro mundo.*

## CHARLES PERRAULT

(1628-1703)

Perrault ha sabido recoger y conservar bajo su forma definitiva los más famosos y antiguos cuentos del folklore francés, transmitidos por la tradición popular. Sin duda alguna las leyendas sufren transformaciones, en ocasiones deformaciones, y existen para cada una de ellas diversas variantes. Es la propia vida del cuento, expresión figurada de las creencias primitivas que las ceremonias y los ritos mantienen también a su manera. Pero Perrault supo discernir lo esencial, y la trama en los cuentos populares, que está siempre presente en el libro de *Mi madre oca*. ¿Hasta qué punto Perrault, recopilador de talento, penetró en el sentido íntimo de las historias pueriles y profundas que transcribía? Esta interrogante no debe servirnos de freno. Los *Cuentos de Perrault* son para nosotros el mejor de los ejemplos, y el más literario, de los descubrimientos renovados sin cesar, del mundo ocultista, por el alma del pueblo. Conservado y renovado sin cesar, del mundo ocultista, por el alma del pueblo. Conservado y renovado sin cesar, del mundo ocultista, por el alma del pueblo. Conservada, de estos cuentos, con las leyendas de otros países u otras civilizaciones. Después de los *Mabinogion* de Joseph Lothe, *La leyenda de la muerte* de Anatole Le Braz, los trabajos de Pierre Saint-Yves, los estudios de los etnólogos y los psicoanalistas, la mitología comparada ha penetrado en una fase científica. Las interpretaciones propuestas por las diversas disciplinas se superponen, pero no se contradicen. El cuento nos lleva al paraíso del simbolismo. La correspondencia universal permite transponer el mismo apólogo sobre diferentes planos. Así, la enseñanza de las leyendas posee incluso un orden social y nos introduce en el mundo de la civilización tradicional, cuyos modos de vida han sido descritos y analizados por André Varagnac. Pero la leyenda nos enseña, al mismo tiempo que la organización de la sociedad, la concepción del mundo que implica dicha organización. Las misteriosas relaciones entre los seres vivos y las cosas, las prácticas mágicas y adivinatorias, concurren a formar un clima fantástico. Pero el cuento puede igualmente revelar al adepto las especulaciones más elevadas del hermetismo. El mundo de los cuentos es un universo único en el que todo vive, todo habla o todo actúa. Este mundo posee un sentido; el menor detalle, el más insignificante acontecimiento, lo poseen igualmente. La tradición no admite un acto verdaderamente creador o libre. El valor absoluto de los hechos referidos por los cuentos sobrepasa su situación en el tiempo mítico, es decir, fuera del tiempo. Las reflexiones de M. Eliade sobre el eterno retorno de las cosas que tienen su origen «in illo tempore» se aplican también a los hombres «que eran una vez». ¿No acabamos con esto de diseñar las grandes líneas del mundo ocultista?

Vamos a citar, para ilustrar lo que acabamos de señalar, el cuento tan célebre de «La bella durmiente del bosque». Se trata posiblemente de la figura dormida pero siempre viva, y el valiente caballero es seguramente el buscador obstinado que la encuentra y despierta.

## La Bella Durmiente del bosque

Había una vez un rey y una reina que estaban muy disgustados por no tener hijos, tanto como no sería posible decir. Acudieron a todas las aguas del mundo: votos, peregrinaciones, todo fue realizado, pero nada se conseguía. Por fin la reina tuvo una hija. Se le hizo un maravilloso bautizo, y como madrinan de la princesita se invitó a todas las hadas que se pudo encontrar en el país (encontraron siete), con el fin de que cada una de ellas le otorgara un don, como era la costumbre de las hadas en aquellos tiempos; así la princesa tuvo todas las perfecciones imaginables.

Después de la ceremonia del bautismo, todo el acompañamiento volvió al palacio real, en donde se dio un gran festín a las hadas. Se puso ante cada una de ellas un magnífico cubierto con un estuche de oro macizo en el que había una cuchara, un tenedor y un cuchillo de oro fino, guarnecidos de diamantes y rubíes. Pero cuando todos hubieron ocupado su puesto en la mesa, se vio penetrar a un hada muy vieja, a la que no se había invitado porque hacía más de cincuenta años que no había salido de una torre y se la creía muerta. El rey le hizo dar un cubierto, pero no hubo medio de regalarle un estuche de oro macizo como a las otras, porque solamente se habían encargado siete, para las siete hadas invitadas. La vieja creyó que se la despreciaba y masculló algunas amenazas entre dientes. Una de las hadas jóvenes, que se encontraba muy cerca de ella, la entendió, y juzgando que le había otorgado algunos molestos dones a la pequeña princesa, se fue, cuando se hubieron levantado de la mesa, a esconderse detrás de la tapicería, con objeto de hablar la última y poder reparar, en el grado en que le fuera posible, el mal que la vieja hubiera hecho.

Entre tanto, las hadas comenzaron a otorgar sus dones a la princesa. La más joven le concedió ser la más hermosa de las personas del mundo; la que seguía, le otorgó el don de poseer un espíritu como el de un ángel; la tercera, que tendría una gracia admirable en todo cuanto hiciera; la cuarta, que bailaría con gran habilidad; la quinta, que cantaría como un ruiseñor; la sexta, que tocaría todo tipo de instrumentos musicales con la mayor perfección. Había llegado el turno a la vieja hada, y dijo, levantando la cabeza, con más rencor que vejez, que la princesa se pincharía la mano con un huso y moriría.

Este terrible don hizo estremecer a cuantos allí se encontraban y no hubo nadie que no llorara. En este momento la joven hada salió de



detrás del tapiz y dijo en voz alta: «Tranquilizaos, reyes, vuestra hija no morirá; pues si bien es cierto que no poseo el poder suficiente para destruir enteramente esto que mi vieja hermana ha hecho, sí puedo modificarlo: la princesa se pinchará en la mano con un huso, pero en lugar de morir caerá en un profundo sueño que durará cien años, al cabo de los cuales el hijo de un rey vendrá a despertarla».

El rey, con objeto de evitar el mal anunciado por el hada, hizo publicar un edicto por el cual se prohibía a todos los súbditos poseer husos en su casa, bajo pena de muerte.

Pasados quince o dieciséis años, habiendo ido los reyes a uno de sus palacios de vacaciones, ocurrió que la joven princesa, recorriendo un día el castillo, y subiendo de habitación en habitación, llegó hasta un desván, en donde una vieja estaba trabajando con la rueca. Esta buena mujer no había oído hablar nunca de las prohibiciones que el rey había hecho de poseer un huso. «¿Qué hacéis aquí, buena mujer?», dijo la princesa. «Hija mía, yo estoy hilando», le contestó la anciana, que no la conocía. «¡Esto es muy bonito!—replicó la princesa—. ¿Cómo lo hacéis?; permitidme que trate de hacerlo a mi vez.» No bien hubo cogido el huso, como tenía gran viveza y según lo dispuesto por las hadas, se picó en la mano y cayó desvanecida.

La buena anciana, muy azorada, pidió socorro y acudió gente de todas partes; se arrojó agua sobre el rostro de la princesa, se le frotaron las manos, se la golpeó, le frotaron las sienes con el agua de la reina de Hungría, pero nada la hizo volver en sí.

Entonces el rey, que había subido al escuchar todo el griterío, se acordó de la predicción de las hadas, y juzgando que todo esto sucedía porque así lo habían dispuesto ellas, hizo poner a la princesa en una de las más hermosas habitaciones de palacio, sobre un lecho bordado en oro y plata. Se habría dicho que era un ángel, tan hermosa estaba, ya que su desvanecimiento no le había alterado los colores vivos de su piel, sus mejillas estaban sonrosadas y sus labios eran de coral; tenía únicamente los ojos cerrados, pero se podía observar cómo respiraba dulcemente, lo que hacía ver que no estaba muerta.

El rey dio orden de que se la dejara dormir en paz, hasta que hubiera llegado la hora de despertarse. El hada buena, que le había salvado la vida condenándola a dormir cien años, se encontraba en el reino de Mataquin, a doce mil leguas de allí, cuando le ocurrió el accidente a la princesa; pero lo supo al instante por un enanito que poseía las botas de siete leguas (se trataba de unas botas con las que se recorrían siete leguas de un solo paso). El hada partió inmediatamente y se la pudo ver, al cabo de una hora, llegar en un carro de fuego arrastrado

por dragones. El rey acudió a besarle la mano cuando ella descendió del carro. El hada aprobó cuanto se había hecho, pero, como previsora en una inmensa medida, pensó que cuando la princesa despertara se vería muy apurada al encontrarse sola en el castillo, y he aquí lo que hizo: tocó con su varita cuanto había en el castillo (con excepción del rey y la reina), los criados, las damas de honor, las camareras, los gentileshombres, oficiales, mozos de comedor, cocineros, pinches, mozos de cuadra, guardias suizos, pajes, criados de a pie; tocó igualmente a los caballos que había en las cuadras, con los palafreneros, los grandes mastines, y a la pequeña Pouffle, la perrita de la princesa, que estaba a su lado sobre la cama. Una vez que eran tocados quedaban dormidos, para despertar al mismo tiempo que la princesa, con objeto de estar todos dispuestos a servir a la vez a su dueña y señora, cuando de ellos tuviera necesidad. Los propios asados que se estaban cocinando, con perdices y faisanes, y el mismo fuego, se durmieron a su vez. Todo esto se hizo en un instante, porque las hadas no precisan mucho tiempo para poner en juego sus deseos.

Entonces el rey y la reina, tras haber besado a su querida hija, sin que se despertara, salieron del castillo e hicieron promulgar un edicto prohibiendo terminantemente a cualquiera que se aproximara al castillo. Esta prohibición no era en absoluto necesaria, porque al cabo de un cuarto de hora todo el parque se llenó de una inmensa cantidad de árboles y de matas espinosas entrelazadas, de tal forma que ni un hombre ni un animal podrían intentar pasar; quedó de tal forma que ya no se veían más que las torres del castillo, y ello desde muy lejos. El hada había dispuesto todas las cosas de manera que la princesa, mientras durmiera, no tendría nada que temer de los curiosos.

Pasados cien años, el hijo del rey que entonces gobernaba y que pertenecía a otra dinastía diferente a la de la princesa dormida, habiendo ido a cazar por aquella parte del país, preguntó qué eran aquellas torres que podía ver por encima de un inmenso y espeso bosque. Cada uno de los interrogados le contestaba de acuerdo con lo que había oído contar: unos aseguraban que se trataba de un viejo castillo en que se aparecían los espíritus de los muertos; otros que todos los brujos del país celebraban allí su «sabbat». La opinión más común era que allí habitaba un terrible ogro y que secuestraba a cuantos niños podía hallar para devorarlos a su gusto, y esto sin que nadie pudiera seguirlo, por ser él el único con poder para hacerse un pasaje a través del bosque.

El príncipe no sabía a quién creer, cuando un viejo campesino se le acercó y le dijo: «Alteza, hace más de cincuenta años he oído decir a mi padre que existía en ese castillo una princesa, la más hermosa que

se haya podido ver jamás; que esta princesa debía dormir cien años y que sería despertada por el hijo de un rey, a quien estaba reservada».

El joven príncipe, al escuchar estas palabras, se sintió inflamado interiormente y creyó, sin pararse a pensarlo, que él podría realizar plenamente tan arriesgada aventura, resolviendo sobre el terreno lo que había de cierto. A medida que iba penetrando en el bosque, todos los enormes árboles, los arbustos espinosos y otros obstáculos, se separaban para dejarle penetrar. De esta forma marchó en dirección al castillo, que contemplaba al final de una gran avenida. Penetró en él y quedó sorprendido al ver que ninguno de los miembros de su séquito había podido seguirle, a causa de que los árboles se habían ido juntando de nuevo a medida que él pasaba. No dejó por ello de continuar su camino; un príncipe joven y galante es siempre valiente. Entró en una enorme antecámara, en donde todo lo que vio era capaz de helar la sangre en las venas. El silencio era espantoso y la imagen de la muerte se mostraba por todas partes, ya que no había más que cuerpos caídos de hombres y animales que parecían muertos. Pudo reconocer la nariz achatada y la faz bermeja de los suizos, que sólo estaban dormidos, y sus vasos, en los que había aún algunas gotas de vino, demostrando que se habían dormido mientras bebían.

Atravesó una amplia sala tapizada de mármol y subió la escalera, entrando en el cuerpo de guardia, en donde estaban los soldados, alineados en el suelo, con el arma a la espalda y durmiendo a pierna suelta. Pasó a lo largo de diversas habitaciones, llenas de gentileshombres y damas, todos dormidos, unos de pie, otros sentados. Así llegó a una cámara dorada y allí vio sobre un lecho, cuyos cortinajes estaban abiertos por todos los lados, el más bello espectáculo que jamás nadie pudo contemplar: una princesa de unos quince o dieciséis años, en cuyo rostro resplandeciente había algo de luminoso y divino. Se aproximó tembloroso y admirativo, hincándose de rodillas cerca del lecho.

Entonces, como el encantamiento tocara a su fin, la princesa se despertó, y mirándole con los más dulces ojos que una primera impresión permitía, dijo: «¿Eres tú, mi príncipe?, te has hecho esperar mucho». El príncipe, encantado por estas palabras y más todavía por la forma en que fueron pronunciadas, no sabía cómo testimoniarle su alegría y su reconocimiento; aseguró que la amaba más que a sí mismo. Sus discursos estaban descabalados y lloraron mucho, hubo poca elocuencia y mucho amor. Él estaba más azorado que ella, y no se debe uno asombrar por esto, porque ella había tenido tiempo de soñar en lo que le iba a decir, por haber sido inspirada (aunque la historia nada dice) por la buena hada, durante un sueño tan largo, procurándole el

placer de sueños agradables. Así pasaron cuatro largas horas, durante las cuales no pararon de hablar, pero sin poder decirse la mitad de las cosas que tenían que contarse.

Mientras tanto, todo el palacio se había despertado al mismo tiempo que la princesa y cada uno trataba de cumplir su cometido, y como todos no estaban enamorados, morían de hambre. La dama de honor, apurada como las demás, se impacientaba, y dijo en voz alta a la princesa que la comida estaba servida. El príncipe ayudó a la princesa a levantarse; ella estaba completamente ataviada, y con gran magnificencia, pero él se guardó muy bien de decirle que estaba vestida como su abuela y que llevaba una esclavina alta, pero no por eso estaba menos hermosa.

Pasaron a un salón lleno de espejos en donde tuvo lugar la comida, servida por los oficiales de la princesa. Los violones y los oboes interpretaban viejas melodías, pero de una manera excelente, aunque hacía cien años que no tocaban sus instrumentos; después de la comida, sin pérdida de tiempo, el gran limosnero y capellán de la corte los casó en la capilla del castillo, y la dama de honor corrió sus cortinas. Durmieron poco, la princesa no tenía una gran necesidad de ello. El príncipe la dejó por la mañana para volver a la ciudad, en la que su padre estaba intranquilo por él.

El príncipe le contó que cazando se había perdido en el bosque y que había dormido en la choza de un carbonero que le había dado pan negro y queso. El rey, su padre, que era un buen hombre, lo creyó; pero su madre no quedó convencida, y viendo que iba casi todos los días de caza y que constantemente tenía una razón para excusarse cuando había pasado dos o tres noches fuera de palacio, no dudó de que su hijo tenía una aventura galante; porque él vivió de esta guisa con la princesa cerca de dos años completos y tuvo dos hijos, el primero de los cuales, que era una niña, fue llamada *Aurora*, y el segundo, que era varón, *Día*, porque parecía todavía más hermoso y radiante que su hermana. La reina habló varias veces con su hijo, tratando de obtener una explicación y aconsejándole que debería cada uno contentarse con lo que poseía, pero él jamás confió su secreto; la temía, aunque la amaba, porque era de raza de ogros, y el rey se había casado con ella únicamente a causa de sus inmensas riquezas. Se murmuraba incluso en la corte que tenía las mismas inclinaciones que los ogros, y que cuando veía pasar a los niños pequeños sufría la más profunda angustia por no poder arrojarse sobre ellos; así que el príncipe nada quería decirle.

Pero cuando falleció el rey, lo que sucedió pasados dos años, y se vio coronado y dueño del poder, declaró públicamente su matrimonio.

y marchó con toda la pompa en busca de su esposa al castillo. Se les hizo un magnífico recibimiento en la capital, donde penetró rodeada de toda la corte.

Algún tiempo después el rey marchó a la guerra contra el emperador Cantalabuta, su vecino. Dejó la regencia del reino a su madre, recomendándole vivamente a su esposa e hijos. Debía permanecer en campaña durante todo el verano. Una vez que hubo partido, la reina madre envió a su nuera y a sus nietos a una casa de campo en medio del bosque, para poder así más fácilmente cumplir sus horribles deseos. Ella fue algunos días después, y le dijo una noche a su jefe de cocina: «Voy a comer mañana, en mi almuerzo, a la pequeña Aurora.» «¡Oh, señora...!», respondió el cocinero. «Así lo deseo», respondió la reina (y lo dijo en un tono de ogresa que tiene deseo de comer carne fresca), «y deseo comerlo en salsa de Robert».

El pobre hombre, viendo que no podía discutir con una ogresa, tomó su enorme cuchillo y subió a la habitación de Aurora. La niña tenía entonces cuatro años y vino saltando y gritando de alegría a colgarse de su cuello pidiéndole un bombón. Él se echó a llorar y el cuchillo se le cayó de la mano. Bajó al corral y degolló un pequeño corderillo, haciendo una sabrosa salsa, de tal forma que su ama aseguró que nunca había tomado nada mejor. El cocinero se había llevado al mismo tiempo a la pequeña Aurora y la había confiado a su mujer, que la tenía escondida en el alojamiento que poseían en el fondo del patio.

Pasados ocho días, la malvada reina dijo a su jefe de cocina: «Deseo comer mañana como cena al pequeño Día.» Nada le dijo él, decidido a engañarla como la otra vez.

Fue en busca del pequeño, al que encontró con un pequeño florete en la mano, haciendo esgrima con un gran mono; no tenía entonces más de tres años. Lo llevó a casa de su mujer, que lo ocultó en compañía de la pequeña Aurora, y en su lugar le sirvió a la reina un pequeño cabrito, que la ogresa encontró admirablemente sabroso.

Todo había ido bien hasta entonces; pero una noche aquella malvada reina le dijo al jefe de cocina: «Deseo comer a la reina en la misma salsa que a sus hijos». Fue entonces cuando el pobre cocinero desesperó de no poder seguir engañándola. La joven reina tenía entonces veinte años cumplidos, sin contar los cien que había estado durmiendo; su piel era un poco dura, aunque bella y blanca, por lo que no era fácil encontrar en la despensa o entre los animales del corral una bestia con estas características. Tomó, por tanto, la resolución, para salvar su vida, de cortarle el cuello a la reina, y subió a su habitación, con

intención de no intentarlo dos veces. Se excitó, y furioso penetró, con un puñal en la mano, en la habitación de la joven reina; pero tampoco deseaba sorprenderla, por lo que le dijo, con mucho respeto, que había recibido la orden de la reina madre de matarla y servírsela. «Hazlo entonces—le dijo ella, y tendió su blanco cuello—. Cumple la orden que has recibido, así podré ir a reunirme con mis hijos, mis pobres niños a los que tanto he amado.» Ella los creía muertos, porque se los habían quitado sin decirle nada.

«No, no, señora—dijo el pobre jefe de cocina, completamente enternecido—. No moriréis; pero no por ello dejaréis de ir a reuniros con vuestros hijos; pero esto ocurrirá en mi casa, en donde están ocultos, y yo volveré a engañar a la reina, haciéndole comer una joven ternera en vuestro lugar.» La condujo a su morada, en donde pudo abrazar y llorar con sus hijos, y fue a preparar la ternera, que la reina comió en su cena, con el mismo apetito que si hubiera sido la reina; estaba muy satisfecha por su crueldad y se preparaba para decir al rey, cuando volviera, que los lobos rabiosos habían devorado a la reina y a sus dos hijos.

Una tarde que caminaba como de costumbre por los patios y el corral del castillo, para olfatear alguna carne fresca, oyó cómo en una sala baja el pequeño Día lloraba y su madre la reina le quería pegar, a causa de que se había portado mal, y pudo también escuchar a la pequeña Aurora que pedía perdón para su hermano. La ogresa reconoció la voz de la reina y de sus hijos, y furiosa por haber sido engañada, ordenó a la mañana siguiente, con una espantosa voz que hizo temblar a todo el mundo, que se colocara en el centro del patio una enorme cuba, que hizo llenar de sapos, víboras, culebras y serpientes, para hacer arrojar allí a la reina y a sus hijos, al jefe de cocina, su mujer y su criada, a los que había ordenado traer a su presencia con las manos amarradas a la espalda.

Allí estaban ellos, y los verdugos se preparaban para arrojarlos a la cuba, cuando el rey, al que se esperaba de un momento a otro, penetró a caballo en el patio; había venido en la posta y preguntó, muy asombrado, qué significaba aquel horrible espectáculo. Nadie osó informarle, y la ogresa, rabiosa por ver lo que estaba ocurriendo, se arrojó en la cuba de cabeza y fue devorada en un instante por las asquerosas bestias de que estaba llena. El rey no dejó de entristecerse, al fin y al cabo era su madre, pero se consoló en seguida con su hermosa esposa y sus dos hijos.

## NICOLÁS MONTFAUCON DE VILLARS

(1638-1673)

¿Se puede tomar en serio al abate de Villars? Este interrogante se sigue imponiendo después de tres siglos y no parece tener solución. Espíritus demasiado ligeros continúan, y seguirán haciéndolo, viendo en *El conde de Gabalis* una ingeniosa sátira de creencias supersticiosas que tendrían su apoteosis, cien años más tarde, en el Iluminismo muy puro de un Saint-Martin. Así, Anatole France no se ha interesado más que en el lado irónico de la obra que le proporcionó el tema de *El figón de la reina Pedaquia*. La posteridad de Jérôme Coignard no acaba de desaparecer. Pero otros espíritus demasiado aficionados al misterio no dejarán jamás de subrayar que las *Conversaciones sobre las ciencias secretas* poseen una serie de referencias tradicionales. Creerán posiblemente que el abate de Villars, como Rabelais y los alquimistas de la Edad Media, se vieron forzados a rodear de una resistente corteza sus lecciones de ocultismo. Pero posiblemente también suscriban el juicio de Stanislas de Guaita: «El abate de Villars, habiendo profanado y puesto en ridículo los arcanos de la Rosa+Cruz, en la que estaba iniciado, fue condenado por un tribunal vehémico y ejecutado en pleno día en la carretera de Lyon».

La ausencia de todo documento, la oscuridad que rodea la muerte del abad de Villars, no permiten aprobar ni una ni otra de dichas hipótesis. Nos queda un curioso retrato de este abate cortesano, como ladrón y asesino, gran desfloreador de doncellas, teatral a lo Racine y Molière. Nos queda también su obra maestra, *El conde de Gabalis*, de considerable influencia en la época de su aparición, y que abrió el camino al atragantamiento de ocultismo que acapararía el siglo XVIII moribundo; véase Cazotte, el duque de Orleáns, Cagliostro...

### Íncubos y súcubos

—Una vez que usted forme parte de los Hijos de los Filósofos, y sus ojos estén fortificados por el uso de la Muy Santa Medicina, entonces descubrirá que los elementos están habitados por criaturas de extrema perfección, a las que el pecado del desgraciado Adán ha privado del conocimiento y comercio con su muy infeliz posteridad. El inmenso espacio que existe entre la Tierra y los cielos posee su habitantes,

mucho más nobles que los pájaros y los moscardones; estos mares tan vastos tienen en su seno a otras criaturas que no son ni los delfines ni las ballenas; y la profundidad de la tierra no pertenece únicamente a los topos; y el elemento del fuego, más noble que los otros tres, no ha sido creado para permanecer vacío e inútil.

»El aire está lleno de una inmensa multitud de pueblos de figura humana, un poco fieros en su apariencia, pero muy dóciles en realidad; muy aficionados a las ciencias, sutiles, amistosos con los sabios y enemigos de los necios y los ignorantes. Sus mujeres e hijas son bellezas viriles, tal como se ha descrito a las amazonas.

—¿Cómo, señor?—le interrumpí—. ¿Queréis decirme que estos trasgos están casados?

—No se excite usted, hijo mío, por tan poco—replicó él—. Le aseguro, y puede usted creerlo, que cuanto le he dicho es cierto y fundamentado. Aquí no hablo sino de los elementos de la antigua cábala, y sólo le faltará que lo compruebe con sus propios ojos; pero debe usted recibir con espíritu dócil la luz que Dios le envía por intermedio mío. Olvide cuanto pueda haber oído sobre estos temas en las escuelas de los ignorantes, o tendrá el disgusto, cuando quede convencido por la experiencia, de reconocer que sus opiniones no eran nada adecuadas.

»Escuche usted hasta el final y sepa que los mares y los ríos están habitados lo mismo que el aire; los sabios de la antigüedad llamaron ondinas o ninfas a esta clase de pueblos. Entre ellos los varones son escasos y las hembras en gran número; su belleza es extrema y las hijas de los hombres no pueden comparárseles.

»La Tierra está llena, hasta casi su centro, de gnomos, seres de escasa estatura, guardianes de los tesoros de las minas y de las piedras preciosas; son ingeniosos, amigos del hombre y fáciles de dominar. Proporcionan a los hijos de los sabios toda la plata que precisan y no piden nada a cambio de sus servicios, más que la gloria de ser mandados. Las gnómidas, sus mujeres, son pequeñas, pero muy agradables, y su vestido de lo más curioso.

»En cuanto a las salamandras, habitantes inflamados de la región del fuego, son servidores de los filósofos, pero no buscan con mucho interés su compañía y sus hijas y mujeres se dejan ver muy rara vez.

—Tiene razón en ello—le interrumpí—, y yo me guardaría mucho de su aparición.

—¿Por qué?—dijo el conde.

—Porque, señor, ¿qué necesidad tendría yo de conversar con una bestia tan fea como una salamandra, macho o hembra?

—Está usted equivocado—replicó—. Ésta es la idea que tienen los



pintores y los escultores ignorantes. Las mujeres de las salamandras son muy hermosas, más que todas las otras, ya que pertenecen a un elemento más puro. No voy a hablarle más, y pasaré muy sucintamente por la descripción de estos pueblos, ya que usted los podrá ver cuando quiera y con facilidad, si tiene esta curiosidad. Así verá sus costumbres, su modo de vida, sus hábitos, su limpieza y admirables leyes. Quedará encantado de la belleza de su espíritu, más aún que de su cuerpo; pero no podrá por menos que compadecer a estos miserables cuando sepa que su alma es mortal y que no tienen en absoluto esperanza en el juicio eterno del Ser Supremo, al que conocen y adoran religiosamente. Os dirán que están compuestos de las más puras partículas del elemento en el que habitan, no teniendo en su seno cualidades contrarias, puesto que no están hechos más que de un elemento, no muriendo más que al cabo de muchos siglos; pero ¿qué es este lapso comparado con la eternidad? Tendrán que permanecer eternamente en la nada, pensamiento que les aflige mucho, y deberemos consolarlos.

»Nuestros padres los filósofos, hablando a Dios cara a cara, se lamentan ante él de la desgracia de estos pueblos, y Dios, que es la misericordia sin límites, les revela que no era imposible encontrar un remedio a este mal. Les inspira que lo mismo que el hombre, por la alianza establecida con Dios, ha sido hecho partícipe de la Divinidad, los silfos, los gnomos, las ninfas y las salamandras, mediante alianzas con los hombres, pueden llegar a participar en la inmortalidad. Así, las ninfas o las salamandras se convierten en inmortales y son capaces de la felicidad a que nosotros aspiramos, cuando son lo suficientemente felices para casarse con un sabio; e igualmente, un gnomo o un silfo cesan de ser mortales al esposar a una de nuestras hijas.

»De ahí procede el error de los primeros siglos, de Tertuliano, de Justino el Mártir, de Lactancio, Cipriano, Clemente de Alejandría, Atenágoras, filósofo cristiano, y por lo general de todos los escritores de aquel tiempo. Ellos habían aprendido que estos seres semihumanos, elementales, habían buscado el comercio con las jóvenes y han imaginado, como consecuencia, que la caída de los ángeles no procedía sino del amor que les habían inspirado las mujeres. Algunos gnomos deseosos de llegar a ser inmortales habían querido conseguir los favores de nuestras hijas y les habían ofrecido las piedras preciosas de las que son los guardianes naturales, por lo que dichos autores han creído, apoyándose en el Libro de Enoch, mal interpretado, que éstas eran las trampas que los ángeles enamorados tendían a la castidad de nuestras mujeres. Al principio, estos hijos del cielo engendraron los famosos gigantes, tras haberse hecho amar por las hijas de los hombres,

y los malvados cabalistas José y Filón (al igual que todos los judíos ignorantes), y después de ellos todos los autores que he nombrado hace un momento, han dicho también, como Orígenes y Macrobio, que se trataba de ángeles y no que eran los silfos y otros pueblos de los elementos lo que con el nombre de Hijos de Elohim se distinguen de los hijos de los hombres. De la misma forma, el sabio Agustín ha tenido la modestia de no pronunciarse, en relación a las hazañas de los llamados faunos o sátiros, por los africanos de su tiempo, lo que queda aclarado por lo que acabo de decir acerca del deseo que tienen todos estos habitantes de los elementos de aliarse a los hombres, como único medio de poder alcanzar la inmortalidad que no poseen.

» ¡Oh!, nuestros sabios se han abstenido de imputar al amor de las mujeres la caída de los primeros ángeles, y no menos que de someter a los hombres al poder del demonio, para atribuirle todas las aventuras de los silfos y las ninfas de las que todas las historias están llenas. No ha habido nunca nada de criminal en todo esto. Se trataba de los silfos que buscaban la inmortalidad. Sus inocentes intentos, lejos de escandalizar a los filósofos, nos han parecido tan justos que hemos resuelto de común acuerdo el renunciar enteramente a las mujeres y no dedicarnos más que a inmortalizar a las ninfas y sílfides.

— ¡Oh, Dios mío! —le repliqué—. ¿Qué es lo que acabo de escuchar? Hasta dónde llega la f...

— ¡Sí, hijo mío—interrumpió el conde—; admiraos de saber hasta dónde llega la felicidad filosófica! Miedo a las mujeres cuyos débiles encantos se marchitan en pocos días y les siguen horribles fealdades, los sabios poseen bellezas que no envejecen nunca y que tienen la gloria de convertir en inmortales. Juzgad el amor y el reconocimiento de estas invisibles amantes y con qué ardor tratan de complacer al caritativo filósofo, que se dedica a inmortalizarlas.

*El conde de Gabalis, segunda conversación.*

## MÁS SOBRE EL ABATE DE VILLARS Y EL CONDE DE GABALIS

Voltaire, en la lista de escritores que incluye al final de su célebre obra *El siglo de Luis XIV*, al referirse al abate Montfaucon de Villars, dice lo siguiente: «Nacido en 1635, célebre por *El conde de Gabalis*, que comprende una parte de la antigua mitología de los persas. El autor murió, en 1675, de un tiro de pistola. Se dijo que los silfos lo habían asesinado por haber revelado sus misterios»<sup>1</sup>.

El abate Villars fue, además, autor de otras obras:

- *La crítica de Berenice*, París, 1671, 2 vol.
- *Reflexiones sobre las constituciones de la abadía de la Trapa*, Villefranche, folleto.
- *Sobre la delicadeza*, París, 1671.
- *El amor sin debilidades* o *Ana de Bretaña y Almanzaris*, París, 1671, 3 tomos.
- *Reflexiones sobre los «pensamientos»* de Pascal, s. l. n. d.
- *Liber aureus, cabalisticus, astronomicus, chiromanticus, onomanticus, ja-tidicus...*, manuscrito existente en la biblioteca del arsenal de París; de hacia 1715.

No existe seguridad de que todas ellas se deban a la pluma del autor reseñado, pero por lo menos se le han atribuido.

Es de su conocida obra *El conde de Gabalis*, cuyo estilo más parece irónico que esotérico, de la que hemos creído conveniente añadir algunos extractos a los publicados por los autores de la presente antología.

### El conde de Gabalis

No se debe condenar ligeramente a este hombre sabio sin haber estado iluminados sobre su conducta. Él me lo ha descubierto todo, es cierto, pero no lo ha hecho más que con toda la circunspección cabalística. Es preciso rendir este testimonio en su memoria, pues era un gran celador de la religión de sus padres los filósofos, y ha sufrido antes

<sup>1</sup> Voltaire, *El siglo de Luis XIV*, París, Flammarion, ed., tomo II, pág. 304.

el fuego que profanar la santidad, abriéndose a algún príncipe indigno, a algún ambicioso o incontinente, tres clases de personas que han sido excomulgadas en todo tiempo por los sabios. Por fortuna yo no soy príncipe, tengo poca ambición, y se verá a continuación que practico más la castidad de lo que debe hacer un sabio. Él me encontró con espíritu dócil, curioso, poco tímido; no me falta un tanto de melancolía para hacer gritar a todos los que querrían condenar al señor conde de Gabalis por no haberme ocultado nada, ya que yo era un sujeto muy apto para el aprendizaje de las ciencias secretas. Es verdad que sin melancolía no se pueden hacer grandes progresos, pero la escasa que poseía no he tenido cuidado en rechazarla. Usted tiene (me ha dicho cien veces) Saturno en un ángulo, en su casa, y retrógrado; por ello no puede dejar de ser un día tan melancólico como un sabio debe serlo (como sabemos por la cábala). Tenía, como usted, a Júpiter en el Ascendente, a pesar de lo cual no se ha reído una sola vez en toda su vida, tan intensa era la influencia de su Saturno; aunque sea un tanto más débil que la suya.

Es, por tanto, a mi Saturno y no al conde de Gabalis a quien los señores curiosos deben atribuir el que yo prefiera divulgar sus secretos a practicarlos. Si los astros no cumplen con su deber, el conde no tiene por qué ser criticado, y si yo no tengo la suficiente grandeza de alma para tratar de ser dueño de la Naturaleza, de invertir los elementos, de conversar con las Inteligencias supremas, de mandar a los demonios, de engendrar gigantes, de crear nuevos mundos, a hablar a Dios en su trono temeroso y de obligar al querubín que guarda la entrada del paraíso, para que me permita ir a pasearme por sus avenidas; es a mí a quien se ha de reprender o amonestar.

(...)

El sentido común siempre me había hecho suponer que existe mucho vacío en lo que se conoce como ciencias secretas, por lo que nunca me vi tentado en perder el tiempo hojeando los libros que de ellas tratan.

(...)

... Estos grandes secretos, y sobre todo la Piedra filosofal, son de difícil investigación y que muy pocas personas los poseen. Felizmente los más importantes [de los ocultistas] esperaban entonces con impaciencia la llegada de un alemán, gran señor y gran cabalista, originario de las tierras que son fronterizas a Polonia. Él había prometido en sus cartas a los Hijos de los filósofos, que viven en París, venir a visitarlos y pasar por Francia camino de Inglaterra. Yo tuve la comisión de contestar a la carta de este gran hombre, enviándole al mismo tiempo la

figura de mi natividad, con el fin de que pudiera juzgar si me era posible aspirar a la sabiduría suprema. Mi tema natal y mi carta tuvieron la fortuna de obtener el honor de que contestara, diciéndome que yo sería una de las primeras personas a las que vería en París, y que si el cielo no se oponía, haría lo posible para que pudiera ser admitido en la sociedad de los sabios.

(...)

Yo admiraba un día una de sus más sublimes epístolas, cuando vi entrar un hombre de muy buena facha que, saludándome gravemente, me dijo en lengua francesa con fuerte acento extranjero: «*Adorad, hijo mío, adorad al muy bondadoso y muy grande Dios de los Sabios, y no os enorgullezcáis jamás de que se os envía uno de los hijos de la sabiduría para asociaros a su Compañía y haceros partícipe de las maravillas de su omnipotencia*».

La novedad de la salutación me asombró sobremanera, y empecé a dudar por primera vez si no me encontraba en presencia de una aparición; de todas formas, asegurándome lo mejor que pude y contemplándolo lo más cortésmente, que el cierto temor que me embargaba permitía, le dije:

«Seáis quien seáis vos, cuyos cumplidos no son de este mundo, me hacéis un gran honor al venir a visitarme; pero estaréis de acuerdo, si os place, que antes adorar al Dios de los Sabios he de saber quiénes son tales sabios y de qué Dios habláis; así que si os resulta agradable sentaos en este sillón y tomaros la molestia de decirme quién es ese Dios, esos sabios, esa Compañía, esas maravillas de omnipotencia, y después o antes de todo esto, a qué clase de criaturas tengo el honor de hablar.»

*El conde de Gabalis, primera conversación.*

## Oración de las salamandras

Inmortal, eterno, inefable y sagrado Padre de todas las cosas, que es conducido en la carroza rodante sin cesar, por los mundos que giran constantemente. Dominador de los campos etéricos, en los que se eleva el trono de la Potencia, de lo alto del cual tus ojos amedrantadores lo descubren todo, y tus hermosos y santos oídos todo lo oyen, libera a los hijos que han amado del nacimiento de los siglos; porque tu dorada, grande y eterna majestad resplandece por encima del mundo, del cielo y las estrellas; tú estás por encima de ellas, ¡oh fuego chispean-

te! Allí alumbras y te mantienes a ti mismo por su propio esplendor, y surgen de tu Esencia ríos innumerables de luz que nutre tu espíritu infinito. Este espíritu infinito produce la totalidad de las cosas y crea este tesoro no valorable de la materia, que no puede faltar en la generación, que todo lo rodea constantemente a causa de las infinitas formas a las que está sometido y a la que Tú has colmado desde el principio. En este espíritu tienen su origen los tan santos reyes que están debajo de tu trono y componen tu corte. ¡Oh Padre universal! ¡Oh único! ¡Oh Padre de los bienaventurados mortales e inmortales! Tú has creado en particular las potencias, que son maravillosamente semejantes a tu eterno pensamiento, y a tu Esencia adorable. Tú las has establecido superiores a los ángeles que anuncian al mundo tus voluntades. Por último, Tú has creado una tercera especie de soberanos en los Elementos. Nuestra constante labor es alabarte y adorar tus deseos. Nos quemamos en el deseo de poseerte. ¡Oh Padre! ¡Oh Madre, la más tierna de las madres! ¡Oh el Ejemplar admirable de los sentimientos y del cariño de las madres! ¡Oh Hijo, la flor de todos los hijos! ¡Oh Forma de todas las formas!, alma, espíritu, armonía y número de todas las cosas.

*El conde de Gabalis, quinta conversación.*

## JACQUES CAZOTTE

(1719-1792)

La obra de Cazotte proporciona una ilustración novelesca, y su correspondencia, una explicación de las doctrinas ocultistas. Pero la vida de Jacques Cazotte nos muestra también cómo los escritores se adhieren a la tradición, por su propia investigación o a través de lecciones que reciben antes de reavivarla. Para el autor de *El diablo enamorado*, el ocultismo es ante todo un descubrimiento personal. Había leído pocos tratados de magia y no conocía ninguna sociedad secreta cuando publicó su célebre novela. Sin embargo, demuestra un asombroso conocimiento de las ciencias ocultas..., verdaderamente tan asombroso, que un misterioso personaje se presentó un día en casa de Cazotte, que nos refiere esta escena, y le preguntó a qué secta estaba afiliado. Cazotte tuvo que responderle que no pertenecía a ninguna y que dentro de este terreno era un simple autodidacto. Pero el extraño emisario, inquieto por los profundos conocimientos de Cazotte, insistió para que recibiera lo antes posible la iniciación y penetrara en las escuelas que poseen el depósito de las verdades que se habían hecho manifiestas tan fortuitamente a su inteligencia. Cazotte se negó a aceptar esta invitación, que por otra parte estuvo rodeada de amenazas, y algunos años más tarde debía confirmar ante el Tribunal Revolucionario su pertenencia a agrupaciones esotéricas. El presidente Lavau, martinista por su parte, rindió homenaje al carácter del acusado y acompañó el veredicto de muerte que se vio obligado a pronunciar de un comentario elogioso sobre la vida de Cazotte. En cuanto a las dotes personales de Cazotte para la práctica del ocultismo, quedaron plenamente confirmadas por su célebre profecía, de la que habla La Harpe, y en la que predijo, varios años antes de 1789, las ejecuciones de nobles, la muerte violenta de la reina María Antonieta y de Luis XVI.

*El diablo enamorado*, bajo forma novelesca, proporciona las reglas del arte mágico, tan diferentes de las leyes científicas. Se trata, en suma, de una «novela de tesis», en la que la tesis es la afirmación de la realidad y potencia de lo fantástico. En Cazotte, dice muy bien Lucien Maury, se encuentra «una noción de lo fantástico que no es sólo un juego de imaginación». Gérard de Nerval, en *Los iluminados*, muestra en cierta forma la ortodoxia tradicional de Cazotte.

Esta ortodoxia aparece más claramente todavía en la correspondencia mística intercambiada entre Cazotte con Laporte y Pouteau, sus amigos. «El conocimiento de las cosas ocultas, escribe Cazotte, es un mar tempestuoso, en el que no se vislumbra la orilla.» Y después de haber puesto en guardia de esta forma a sus correspondientes contra el ocultismo práctico, Jacques Cazotte hace el elogio de la mística y la teosofía que deberían iluminar los últimos años de su existencia. Con el fin de dar una idea de la calidad de las ideas religiosas de Cazotte,

bastará recordar que fue un discípulo fiel de Saint-Martin y que practicó los consejos dados en sus obras, habiéndolo conocido más íntimamente por intermedio de una amiga común, la marquesa de la Croix.

## El azar

«—¿No conoce todo el mundo los juegos de azar? ¿No sería capaz cualquiera de enseñármelos?»

—Sí, prudencia a un lado, se aprenden los juegos de suerte, que usted llama impropriamente juegos de azar. No existe el azar en el mundo; todo ha sido siempre y seguirá siendo una serie de combinaciones necesarias que no se pueden comprender más que mediante el conocimiento de la ciencia de los números, cuyos principios son al mismo tiempo profundos y abstractos, hasta el punto de que no es posible comprenderlos si no es conducido por un maestro; pero es necesario saber obtenerlo y serle fiel. No me es posible mostraros este sublime conocimiento si no es mediante el uso de una imagen. El encadenamiento de los números constituye la cadencia del universo, regula lo que se llaman acontecimientos fortuitos y los pretendidamente determinados, forzándolos, mediante cadenas invisibles, a que se vayan realizando cada uno en su momento, desde lo que acontece de mayor importancia en las esferas alejadas, hasta los miserables cambios de escasa importancia que os han desposeído de vuestro dinero.»

Esta perorata científica en una boca infantil, esta proposición un poco brusca de proporcionarme un maestro, me produjo un ligero estremecimiento, un poco de este sudor frío que me había asaltado bajo la bóveda de Portici.

*El diablo enamorado.*

## Una evocación mágica

Observamos el más perfecto silencio. Mi compañero, con ayuda de una caña que le servía de apoyo en su marcha, trazó un círculo alrededor de él en la arena ligera de que estaba cubierto el terreno, saliendo de él tras haber trazado diversos caracteres.



—Penetrad en ese pentáculo, mi valiente—me dijo—, y no salgáis más que tras buenas señales...

—Explicadme mejor; ¿a qué señales deberé salir?

—Cuando todo haya quedado sometido a vuestra voluntad; pero antes de dicho momento, si el miedo os inclina a hacer una falsa maniobra, estaréis expuesto a los más serios peligros.

Entonces me indicó una fórmula de evocación corta, impresionante, mezclada con ciertas palabras que no olvidaré jamás.

—Recitad—me dijo—esta conjuración con firmeza, y llamad en seguida y por tres veces claramente *Belzebuth*, y sobre todo no olvidéis lo que habéis prometido hacer.

Yo me acordé entonces de haber presumido diciendo que iba a tirarle de las orejas.

—Cumpliré mi palabra—le dije, no queriendo quedar por embustero.

—Os deseamos que tengáis éxito—me respondió—; una vez que hayáis terminado, nos lo advertiréis. Estáis directamente enfrente de la puerta a través de la cual debéis salir para reuniros con nosotros.

Entonces se marcharon.

Nunca un fanfarrón se vio en una situación crítica más delicada: me encontraba en el momento de recordarlo todo y había muchos motivos para que me avergonzara; tendría que renunciar a todas mis esperanzas. Me aseguré sobre el lugar que ocupaba y me quedé meditando un momento.

«Han querido asustarme, me dije, quieren saber si soy pusilánime. Las personas que quieren ponerme a prueba están a dos pasos de mí, y tras mi evocación, debo esperar cualquier tentativa de su parte para aterrizararme. Hagamos las cosas correctamente y volvamos la broma contra los mal intencionados.»

Este razonamiento fue muy rápido, aunque un poco perturbado por los gritos de los búhos y los murciélagos que moraban en el interior de la caverna.

Un poco tranquilizado por mis reflexiones, me enderecé y comencé la evocación; con voz clara y sostenida y aumentando su tono, llamé por tres veces seguidas y con corto intervalo: ¡*Belzebuth!*

Un escalofrío recorrió todas mis venas y los cabellos se me rizaron sobre mi cabeza.

Apenas había terminado, cuando una ventana se abrió mediante dos batientes, enfrente mismo de mí, en lo alto de la bóveda, y un torrente de luz, más intenso y deslumbrador que la del día, pasó por dicha abertura; una cabeza de camello, horrible, tanto por su tamaño

como por su grosor y forma, se presentó en la ventana; especialmente poseía unas desmesuradas orejas. El odioso fantasma abrió sus fauces, y con un tono adecuado al resto de la aparición, me respondió: *Che vuoi?*

Todas las bóvedas, la totalidad de las cuevas de los alrededores, temblaron al sonido del terrible *Che vuoi?*

No sabría decir cuál era mi situación entonces, no sería tampoco capaz de indicar qué valor me sostuvo y me impidió caer sin sentido ante el aspecto de este cuadro, ante el ruido más terrible que resonaba en mis oídos.

Sentí la necesidad de llamar a todas mis fuerzas, aunque un sudor frío las disipaba, pero pude hacer finalmente un gran esfuerzo sobre mí mismo.

Es preciso asegurar que nuestra alma es muy vasta y posee un don prodigioso de recursos; una multitud de sentimientos, ideas, reflexiones, asaltaron mi corazón, pasaron por mi espíritu, haciendo sus propias impresiones a la vez.

La resolución se produjo y pude hacerme dueño de mi terror. Miré, entonces, altivamente al espectro.

—¿Qué pretendes tú mismo, temerario, mostrándote bajo esta forma tan horrorosa?

El fantasma se balanceó durante un momento.

—Tú me has llamado—dijo en un tono de voz más bajo.

—¿El esclavo—le contesté—trata de asustar a su amo? Si vienes a recibir mis órdenes, toma una forma conveniente y un tono sumiso.

—Amo—me dijo el fantasma—, ¿bajo qué forma me presentaré para serte agradable?

La primera idea que me vino a la cabeza era la de un perro:

—Ven—le dije— bajo la forma de un perrito faldero.

Apenas había dado esta orden, cuando el espantoso camello alargó el cuello en dieciséis pies de longitud, bajó su cabeza hasta el centro del salón y vomitó un perrillo blanco de fina lana y brillantes orejas que se arrastraban hasta el suelo.

La ventana se cerró y cualquier otra visión desapareció, no quedando bajo la bóveda, lo suficientemente alumbrada, más que el perro y yo.

## Peligros del ocultismo

El venerable no se hizo esperar; imponía su solo aspecto, incluso antes de pronunciar una sola palabra, por la gravedad de su expresión. Mi madre me hizo volver a repetir ante él la confesión sincera por mi ligereza y las consecuencias que había tenido. Me escuchó con atención mezclada de asombro y sin interrumpirme. Una vez que hube concluido, tras unos segundos de reflexión, tomó la palabra en estos términos:

«Ciertamente, señor Álvaro, acabáis de escapar al mayor de los peligros a los que un hombre puede verse expuesto por sus faltas. Habéis provocado al espíritu maligno y le habéis proporcionado, por una serie de imprudencias, todos los elementos que él precisaba para poder engañaros y perderos. Vuestra aventura es de lo más extraordinario; yo nada había leído de semejante en la *Demonomanía* de Bodin, ni en el *Mundo encantado* de Bekker. Es necesario reconocer que, después de lo que estos grandes hombres han escrito, nuestro enemigo se ha refinado en la forma de realizar sus ataques, en aprovecharse de las astucias que los hombres del siglo utilizan recíprocamente para corromperse. Sabe imitar a la naturaleza fielmente y con tino, utiliza el recurso del talento más amable, da fiestas bien organizadas, hace hablar a las pasiones con su más seductor lenguaje; incluso imita hasta un cierto punto la virtud. Esto me abre los ojos sobre muchas de las cosas que pasan y veo que hay muchas grutas bastante más peligrosas que las de Portici y una multitud de obsesos que desgraciadamente no se dan cuenta de que lo son. Respecto a vos, tomando las sabias precauciones indicadas para el presente y el porvenir, os creo completamente liberado. Vuestro enemigo se ha retirado y esto no es equívoco. Él os ha seducido, es cierto, pero no ha podido lograr corromperos; vuestras intenciones, vuestros remordimientos, os han preservado, con la ayuda de los extraordinarios socorros que habéis recibido. De esta forma su pretendido triunfo y vuestra derrota no han sido, para vos y para él, más que una *ilusión*, de la que el arrepentimiento acabará por limpiaros. Respecto a él, una retirada forzosa ha sido su ganancia; pero admirad la forma como ha sabido disimularla, dejando al partir la duda en vuestro espíritu y la inteligencia en vuestro corazón, para poder volver a iniciar el ataque si le proporcionáis la ocasión. Después de haber mostrado las debilidades en el grado que os ha parecido bien, él obedece como un esclavo

que medita la rebelión; no quiere que tengáis ninguna idea razonable y clara, mezclando lo grotesco y lo terrible, lo pueril de sus caracoles luminosos con el descubrimiento espantoso de su horrible cabeza y, por último, la mentira con la verdad, el reposo con la vigilia, de forma que vuestro espíritu confuso no sea capaz de distinguir nada y que podáis creer que la visión que habéis tenido es menos el efecto de su malicia que un ensueño ocasionado por los vapores de vuestro cerebro; pero ha aislado cuidadosamente la idea de este agradable fantasma del que se ha servido durante mucho tiempo para engañaros y lo volverá a hacer si lo hacéis posible. No creo, sin embargo, que la barrera del claustro o de nuestro estado sea lo que le debáis oponer. Vuestra vocación no está completamente decidida; las personas instruidas por su experiencia son necesarias en el mundo. Creedme, formad unos lazos legítimos con un ser del otro sexo y que vuestra respetable madre presida vuestra elección, y una vez que recibáis de su mano todas las gracias y los talentos celestes, ya no volveréis a ser tentado de tomarla por el diablo.»

*El diablo enamorado.*

## LOUIS-CLAUDE DE SAINT-MARTIN

(1743-1803)

Aunque Louis-Claude de Saint-Martin es sin duda uno de los menos conocidos de los escritores que figuran en esta antología, está muy lejos de encontrarse en ella desplazado. A pesar de lo oscuro de su estilo, oscuridad de la que es en parte responsable él mismo, aficionado a la apelación de «filósofo desconocido», con la que se le conoció. En realidad se trata de la figura más grande del ocultismo occidental. Llegado muy joven a la secta teúrgica fundada por Martines de Pasqually, el filósofo de Amboise se dedicó desde entonces a las prácticas mágicas, a las operaciones rituales y los estudios cabalísticos, que justifican la acción de palabras y gestos sobre los seres invisibles, dejando a los adeptos la esperanza de evocar un día al Reparador. Aunque hasta el final de su vida Saint-Martin permaneció fiel a las enseñanzas de su primera escuela y buscó en todo momento la salvación, que siguiendo el ejemplo de su maestro llamaba reintegración, se separó de la vía activa de la magia y eligió el caminar hacia Dios por la vía del corazón. Bajo la guía espiritual de Jacobo Boehme, Louis-Claude de Saint-Martin fue sin discusión un ocultista, y de los mejores, haciendo de la filosofía tradicional lo que debe ser en realidad, el trampolín del misticismo, el umbral de la teosofía. En sus obras: *Acerca de los errores y de la verdad*; *Cuadro natural de las relaciones que existen entre Dios, el hombre y el universo*; *El hombre de deseo*; *El ministerio del hombre-espíritu*, etc., se encuentra la expresión más exacta y completa de los temas fundamentales del ocultismo, con gran influencia de Martines de Pasqually en sus primeros escritos y de Boehme en los últimos. Se puede decir que a través de sus maestros, Saint-Martin aparece como el heredero de todo el pensamiento tradicional occidental. Pero esta herencia él la vuelve a razonar y la rehace, aclarándola y sentando las bases de un misticismo teosófico al mismo tiempo profundo y luminoso. En esta labor se vio ayudado por sus innegables dotes de gran escritor. Joseph de Maistre veía en él al «más instruido, más sabio y más elegante de los teósofos». Saint-Beuve, durante dos lunes muy penetrantes, ha alabado al hombre y al escritor, del que colocaba algunas páginas en el nivel de las más bellas expresiones religiosas escritas en lengua francesa. Chateaubriand ha referido en sus *Memorias de ultratumba* la entrevista que había tenido con nuestro filósofo, si bien se burla un tanto de esta figura extraña, tan diferente de las que se encuentran corrientemente en el mundo. Pero existe como una especie de arrepentimiento, y Chateaubriand indica que sus palabras ligeras no han de afectar la reputación de un hombre al que venera y admira. El lector que se pone en contacto con la obra de Saint-Martin, en un primer momento, comparte sin duda los primeros sentimientos de Chateaubriand. Hay frases, capítulos enteros que echan para atrás, oscuridades que parecen inabarcables; pero el que

quiere tomarse el trabajo de franquear estas barreras no puede, si es sincero, dejar de aprobar también el arrepentimiento de Chateaubriand y rendir al teósofo el homenaje de todos los que, siguiendo su ejemplo, eligen a la providencia como su secta, a la justicia como su culto y a sí mismo como sus discípulos. La discreta irradiación del pensamiento de Saint-Martin que ha llegado hasta la literatura contemporánea es posiblemente más importante de lo que puede creerse...

Vamos a citar dos series de extractos, que tomamos del volumen publicado por André Tanner.

### La mitología

El hombre vulgar no ve en los relatos mitológicos más que el juego de la imaginación de los escritores, la corrupción de tradiciones históricas, o posiblemente de la idolatría, de los temores ancestrales de los pueblos primitivos ante los hechos maravillosos. Así, exceptuando algunas alegorías ingeniosas, todo en las fábulas les parece bizarro, ridículo, extravagante.

Hombres muy estimables, que pertenecen a la clase de los sabios, han utilizado la más vasta erudición para poder establecer en este sentido sistemas más sensatos que la opinión común; pero como no han profundizado bastante en la naturaleza de las cosas, su doctrina, por imponente que pueda ser, queda por debajo de las tradiciones que han tratado de interpretar.

En efecto, si no se puede emitir otro juicio que el que han limitado exclusivamente a un objeto inferior y aislado de las tradiciones mitológicas y que se han esforzado en hacer ver como el sistema por ellos adoptado, sin percibir que estas tradiciones no poseen todas el mismo carácter, y por tanto, no pueden ser interpretadas de forma idéntica; que unas, originadas en la más alta antigüedad, encierran los símbolos de las más profundas verdades, y que otras, mucho más modernas, no deben su existencia más que a la superstición y la ignorancia de los pueblos, que, no habiendo podido comprender las tradiciones primitivas, las han alterado y confundido con las tradiciones más modernas y particulares de cada nación; que la mezcla de estas tradiciones, el prejuicio de los historiadores y los frutos de la imaginación de los poetas habían aumentado esta oscuridad. De forma que, lejos de querer concentrar la mitología en un objeto particular, se debería más bien convenir en que presenta hechos que no tienen ninguna analogía.

Finalmente, le está permitido a todos los observadores buscar las relaciones que hay entre las diferentes clases de entes que les son conocidos, la razón rechaza el ser tan ciego para no ver nada más allá y para reducir a un objeto inferior y limitado, símbolos que pueden tener un objetivo más amplio y elevado; se opone más aún a que se dé a las tradiciones y los símbolos un sentido y unas alusiones que no les han correspondido jamás.

Éstas son las aplicaciones falsas y retrógradas que nos proponemos destruir, con el fin de elevar el pensamiento del hombre a interpretaciones más justas, reales y fecundas. Sin embargo, para no alejarnos del camino que nos hemos trazado, nos limitamos a examinar los dos principales sistemas mitológicos, lo que debe bastar para fijar la opinión que se debe tener sobre los demás.

El primero de estos sistemas está presente en todas las fábulas de la antigüedad, la representación de los trabajos campestres, los índices de los tiempos y las estaciones propias a la agricultura, y todas las leyes de la naturaleza terrestre y celeste que forzosamente ha de seguir para el crecimiento, el entretenimiento y la vida de los productos vegetales.

Este sistema, una vez concebido por los observadores, les ha obligado a realizar terribles esfuerzos en pro de su justificación y para encontrar relaciones entre todos los detalles de la mitología; pero para darse cuenta de los fallos será suficiente la más ligera de las atenciones.

En ningún momento, ni en el seno de ningún pueblo, se ha visto utilizar figuras más hermosas y nobles que las cosas figuradas. ¿No será preciso darle la vuelta a todas las nociones que tenemos de la marcha del espíritu del hombre que pretender que ha utilizado lo superior como emblema de lo inferior y que ha imaginado símbolos y jeroglíficos más elevados y espirituales que el objeto que quería señalar?

No será más bien cierto, por el contrario, que el verdadero objetivo del emblema o el símbolo es velar a los ojos profanos y a los seres vulgares alguna verdad cuya profanación o abuso serían de temer si fuera revelada, de actuar de forma que sea difícil a los que no son dignos de esta verdad, de descubrirla o de captar el sentido del símbolo, mientras que los que felizmente se encuentran dispuestos y lo merecen, descubren mediante un simple golpe de vista todas las relaciones que encierra.

¿No es cierto también que los símbolos y los jeroglíficos son cuadros o signos destinados a hacer sensibles al mayor número las ver-

dades y las ciencias útiles y a hacer comprender que aquellos que tienen un espíritu estrecho no pueden percibir las, ni conservar su recuerdo, sin el auxilio de signos groseros?

Estas simples definiciones demostrarán lo suficiente que los emblemas, las figuras, los símbolos no pueden ser ni superiores, ni incluso iguales a sus tipos, porque cuando la copia se sitúa por encima de su modelo, se podría confundir con él, lo que la haría inútil.

Basta, por tanto, comparar la mayoría de los emblemas mitológicos con los tipos que los intérpretes han querido darles, para decidir, según la inferioridad de tales tipos, si sus aplicaciones presentan alguna adecuación.

Que se examine en efecto aquello que parece más noble, más ingenioso, o los detalles groseros y mecánicos del trabajo, o de las pinturas vivas en las que se hace jugar a todas las pasiones y en donde se personifican la totalidad de los vicios y las virtudes.

Que se examine, por otra parte, si es posible considerar como tipo de la mitología las constelaciones celestes y su influencia sobre los cuerpos terrestres, en lo relativo a la vegetación. Esta opinión presenta idéntica inferioridad de tipo en su figura, y los mismos motivos la hacen inadmisibles. [...]

Esto debe ser suficiente para que abran los ojos los que, no dándose cuenta de que un objeto aislado en las tradiciones fabulosas tiene un especial sentido, creen que la totalidad de la mitología antigua no ha debido su origen más que a la agricultura y la astronomía. El error procede de que en épocas posteriores se han confundido determinados tipos de símbolos de estas dos ciencias con las tradiciones simbólicas primitivas. Por esto los hombres se encuentran todavía más alejados de las verdades simples e importantes que son el objeto de estas tradiciones.

De esta manera, sin pretender negar los símbolos, en número muy limitado, que la agricultura y la astronomía han proporcionado a la mitología, podemos hacer un gran servicio a nuestros semejantes advirtiéndoles que estas tradiciones, tal como las hemos recibido de los antiguos, encierran una infinidad de otros emblemas, para los cuales es de todo punto imposible admitir el mismo sentido e idénticas relaciones, puesto que su tipo no se encuentra ni en la tierra, ni en los astros, ni en ningún ser corporal. [...]

Muchos observadores han dado ya a estas tradiciones una interpretación más viva, más noble, más análoga con nosotros mismos que las que acabamos de indicar. Yo no temo abusar al adoptar la doctrina de estos juiciosos intérpretes.



El hombre, su origen, su fin, la ley que debe conducirle a su término, las causas que hacen que se aleje, en fin, *la ciencia del hombre*, inseparablemente unida a la del primero de todos los principios, he aquí los objetos que los autores de las tradiciones primitivas han querido pintar; he aquí lo que puede ennoblecer y justificar sus símbolos; he aquí el único tipo digno de sus emblemas; porque aquí el tipo es superior a la alegoría, aunque la alegoría queda perfectamente de acuerdo con el tipo.

En efecto, no existe hombre que conozca su verdadera naturaleza, por lo que si trata de penetrar en el sentido de las tradiciones mitológicas, no percibe en los símbolos, a pesar de un cierto sentido de admiración hacia ellos, más que los hechos más sobresalientes en relación con la especie humana y los más análogos consigo mismo.

[...]

¿Quién no reconocerá en Alción, en ese famoso gigante que ayudó a los dioses contra Júpiter y fue arrojado por Minerva fuera del globo de la Luna, en donde estaba situado, y que poseía la virtud de resucitar; quién no reconocerá, repito, al antiguo Prevaricador, excluido de la presencia del Principio supremo, reducido al horror del desorden y encadenado en un lugar tenebroso en donde las fuerzas superiores no cesan de obligarle y molestar su voluntad siempre renaciente?

Se verá con idéntica claridad la historia del hombre criminal en Prometeo, y la de los diferentes crímenes de su posteridad en todas las desgracias que la mitología nos presenta, indicándonos nombres y suplicios. [...]

Tal es Ixión, que proyecta un comercio incestuoso con la mujer de Júpiter, su padre, y que, no abrazando más que a una nube produjo los centauros, monstruos mitad hombres y mitad caballos; por donde nuestra naturaleza mixta está evidentemente representada. Su suplicio es una imagen fiel de lo que sufre el hombre precipitado a los extremos de la circunferencia, alrededor de la cual circula y en donde no encuentra más que enemigos furiosos e implacables. [...]

Por último, en la alegoría de las Danaides que matan a sus maridos y que, sin la virtuosa conducta de Hipermnestra, habrían por siempre degradado el número perfecto centenario de que esta familia estaba compuesta. Igualmente, estando reducidas a llenar con agua toneles sin fondo, nos hacen comprender lo que pueden los seres que han perdido su guía y sostén, simbolizado en el jefe o esposo de estas criminales. [...]

Las tradiciones mitológicas griega y egipcia no se limitan a presentarnos los efectos de la justicia de los dioses sobre el hombre, nos

indican igualmente los rasgos de su amor, al ofrecernos, aunque de manera velada, los rayos de su propia luz. [...] No podemos desconocer los signos del amor vigilante de la Sabiduría para el hombre, existente en el emblema de Minerva, hija de Júpiter, cubriendo a sus favoritos con una Iglesia impenetrable. [...]

Se sabe a priori lo que cabe pensar de este famoso Hércules, del que los intérpretes de todos los géneros han hecho prototipo de sus sistemas: sus célebres y numerosos trabajos, realizados todos en pro de la especie humana, indican, de forma suficiente, de qué modelo constituye la figura emblemática; y sin detallar todos estos trabajos, se debe sentir lo que nos enseña, al matar al buitre que el desgraciado Prometeo creía debería devorar eternamente; al estrangular al gigante Anteo, que había jurado elevar un templo a Neptuno completamente realizado con cráneos humanos, y al cargar con el peso de la Tierra para que descansase Atlas, que en su verdadero significado etimológico significa un *ser que carga, un ser sobrecargado*; ¿y a quién corresponde más este sentido que al hombre sobrecargado con el peso de su región terrestre y tenebrosa? Por último, es preciso recordar que para recompensar a Hércules de sus gloriosos trabajos, los dioses, después de su muerte corporal, le hicieron esposar a Hebe o la eterna Juventud.

Las verdades físicas aparecen igualmente reflejadas a través de los emblemas mitológicos. Argos es un tipo activo del principio vivo de la naturaleza, que no detiene jamás su acción sobre ella, que la penetra y anima en todos los puntos, sosteniendo su armonía y velando constantemente sobre el todo, para impedir que se produzca cualquier desorden.

La Divinidad, que presidía a la vez los Cielos, la Tierra y los Infiernos, anunciaba el enlace triple y cuádruple que une la totalidad de las porciones del Universo; enlace del que la Luna es para nosotros el signo real, porque recibe la acción cuaternaria del Sol, porque no sólo se encuentran reunidas en ella las *virtudes* del resto de los astros, sino también porque, habitando en los cielos como ellos, lleva en sí la acción directa sobre la tierra y las aguas, que constituyen el emblema tangible de los abismos.

Es sin duda en razón de esta gran *virtud* como las *Neomenias* o lunas nuevas fueron celebradas por los antiguos. Como quiera que la Luna era la carne y el órgano de las acciones superiores a ella, no resulta asombroso que se honrara su regreso mediante fiestas. Y si los antiguos no hubieran considerado este regreso más que en relación a la luz elemental, no habrían instituido fiestas para celebrarlo.

Por lo demás, esta costumbre era tanto más natural cuanto que en una lengua primitiva, de la que no tardaremos en ocuparnos, las palabras *planeta* e *influencia* son sinónimas.

Para terminar, el famoso Caduceo, separando dos serpientes que se entrelazan, es una imagen expresiva y natural del objetivo de la existencia del Universo; lo que se repite en las más insignificantes producciones de la naturaleza, en donde Mercurio mantiene el equilibrio entre el agua y el fuego para el sostenimiento de los cuerpos y con el fin de que las leyes de los seres, quedando al descubierto ante los ojos de los hombres, puedan ser leídas en todos los objetos que les rodean. El emblema o símbolo del Caduceo que la mitología nos ha transmitido es, por tanto, un campo inapreciable del que pueden extraerse conocimientos e instrucciones, porque las verdades de carácter más grosero y material ocultan al hombre las leyes de su ser intelectual y el *término* al que debe recurrir para volver a hallar el equilibrio perdido. [...]

Todas las alegorías que acabamos de ver bastan para convencernos de que, empezando por el primer origen de las cosas temporales, las tradiciones mitológicas presentan al hombre una multitud de imágenes fieles de todos los hechos pasados, presentes y futuros que deben interesarle, haciendo posible que vea la historia del Universo material y del inmaterial, la suya propia, es decir, el cuadro de su original esplendor, el de su degradación y el de los medios que han sido utilizados para el restablecimiento de sus derechos. [...]

Pero me es posible la presentación al lector de un hilo más que puede conducirle en este laberinto, el de prevenirle que la misma alegoría, encerrando las verdades de diversos órdenes, hace necesario seguir dichas verdades según una progresión natural; es preciso ante todo buscar en la alegoría el sentido más próximo a la letra, como siendo el más inteligible y el que está más a nuestro alcance, y elevarse en seguida al sentido que le sucede inmediatamente. Por esta marcha atenta y prudente se llegará al conocimiento del más sublime sentido que la tradición puede encerrar. Si no se observa este orden, si se omite algún término de la progresión, y se vela demasiado todo para explicar los extremos, no se encontrará más que confusión, oscuridad, contradicciones, porque al despreciar un sentido intermedio, quedará privado el investigador del único medio que podría hacer inteligibles estos objetos.

*Cuadro natural de las relaciones que existen entre Dios, el hombre y el universo.*

## El cristianismo y el catolicismo

Escritores de un gran talento han tratado de enseñarnos los efectos gloriosos del cristianismo. Pero aunque se lean sus mejores obras con una gran admiración, no se encontrará allí lo que su autor trataba de demostrar, a mi entender, viendo que reemplazaban muchas veces los principios por juegos ingeniosos de elocuencia, e incluso, si lo deseamos, por la poesía, yo no los leo más que con la más extrema de las precauciones. Sin embargo, si yo hago algunas señales sobre sus escritos, no es ciertamente ni como un ateo ni un incrédulo como oso permitírmelo. He combatido mucho tiempo a los mismos enemigos que atacan estos autores con valor, y mis principios en este género me han hecho con la edad adquirir mayor consistencia.

No es tampoco, por otra parte, ni como literato ni como erudito la forma en que ofreceré mis observaciones, aunque deje sobre estos dos puntos las ventajas de que no carecen.

Es como aficionado a la filosofía divina la manera en que me presentaré en la lid, y bajo este título no deben despreciarse las reflexiones de un colega que, como ellos, ama por encima de todo lo que es verdad.

El principal reproche que les hago es el de confundir en todos los puntos el cristianismo con el catolicismo; lo que hace que su idea fundamental, no poseyendo el suficiente aplomo, la ofrecen necesariamente en su camino hacia un traqueteo fatigante para los que quisieran seguirles, pero que están acostumbrados a marchas sobre caminos mejor pavimentados. [...]

El verdadero cristianismo es no solamente anterior al catolicismo, sino incluso al propio término «cristianismo». El nombre de cristiano no figura ni una sola vez en el Evangelio, pero el espíritu que corresponde a este término queda muy claramente expresado, y consiste, según San Juan (I, 12) *en el poder de llegar a ser hijos de Dios; y el espíritu de los hijos de Dios o de los Apóstoles del Cristo y de los que han creído en él es* (según San Marcos, XVI, 20) *que el Señor coopere con ellos y que confirme sus palabras con los milagros que las acompañen*. Bajo este punto de vista, para encontrarse realmente en el seno del cristianismo es necesario estar unido en espíritu al Señor y haber consumado la completa alianza con él.

En relación con esto, el verdadero genio del cristianismo sería menos el constituir una religión que el término y lugar de reposo de

todas las religiones y todos los caminos laboriosos, a través de los cuales la fe de los hombres y la necesidad de purgarse de sus faltas les obliga a caminar diariamente.

De esta forma, existe algo muy destacable, que en los cuatro Evangelios, que descansan en el espíritu del verdadero cristianismo, la palabra religión no se menciona ni una sola vez y que, en los escritos de los apóstoles que completan el nuevo testamento, sólo se menciona cuatro veces: una en los Hechos (XXVI, 5), en donde el autor se refiere a la religión judía; la segunda en los Colosenses (II, 18), donde el autor se limita a condenar el culto o la religión de los ángeles; la tercera y cuarta figuran en la Epístola de Santiago (I, 26 y 27), donde dice simplemente: 1) *aquel que no reprime su lengua y libra su corazón a la seducción, no posee más que una religión vana, y* 2) *la religión pura y sin mácula consiste en visitar a los huérfanos y las viudas en sus aflicciones y guardarse de la corrupción del siglo;* ejemplos a través de los cuales el cristianismo parece tender más hacia una sublimidad divina o hacia el lugar de reposo que a revestirse de los colores que acostumbramos a denominar religión.

He aquí un cuadro de las diferencias entre el cristianismo y el catolicismo.

El cristianismo no es sino el espíritu de Jesucristo en su plenitud, y una vez que este divino reparador ha realizado todos los grados de su misión, que empezó a cumplir en el mismo momento en que se produjo la caída del hombre, prometiéndole que la raza de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente. El cristianismo es el complemento del sacerdocio de Melquisedec; es el alma del Evangelio, es el que hace circular en dicho Evangelio todas las aguas vivas de las que las naciones tienen necesidad para liberarse.

El catolicismo, al que corresponde propiamente el título de religión, es la vía de pruebas y trabajos precisos para llegar al cristianismo.

El cristianismo es la religión de la liberación y de la libertad; el catolicismo no es sino el seminario del cristianismo, la región en donde moran las reglas y disciplinas del neófito.

El cristianismo llena toda la tierra por igual con el espíritu de Dios; el catolicismo sólo llena una limitada región del globo, aunque su título lo presente como universal.

El cristianismo lleva nuestra fe hasta la región luminosa de la eterna palabra divina; el catolicismo limita esta fe en las fronteras de la palabra escrita o las tradiciones.

El cristianismo dilata y amplía el uso de nuestras facultades in-

telectuales; el catolicismo encierra y circunscribe el ejercicio de estas mismas facultades.

El cristianismo nos muestra a Dios al descubierto en el seno de nuestro ser, sin el recurso de formas y fórmulas; el catolicismo nos hace abandonar la relación con nosotros mismos para encontrar a Dios oculto bajo el aparato de las ceremonias. [...]

El cristianismo no hace ni monasterios ni anacoretas, porque no puede aislarse más de lo que lo hace la luz del sol, y de manera idéntica trata de difundir todo su esplendor. Es el catolicismo el que ha poblado los desiertos de solitarios, y las ciudades de comunidades religiosas, unos para dedicarse con mayor aprovechamiento a su salvación individual y los otros para ofrecer al mundo, que consideran corrompido, algunas imágenes de virtud y piedad que lo espabilaran de su letargia.

El cristianismo no tiene ninguna secta, porque abarca la unidad, y siendo única, no puede dividirse consigo misma. El catolicismo ha visto nacer en su seno multitud de cismas y sectas que han ido incrementando el reino de la división, más que el dominio de la concordia, y este propio catolicismo, cuando se creyó en el más perfecto grado de pureza, apenas encuentra dos miembros de su fe que posean una creencia uniforme.

El cristianismo no ha hecho jamás cruzadas; la cruz invisible que lleva en su seno no tiene por finalidad más que el consuelo y la felicidad de todos los seres. Ha sido una falsa imitación de este cristianismo, por no decir más, el que ha inventado estas cruzadas, y ha sido inmediatamente el catolicismo quien las ha adoptado; pero es el fanatismo quien las ha dirigido, el jacobinismo quien las compuso y el anarquismo el que se puso a su frente, y por último el «bandolerismo» el que las ha realizado.

El cristianismo sólo le ha hecho la guerra al pecado; el catolicismo va por el sendero de las autoridades y las instituciones. El cristianismo no es más que la ley de la fe; el catolicismo es la fe de la ley.

El cristianismo es la instalación completa del alma del hombre en el rango de ministro y obrero del Señor; el catolicismo limita al hombre en el seno de su propia salud espiritual.

El cristianismo une sin cesar al hombre a Dios, como siendo, por su naturaleza, dos seres inseparables; el catolicismo, al utilizar en ocasiones el mismo lenguaje, nutre, sin embargo, al hombre de tantas formas que le hace perder de vista su objeto real y le hace adquirir, o incluso viciarse, en numerosos hábitos que no sirven siempre para el provecho de su verdadero avance. [...]

El cristianismo es una activa y perpetua inmolación espiritual y divina, sea del alma de Jesucristo, sea de la nuestra. El catolicismo, que descansa particularmente en la misa, no ofrece en ella más que una inmolación ostensible del cuerpo y sangre del Reparador. [...]

El cristianismo pertenece a la eternidad; el catolicismo es del tiempo.

El cristianismo es el término; el catolicismo, a pesar de la imponente majestad de sus solemnidades, y por encima de la santa magnificencia de sus admirables rezos, no es más que el medio.

Finalmente, es posible que existan muchos católicos que no sean capaces de juzgar todavía en qué consiste realmente el cristianismo; pero es imposible que un verdadero cristiano no se encuentre en estado de juzgar lo que es realmente el catolicismo y en qué consiste en realidad lo que libera al ser.

*El ministerio del Hombre-espíritu.*

## GOETHE

(1749-1832)

No puede ponerse en duda una relación directa de Goethe con la tradición ocultista. Su universal curiosidad no podía, al igual que la del doctor Fausto, separarse de estos territorios del saber, por otra parte muy frecuentados en la segunda mitad del siglo XVIII. Desde su juventud se interesó por la francmasonería; bajo la influencia de la señorita Von Klettenberg leyó tratados de alquimia, y a imitación de su amiga instaló un laboratorio para dedicarse a experiencias de este tipo. Existen numerosos rasgos de magia en sus obras *El gran cofto* y *Fausto*, y las consideraciones astrológicas le son igualmente familiares. En relación con la religión, el doctor Albrecht le enseñó el hebreo, y Langer las lecturas de los libros de Gottfried Arnold (heredero espiritual de Joachim de Flore, Jacobo Boehme, etc.)... Por otros mil caminos Goethe llegó a meditar sobre una forma escogida y profunda de la religión cristiana, que podríamos muy bien calificar de teosofía. Cuando, al final del libro VII de *Poesía y verdad*, formula su credo, nos dice sobre sus creencias religiosas que si el «neoplatonismo era la base, el hermetismo, el misticismo y la cábala han ido aportando a su vez elementos».

Pero precisamente por la universal curiosidad de Goethe, los elementos aportados por el ocultismo se funden intensamente con los de otro origen. Esto es lo que explica diversas divergencias de juicio. Si para Milosz, Goethe está lleno de secretos incomprensidos, y para Curtius el orfismo de Goethe es capital, para otros autores el contenido iniciático de su obra es despreciable. La verdad es que, sin duda, Goethe, apasionado por el conocimiento científico y religioso, es uno de los pocos grandes genios que han reconstruido de forma personal lo que conocían de la tradición y que han intentado integrar estos aportes en la corriente real de la cultura humana. Así se funden en su obra las riquezas más diversas, los aportes de los gnósticos y la influencia de Spinoza, la herencia de los hermetistas y los presentimientos de los sabios modernos.

Aquí vamos a limitarnos al extracto de dos textos: un corto fragmento de la *Serpiente verde*, este extraño cuento en el que es preciso buscar constantemente la significación simbólica profunda. Rudolf Steiner ha hecho de él un rico comentario, considerándolo una imagen justa del desarrollo del alma, del que Goethe conocía la finalidad, en otro tiempo denominada «iniciación en los supremos misterios». De esta forma, para el pasaje que citamos es preciso considerar en el Rey de oro la iniciación intelectual, en el Rey de plata la iniciación sentimental, en el Rey de estaño la iniciación por la voluntad. El Templo es le objetivo supremo, todavía subterráneo. Los tres secretos del viejo de la Lámpara son los de los tres reinos mineral, vegetal y animal; el cuarto secreto, el que silba la serpiente dispuesta a sacrificarse, es el cuarto reino, el reino hominal, etc.



Siguen los *Urworte* (aracismos), estas cinco estrofas de ocho versos que aparecieron en el segundo cuaderno de la *Morfología*, y que en 1820 el propio Goethe comentaba diciendo: «Estas estrofas—escribía—contienen lo que posiblemente sea más abstruso en la moderna filosofía».

## Los cuatro reyes

Una vez que se hubo encontrado allí, pasó con curiosidad su mirada por todos los lados, y aunque la claridad no le permitía observar plenamente la totalidad de objetos que había en la rotonda, distinguió con bastante claridad los más próximos. Lleno de asombro y de respeto, levantó los ojos hacia un nicho en donde se elevaba la estatua de un Rey de oro macizo; era un monarca de aspecto venerable, de tamaño superior al natural, aunque representase a un hombre de poca estatura. Su cuerpo, bien proporcionado, estaba cubierto con un manto sencillo, y una corona de hojas de roble sostenía sus cabellos.

Apenas había la Serpiente contemplado la majestuosa imagen cuando el Rey se puso a hablar, preguntándole:

—¿De dónde vienes?

—De los abismos—dijo la serpiente—, que son la morada del oro.

—¿Qué hay allí que sea más espléndido que el oro?—preguntó el Rey.

—La luz—contestó la serpiente.

—¿Qué existe que sea más reconfortante que la luz?—le interesó de nuevo.

—La palabra—fue la respuesta.

Mientras intercambiaban estas palabras, la serpiente había lanzado una mirada de costado y descubierto en el nicho vecino otra estatua no menos admirable. Se trataba de un Rey de plata, sentado, de elevada estatura, aunque un tanto frágil; llevaba un vestido de gran riqueza, corona, cinturón y cetro brillantemente adornados con piedras preciosas, y su faz irradiaba serenidad. Se hubiera dicho que se disponía a hablar, cuando en el mármol del muro, donde se marcaba un negro surco, se iluminó súbitamente una veta, llenando la totalidad del Templo de una dulce claridad. La serpiente pudo ver de esta manera la imponente estatua de un tercer rey, que tronaba apoyado en su maza, con la frente ceñida con laurel y más parecido a una roca que a un ser humano. Éste era el Rey de estaño. Quiso entonces dirigir la vista hacia el cuarto, el más alejado de ella, pero se abrió

la muralla, al mismo tiempo que la vena luminosa lanzó un último destello, desapareciendo.

Avanzó un hombre de talla mediana, que llamó toda la atención de la Serpiente. Estaba vestido como un campesino y llevaba una lamparilla, cuya ligera llama, en la que apenas se podía fijar la mirada, difundió por todo el Templo una maravillosa claridad que no dejó la más insignificante sombra.

—¿Por qué vienes aquí? ¿Es acaso porque poseemos la luz?—interrogó el Rey de oro.

—Sabéis que no debo aclarar lo oscuro.

—¿Mi reino tendrá fin?—preguntó el Rey de plata.

—Tarde o nunca—dijo el Viejo.

Con una voz muy fuerte, el Rey de estaño preguntó a su vez:

—¿Cuándo me levantaré?

—En seguida—respondió el anciano.

—¿Con quién debo realizar la alianza?—prosiguió el soberano.

—Con tus hermanos mayores.

—¿Qué será del más joven?

—Se sentará.

—No estoy cansado—gritó el cuarto rey, balbuciente y con voz ronca.

Sin embargo, la Serpiente hacía silenciosamente su camino alrededor del Templo, observándolo todo, y una vez hubo llegado ante el cuarto rey, lo examinó de cerca. Estaba éste adosado a una columna, formando una figura más imponente que hermosa. A primera vista se distinguía mal de qué materia estaba hecha; más cerca se reconocía una mezcla de los tres metales de que estaban formados sus hermanos. Pero la fundición no había sido bien conseguida, ya que las vetas de oro y plata se mezclaban caprichosamente por la masa del bronce, dando a la estatua un aspecto poco agradable.

El Rey de oro volvió a preguntar al hombre:

—¿Cuántos secretos conoces?

—Tres—dijo el viejo.

—¿Cuál es el más importante?—preguntó de nuevo el Rey de plata.

—El que está manifiesto—dijo el viejo.

—¿Nos lo revelarás a nosotros también?—preguntó el Rey de estaño.

—En cuanto conozca el cuarto—dijo el anciano.

—¿Qué me importa a mi todo esto?—balbució el Rey compuesto.

—Yo conozco el cuarto—dijo entonces la Serpiente, que, aproximándose al viejo, le silbó algo al oído.

—¡El tiempo se ha consumado!—exclamó el Viejo con voz potente.

El templo tembló, el metal de las estatuas vibró, y al instante el Viejo se vio lanzado hacia el Occidente al tiempo que la Serpiente lo era hacia el Oriente. Desaparecieron ambos filtrándose por los resquicios de las rocas.

*La serpiente verde*, según la versión francesa de André TANNER, editada por Mermod.

## Las palabras maestras

Las cinco estancias siguientes han aparecido ya en el segundo cuaderno de la Morfología, pero una parte de ellas merece llegar a un público más amplio; y por otra parte, una serie de amigos han emitido el deseo de que se hiciera algo para ayudar a la comprensión de lo que en ellas no se hace más que presentir, para lograr un concepto más claro y un más puro conocimiento.

Lo que nos ha sido transmitido por las más viejas y las más recientes doctrinas órficas, se ha tratado de rehacerlo y presentarlo en forma poética, compendiada, lacónica. Estas pocas estrofas contienen muchas cosas significativas en una secuencia que, una vez penetrada, facilita al espíritu las más importantes consideraciones.

### DAIMON, *el Demonio*

Lo mismo que el día en que te di al mundo, cuando en su mayor altura el sol se ofrecía en beneficio de los planetas, e inmediatamente y sin parar jamás has prosperado según la ley bajo la que hiciste tu aparición. Así es preciso que seas, porque no puedes huir de ti mismo, así lo decía la Sibila, así los profetas, y ningún tiempo, ni ninguna potencia, modelan la forma marcada que en vivo se desarrolla.

El propio título de la estrofa necesita una aclaración. El demonio aquí significa la individualidad necesaria, inmediata, preferida al propio nacimiento, y limitada, de la persona, las características por las que un individuo se diferencia de cada uno de los otros individuos, por grande que sea el parecido que pueda, por otro lado, tener con

ellos. Esta determinación que se atribuía al astro cuya acción había operado, y a la infinita diversidad de los movimientos y las relaciones de los cuerpos celestes entre sí y con la tierra, permitiendo muy adecuadamente el establecimiento de una relación con las variedades múltiples que presiden el nacimiento de los seres. De aquí el destino futuro del hombre tomaba su principio, y una vez concedido, era lícito admitir que la fuerza y particularidad nativas determinaban más que todo el resto del destino del hombre. Por esto, la estrofa que comentamos expresa, con una seguridad solemne y reiterada, la inmutabilidad del individuo. Las características individuales pronunciadas de esta forma pueden muy bien, en tanto que límites, ser destruidos, pero mientras su núcleo permanezca inalterado no puede ser reducido a pedazos ni ser desmantelado, y esto a través de todas las generaciones de su vida.

Este ser sólido, tenaz, que no se desarrolla más que a expensas de sí mismo, se manifiesta al ponerse en contacto con los elementos de diversa índole por los cuales su primordial carácter y original modo de ser se verá dificultado en sus efectos y a la vez será conducido por sus tendencias, y a estos factores extraños que entran en juego, nuestra filosofía los llama:

*TURKHE, el Azar*

El límite austero, sin embargo, se ve fortuitamente rodeado por una fuerza cambiante que camina con nosotros y a nuestro alrededor; solo, no lo posees, siendo en la sociedad de los demás cuando lo sientes gravitar sobre ti, y esto ocurre aunque actúes de manera idéntica a los otros. En la vida, es tan pronto frágil, como contrario. La propia vida es un juego ligero, y es mediante un juego sutil, zizagueando, como lo atraviesa. Ya en silencio se ve rodeado por el círculo de los años y la lámpara espera siempre la llama que debe encenderla.

Del orden del azar no se desprende siempre el hecho de que uno surja de tal nación, raza o familia, porque las naciones que existen desperdigadas sobre la tierra, y de manera idéntica sus numerosas ramificaciones, deben ser consideradas como individuos, y el azar no puede intervenir más que a través de la mezcla y el cruzamiento. Tenemos un importante ejemplo de opinión personal en razas como la judía; naciones europeas transferidas a otros continentes no abdicar de su carácter, y después que han pasado varios siglos, en América del Norte, el inglés, el francés y el alemán siguen siendo perfecta-

mente reconocibles; por otra parte, sin embargo, gracias al cruzamiento, los efectos de lo fortuito se hacen visibles como entre los mestizos, a los que señala el color más claro de la piel. En la educación, cuando no se trata de una forma de educación pública y nacional, el azar ejerce sus derechos cambiantes. La nodriza y el ama del niño, el padre o el tutor, el profesor o el vigilante, el ambiente de los primeros años, los compañeros de juego, el medio ciudadano o rural, todo condiciona la particularidad del ser, sea para retrasar o para estimular su desarrollo. El demonio bien entendido se mantiene a través de todo esto, y por ello mismo constituye la naturaleza propia, el viejo Adán, utilicemos el nombre que sea para designarlo, y que, se le expulse con la premura que sea, no retorna más que de una manera más invencible.

En este sentido, una individualidad necesariamente constituida como tal, se le ha atribuido a cada hombre su demonio, que cuando llega la ocasión murmura a su oído la cosa precisa que debe hacer, y es de esta forma como Sócrates eligió la cicuta cuando le convino morir.

El azar, sin embargo, no se da nunca por vencido y no cesa de actuar, principalmente sobre la juventud, que, a causa de sus deseos, sus juegos, su sociabilidad y su esencia ondulante, se arroja tanto sobre un costado como sobre otro y no encuentra en ningún lado ni fijeza ni satisfacción. Es entonces cuando con el crecimiento del día nace una inquietud más seria, una aspiración más profunda; la llegada de una nueva divinidad es entonces esperada:

#### *EROS, el Amor*

Esta llama no falta nunca a la llamada. De lo alto de los cielos, en los que de un fuerte aleteo se había refugiado, Eros se precipita. Abandonando su antigua soledad, avanza planeando sobre su aéreo plumaje, que adorna su seno y su frente. Durante todo un día primaveral, tan pronto parece huir como, después de haber desaparecido, retorna. ¡Oh, entonces aparece tan dulce y tan oprimente! ¡Qué bienhechor y en el seno de la desgracia! ¡Cuántos corazones se funden en lo universal, pero el corazón más noble se liga a un ser único!

Aquí está incluido cuanto cabe concebir, desde el capricho más ligero al más apasionado de los frenesís; aquí se unen el demonio individual y la seducción del azar; el hombre parece no obedecer más que a sí mismo, semeja dejar sólo reinar su propia voluntad, abandonarse a sus impulsos, y, sin embargo, se trata de circunstan-

cias fortuitas que lo sustituyen, es un elemento extraño el que lo separa de su camino; cree atrapar y está preso, cree haber ganado y está perdido. Aquí el azar redobla su juego y atrae al ser extraviado por nuevos y extraños laberintos, aquí no hay ningún límite al extraviado, ya que el propio sendero es un error. Estamos ahora en peligro de vernos inducidos por nuestra consideración a pensar que lo que parecía destinado a lo que hay de más particular, en realidad flota y se deshace en lo universal. Por esto, la brusca entrada en escena de los dos últimos versos tiene por objeto proporcionarnos una advertencia decisiva sobre la única forma por la que se puede escapar a este error y defenderse mediante la conquista de una seguridad que pueda durar tanto como la vida.

Porque no es sino encarando parecidas coyunturas cómo el demonio muestra de qué es capaz; él, que constituye la fuerza que tienta por sí misma, que ha penetrado en el mundo con deseo absoluto y que no manifestará más que su buen humor cada vez que el azar se cruce por su camino, he aquí que experimenta que no está determinado y sellado por la vía, he aquí que en su fuero interno toma conciencia de que puede determinarse a sí mismo, que le es posible no sólo actuar con vehemencia sobre el objeto que la suerte le da, sino también apropiárselo, y lo que es todavía más, abrazar una inclinación eterna, indestructible, un segundo ser que le es semejante.

Apenas se ha dado este paso cuando por una libre resolución se ha perdido la libertad: dos almas deben fundirse en *un* cuerpo, dos cuerpos en *un* alma, y en el mismo momento en que tal unión es prelude de esta recíproca y amorosa obligación, un tercer ser viene a unirse: padres e hijos deben componerse de nuevo en un todo enorme que es la común satisfacción, pero mayor es la exigencia. Cuando, de acuerdo con las leyes terrestres, este cuerpo compuesto por tan gran número de miembros cae enfermo en una cualquiera de sus partes, en lugar de reunirse en todo, he aquí que es necesario que el todo sufra en la única porción afectada, y a despecho de esto, sin tenerlo en cuenta, se encuentra que tal relación sea tan deseable como necesaria. La ventaja que posee atrae a cada uno y se les deja persuadir de los inconvenientes. La familia se une a la familia, los troncos se multiplican, de forma que el destino de un pueblo se ve determinado, y este pueblo se da cuenta de que lo que decreta el individuo aislado es igualmente provechoso para la totalidad, y entonces el pueblo, a su vez, decreta y convierte dicho decreto en algo irrevocable por medio de la ley. Esto que, por un acto del libre arbitrio, la amorosa inclinación acuerda, se convierte entonces en un deber que desarrolla

millares de otros deberes, y con el fin de que todo sea contractual en el tiempo y en la eternidad, ni el Estado ni la Iglesia, ni la costumbre se muestran mezquinos de ceremonias. Gracias a los contratos que unen de forma mejor, y que proporcionan a todas las cosas el máximo de publicidad, todas las partes toman sus precauciones a la manera que el todo no se vea comprometido, esto sucede para la más insignificante de las partes, ni por la inconstancia ni por el poder arbitrario.

*ANANKE, la Necesidad*

Y de esta forma las cosas suceden, por consecuencia, como las estrellas han querido; las condiciones son conforme a la ley. Toda voluntad no es sino un querer determinado por la necesidad, y ante ella, incluso lo arbitrario para. Lo que poseemos de más querido es preciso arrancarlo del corazón y al duro destino deberán plegarse nuestras voluntades y caprichos. De manera que no somos libres más que en apariencia y después de tantos años, no lo somos más al terminar nuestros días que lo éramos al comienzo.

Esta estrofa puede pasar sin que hagamos ningún comentario especial, ninguna persona con experiencia dejaría, al margen de este texto, de dar un número suficiente de notas, y nadie hay que no se sienta dolorosamente afectado cuando evoque, aunque no sea más que por recordarlas, situaciones semejantes a las mencionadas, y más de uno podría desesperar cuando el presente lo mantiene encadenado en cierta manera. De esta forma, alegremente nos dirigimos hacia las últimas líneas para las que toda sensibilidad delicada se encargará con buena voluntad de proporcionar los adecuados comentarios, morales y religiosos.

*ELPIS, la Esperanza*

Pero he aquí que se entreabre el postigo de esta lúgubre puerta, de esta cerca, de estos muros de bronce; en este momento puede mostrarse tan vieja como las rocas. Porque un hada ligera se agita y, liberada de todas las cadenas, lejos de los velos de bruma, de las nubes y los torbellinos lluviosos, en su alada marcha nos lleva hacia las alturas. ¡Vosotros la conocéis!, porque ella recorre todos los espacios; da un golpe de ala y dejamos atrás todos los eones del reino de la eterna fatalidad.

Según la versión francesa de Charles Du Bos.

## JOSEPH DE MAISTRE

(1754-1821)

Firme sostén de las tradiciones políticas y religiosas, conservador y católico, pensador «reaccionario», el conde Joseph de Maistre ha sido también el representante de una tradición más secreta y más importante. Sus cuadernos de notas nos informan sobre sus lecturas y permiten asegurar su curiosidad por místicos como Jacob Boehme, Mme. Guyon, Eckartshausen, etc. Sobre todo sabemos que, durante largos años, Joseph de Maistre fue francmasón. Empezó por la francmasonería ordinaria en la Logia de los Tres Morteros. En 1782, en una Memoria sobre la masonería dirigida al duque de Brunswick, asigna a las logias un papel de círculo de estudios políticos, morales y religiosos. A partir de este momento se encuentra en relación con la masonería lionesa de Willermoz, accediendo a los más elevados grados. Es «Caballero profeso de la Orden Bienhechora de la Ciudad Santa», es decir, que se encuentra en el corazón de uno de los medios ocultistas más ardientes de la época. En las logias de Willermoz hay una inclinación hacia el sonambulismo, el espiritismo, las revelaciones del «agente secreto», etc. Pero se conservan también las enseñanzas de Martines de Pasqually, en las que no todo se reduce a la teúrgia. Y Joseph de Maistre oirá allí con frecuencia hablar de Saint-Martin, al que posiblemente llegase a conocer, teósofo por el que mostraría siempre la más viva admiración, leyendo, volviendo a leer, copiando con su propia mano sus obras e impregnándose de su pensamiento. Lo mismo que en Rusia más tarde, el interés del conde Joseph de Maistre por el iluminismo no se apagará nunca.

Mantendrá prudentes reservas a causa de su catolicismo, pero para él ocultismo y cristianismo no se oponen, sino todo lo contrario; el ocultismo es a sus ojos un medio de anticipar provisionalmente la tercera revelación, de ir más allá de las enseñanzas oficiales hacia un cristianismo íntegro, más profundo y rico. ¿Cómo podría dudar, por tanto, de la legitimidad de este movimiento, cuando vuelve a encontrar frecuentemente en su camino las opiniones de los Padres de la Iglesia o de los primeros grandes filósofos cristianos? El universo se le presenta como una sagrada realidad, completamente sometido al gobierno divino; la teocracia en la sociedad, la piedad en el corazón del hombre, no son más que las consecuencias evidentes de esta primera constatación. De un plano al otro, se pasa por el juego de las correspondencias y las analogías: «El mundo físico no es más que una imagen, o si queréis, una repetición del mundo espiritual, y es posible hacer el estudio de uno en el otro de forma alternativa». Todo el esfuerzo del pensador tiene que tender a poner en evidencia estas correspondencias y avanzar a su través estudiando la historia y la política, reflexionando sobre los principios de las civilizaciones, la llagada del cristianismo trascendental, etc. Algunas páginas de las *Veladas* hablan por sí solas.



## Sobre el iluminismo

### EL SENADOR

¡Se ha decidido usted por los iluminados, mi querido amigo! Pero yo no creo, por mi parte, ser demasiado exigente si humildemente pido que se definan adecuadamente los términos y que tenga la bondad de indicarnos qué es un iluminado, con objeto de que se sepa de qué y de quién se habla, cosa que no deja de ser útil en una discusión. Se da el nombre de iluminados a estos hombres culpables, que han osado en nuestros días concebir y organizar en Alemania, mediante la más criminal de las asociaciones, el temerario proyecto de mantener en Europa la monarquía y el cristianismo. Se da este mismo nombre al discípulo virtuoso de Saint-Martin, que no profesa solamente el cristianismo, sino que trabaja únicamente con el fin de elevarse a las más sublimes alturas de esta divina ley. Ustedes me dirán, señores, si es posible que los hombres hayan podido caer en una mayor confusión de ideas. Lo les confieso incluso que no me es posible escuchar con sangre fría, en el mundo, a los insensatos de uno y otro sexo atribuir al iluminismo la más ligera palabra que pasa por su mente, con una ligereza y una ignorancia que pondrían a prueba la paciencia más ejercitada. Pero usted, mi querido amigo Romano, usted, tan gran defensor de la autoridad, hábleme francamente: ¿Podría leer las Sagradas Escrituras sin verse obligado a reconocer un gran número de pasajes que oprimen la inteligencia y que invitan a realizar tentativas de una sabia exégesis? ¿No le han dicho a usted, como a los demás, «escrutad las Escrituras»? Le ruego que me diga en conciencia: ¿Comprende usted el primer capítulo del Génesis? ¿Entiende el Apocalipsis de San Juan y el Cantar de los Cantares? ¿El Eclesiastés no le produce ninguna preocupación? Cuando usted lee en el Génesis que en el momento en que nuestros primeros padres se dieron cuenta de su desnudez, Dios les hizo trajes de piel, ¿lo interpreta al pie de la letra? ¿Cree usted que el Todopoderoso se dedicó a matar animales, quitarles la piel y teñirla, creando, por último, hilo y agujas, para rematar estas nuevas túnicas? ¿Cree sinceramente que los culpables que se rebelaron en Babel hayan realmente intentado la empresa, para poner su espíritu en reposo, de elevar una torre, cuya parte superior solamente llegó a alcanzar la Luna (¡y digo muy poco, como puede usted comprobar!), y cuando

las estrellas caigan sobre la tierra, no tendrá usted alguna dificultad para colocarlas? Pero puesto que el tema es el cielo y las estrellas, ¿qué me dice de la forma en que este término cielo se utiliza con frecuencia por los escritores sagrados? Cuando usted lee que Dios ha creado el cielo y la Tierra, que el cielo era para el creador y que había dado la Tierra a los hijos de los hombres, que el Salvador subió a los cielos y descendió a los infiernos, etc., ¿cómo entiende estas expresiones? Y cuando lee que el Hijo está sentado a la diestra del Padre y que San Etienne al morir lo vio en esta situación, ¿su espíritu no experimenta un cierto malestar y un indescriptible deseo de que se hubieran presentado a la mente del escritor sagrado otras palabras? Mil expresiones de este género le probarán que le ha agradado a Dios, tan pronto dejar hablar al hombre como le placía, como ocultar, bajo formas en apariencia simples y en ocasiones groseras, altos misterios que no se han hecho para todos los ojos, o en el caso de las dos suposiciones, ¿qué mal habría en explorar estos abismos de la gracia y la divina bondad, como se explora la Tierra para extraer el oro y los diamantes? Más que nunca, señores, debemos ocuparnos de estas elevadas especulaciones, porque hemos de estar dispuestos a esperar un inmenso acontecimiento en el orden divino, hacia el que marchamos con una velocidad exagerada que debe afectar a todos los observadores. Ya no existe religión sobre la tierra, el género humano no puede permanecer en este estado. Los más temerarios oráculos anuncian en este momento que han llegado los tiempos...

... El espíritu profético es natural al hombre y no cesará de actuar en el mundo. El hombre, al tratar de utilizarlo, en todas las épocas y en todos los lugares, intentando penetrar en el futuro, declara que no está hecho para el tiempo; porque el tiempo es algo forzado que no exige más que su terminación. De ahí procede el que en nuestros ensueños no tengamos nunca idea del tiempo y que el estado de sueño se haya considerado en todas las épocas como favorable para las comunicaciones divinas...

... Recuerde todavía, señor conde, el cumplido que me ha dedicado sobre mi erudición respecto al número tres. Este número, efectivamente, se muestra por todas partes, en el mundo físico y en el moral, así como en las cosas divinas. Dios habló en una primera ocasión a los hombres desde el monte Sinaí, y esta revelación fue velada, por razones que ignoramos, permaneciendo encerrada en los límites de un solo pueblo y un solo país. Después de quince siglos, una segunda revelación se dirigió a todos los hombres sin distinción, y ésta es la que nosotros juzgamos; pero la universalidad de su acción debería